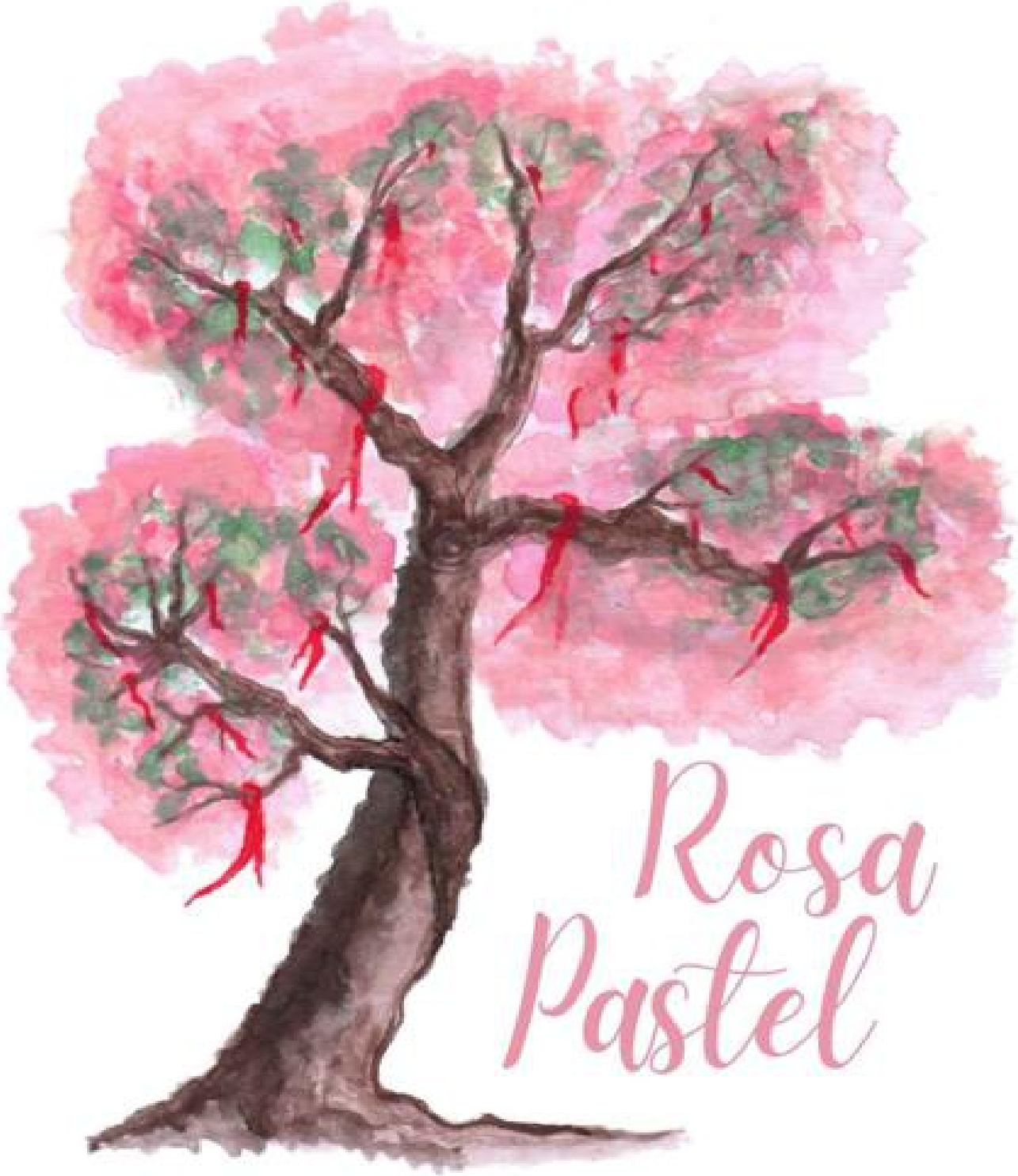
Lily Gómez



Rosa Pastel

1. DESTINO O CASUALIDAD

Sentada sobre el piso, intentaba interpretar en mi violín uno de los cuatro conciertos más famosos de Vivaldi. «Invierno» siempre fue mi favorito, pero en aquel momento la calurosa tarde me mantenía entretenida en las notas de «Verano».

«Es muy difícil», pensé.

Así que me limité a escuchar solamente a través de mis auriculares y guardé el violín en su lugar.

Me asomé por la ventana y quedé maravillada con el tono colorido del cielo.
«Quizá un atardecer como éste inspiró a Vivaldi para componer esta melodía», me dije a mi misma mientras seguía escuchando.
En aquel instante se me ocurrió salir a caminar, como solía hacerlo de vez en cuando para reacomodar mis locos pensamientos de adolescente, pero estaba castigada, así que, evidentemente, mamá no me daría permiso.
«Tampoco lo necesitas», susurró esa Camila desafiante y arriesgada que vivía en mi interior.
«No te atrevas», sugirió la Camila obediente y sumisa.
Una de las dos siempre ganaba y en aquel instante se llevó el triunfo la primera, sin medir el riesgo de lo que acontecería. Salí por la ventana, intentando no hacer demasiado escándalo, para que mi mamá y mi hermana no supieran que escapaba como una ladrona a mitad de la noche.
Caminé por unos minutos, tomando un callejón desconocido y poco transitable.
«¿Qué podría pasar?», cuestioné en silencio.
«Nada», respondió una voz en mi interior. Esa Camila testaruda que deseaba hacer las cosas a su modo.
Seguí caminando al mismo tiempo que apreciaba los arbustos a mi alrededor, escuchando los autos y el susurro de un riachuelo lejano. De pronto supe que estaba lejos de casa y me sentía agotada para volver por mi cuenta, iba tan distraída que no presté atención a la dirección de las calles que cruzaba. Cuando me percaté de lo anterior me sentí desolada ya que el lugar donde estaba no parecía seguro, entonces descubrí que había llegado a las afuera de la cuidad, una de las zonas más vulnerables, donde se daban asaltos y ese tipo de cosas con mayor frecuencia. Mi distracción fue tan grande que no supe durante cuánto tiempo caminé para llegar hasta donde me encontraba.
Crucé un puente angosto en busca de quién sabe qué, que me hiciera sentir libre del temor que me envolvía; sin embargo, la situación se complicó aún más.

Frente a mí apareció un grupo de jóvenes que pintaban un enorme muro; el arte callejero no era permitido, sin embargo, aquellas pinturas me parecían preciosas, dignas de ser admiradas por los conocedores de arte y también por quienes no sabíamos mucho del tema. Me dediqué a apreciar cada línea intentando descifrar el dibujo; era extraño, pero lindo.
—Tú, ¿quién eres? —me preguntó de golpe una de las jovencitas del grupo.
Su pregunta no parecía amigable, me transmitió miedo y me asusté, ya que estaba bastante distraída.
—Así que eres muda —supuso, burlona, y me agarró por detrás.
—Suéltame —le pedí, pues me lastimaba.
En lugar de hacerlo, me tomó con mayor fuerza. Sintiéndose orgullosa por lo que me hacía, sonrió malévola y me tomó del cabello. El miedo explotó dentro de mí, causando desastres en mi sistema nervioso; ya ni siquiera podía disimular lo que estaba sintiendo.
—Déjame ir —supliqué, angustiada—. Suéltame —grité, pero pareció no importarle.
—Olivia —gritó alguien detrás de nosotras—. Que la sueltes.
—Tú no te metas —contestó.
—Suéltala —ordenó—. Está aquí por mí. Olivia me soltó y se marchó.
—Me debes una —susurró cerca de mi oreja. Aquel tipo parecía parte de la manada de haraganes que me asustó antes, pero no me transmitía miedo, sino todo lo contrario. Supongo que fue gracias a que me rescató de las garras de una maniática.
Era alto y tenía la piel blanca, el cabello castaño, los ojos color miel y un timbre de voz bastante fuerte.
—Me llamo Thiago —se presentó.
Su belleza me dejó muda y no sabía qué responder.
—Tú, ¿te llamas? —preguntó.
—Ana... me llamo Ana —murmuré, queriendo mostrarme segura de mí misma; no quería que conociera mi nombre real.
—¿Qué haces por aquí? —interrogó, curioso.
—Estoy de paso... con mi hermano, sólo me llamó la atención la forma en que pintan y quise venir a ver de cerca, pero creo que no fue buena idea —le mentí de nuevo.
Aún estaba muy nerviosa y muerta de miedo, pero no iba a permitir que él lo supiera.
—No es un barrio seguro y no se acostumbra a ver personas de tu clase por estos lados —me comentó, señalando a su alrededor.
—Tengo que irme —le dije.
Sin esperar a que respondiera, caminé hasta llegar a una calle principal donde tomé un taxi que me llevó a casa. No tenía mi móvil y tampoco andaba dinero, así que pagué en cuanto llegué. Mi madre y mi hermana estaban preocupadas por mi ausencia, pues me tardé más de lo normal y ya comenzaba a caer la noche. —¿Dónde demonios estabas? —cuestionó Fanny.
—Salí a caminar —respondí con tranquilidad. —¿Saliste a caminar? ¿Con qué permiso? —preguntó mamá, asomándose a la puerta.
—Lo lamento.
—Lo lamentas y ya —se quejó mi madre. —No sé qué más decir —contesté.
—Eres una irresponsable —habló mi hermana.
—Apenas darán las siete —aseguré y me fui a la habitación.
—Más que irresponsable, eres una malcriada y desobediente —dijo mamá.
—Prometo que no lo volveré a hacer —dije mientras caminaba por el pasillo sin voltear para mirarlas.

Por suerte mi padre no había regresado del trabajo; de haberlo hecho, el regaño no hubiese acabado tan pronto. Aunque él era más tranquilo, también era más protector. Niebla, mi gata blanca, se cruzó entre mis piernas pidiendo un poco de atención, la llamé a mi cama y enseguida subió. Me acomodé mirando hacia el techo y Niebla se echó junto a mí, la acaricié un instante y ronroneó.
—Hoy conocí a alguien interesante —le conté. Niebla levantó su cabeza como si tuviera una idea de lo que le decía y enseguida volvió a acomodarse, ignorando por completo mi tonta plática.
—Quizá nunca lo vuelva a ver —me lamenté.
Me sentía cansada y un poco nerviosa, así que me quedé dormida.
Más tarde, los suaves golpes en la puerta me hicieron dar un respingo en la cama.
—Camila, es hora de la cena —dijo Fanny al otro lado.
—Ahora voy —respondí.
Niebla seguía dormida, así que la desperté para sacarla de la habitación y me dirigí al comedor. Mi papá había vuelto del trabajo y ya estaba a punto de comenzar a comer. Me acerqué para darle un beso y saludar.
—Siento no haber ayudado con la comida, me quedé dormida —expliqué antes de comenzar a escuchar sermones innecesarios.
—Mamá y yo hicimos todo, tranquila —respondió Fanny.
—¿Te sientes mal? —me preguntó papá sorprendido, porque yo no solía dormir por las tardes.
—No, sólo estaba cansada —contesté y comencé a comer.
Disfrutamos de la cena mientras hablábamos de nuestro día, la universidad de Fanny, mi colegio y el trabajo de papá, mamá había tenido libre y aprovechó para salir a hacer algunas compras, según nos explicó.
—Mañana podemos irnos a casa de los abuelos —propuso mi papá.
—Hace días no vamos y a mí me vendría de maravilla un descanso —comentó Fanny—. La universidad me tiene agobiada.
—Pues yo tengo libre toda la semana porque estoy de vacaciones, pero tengo pendientes para mañana —dijo mi mamá.
—A mí sólo me avisan si vamos o no —expresé. —De todos modos, aún no tengo edad suficiente para decidir por mi propia cuenta.
Todos en la mesa me observaron lamentando que me comportara de aquel modo; no es que fuera rebelde, pero el paso de la adolescencia estaba haciendo estragos dentro de mí; tampoco me justificaba, pero en lugar de hacer una cosa terminaba haciendo otra peor.
—Tienes razón, tú aún no te mandas sola —aseguró mi madre.
—Sin embargo, sales a caminar como si ya supieras defenderte de los peligros de la calle —agregó Fanny.
—Tú no te metas —le advertí.
—Camila, guarda silencio —me pidió papá.
Él nos miró con atención intentando entender lo que estaba sucediendo.
—¿De qué me perdí? —preguntó.
—Salí a caminar y bueno... —no supe qué más decir.
—Estabas castigada y lo sabías, comenzaba a oscurecer cuando volviste.
—Cariño, claro que nos vamos a preocupar si no vuelves pronto a casa —dijo mi padre con dulzura.
—Estoy aquí y no sucedió nada —me defendí.
—Pues qué bueno que no pasó a mayores.

—Hablemos del refresco de piña, está delicioso —comenté.
Los tres me miraron y guardaron silencio, yo sabía que no era que me estaban dejando ganar la partida, pero al menos me sentí aliviada al no continuar con el tema.

2. CAMILA Y THIAGO

Aquella tarde no era el colorido atardecer lo que llamaba mi atención, sino el constante golpeteo de la lluvia resbalando por mi ventana. Era una tormenta, pero yo sentía tanta calma que no deseaba otra cosa más que meterme en mi cama y mirar películas por el resto del día, el exterior no me ofrecía nada más entretenido. Encendí la televisión y después de unos minutos buscando qué mirar me di por vencida. Niebla dormía cerca de mis pies así que, intentando imitarla, me enrollé entre las sábanas y dejé mi mente en blanco hasta que me quedé dormida.

Desperté media hora después con el aroma a pan recién horneado. Mi hermana era muy buena en la repostería y, por supuesto, se me antojó una bebida caliente. Salí de la cama motivada por el aroma e imaginando cualquier tontería que mantuviera entretenida a mi mente.

—Hace un instante me imaginé una tacita de chocolate con muchos malvaviscos —le dije a mamá mientras sonreía desde la puerta de la cocina.

—La tarde se presta para que tu imaginación vuele a donde desee y la cocina no te ha quedado tan lejos —respondió y sonrió.

—Pues te equivocas, mi imaginación hoy sólo pudo con el chocolate —me defendí.
—Te serviré en cuanto esté listo —me hizo saber, dispuesta a cumplir con mi antojo.
En ese momento entró mi papá empapado, testigo de lo fuerte que llovía.
—He vuelto —saludó, levantando una mano.
—¿Y el paraguas? —preguntó mamá.
—Lo olvidé está mañana cuando me fui —explicó parado junto a la puerta, esperando no gotear demasiado para no estropear la alfombra.
Mamá lo miró y sonrió, no tenía mucho sentido discutir si ya sabía que su esposo era ese hombre olvidadizo y despreocupado del que se enamoró años atrás.
Él trabajaba como profesor de artes en una universidad privada y mi mamá era enfermera en un hospital público, en el que hacía turnos de hasta treinta y seis horas. Fanny, mi hermana, estudiaba psicología y yo aún cursaba la secundaria.
Mis recuerdos de la infancia estaban llenos de viajes por diferentes lugares del país, pueblos en su mayoría, y también visitas a casa de mis abuelos, quienes vivían en otras ciudades. Bueno, los papás de mi mamá tenían una casa muy hermosa en una ciudad cercana a la nuestra, pero la mayor parte del tiempo pasaban en su casa de campo, que deseaban convertir en hacienda, para

lo que se esforzaban mucho. Los padres de mi papá vivían en una ciudad retirada, pero no tanto, una ciudad mucho más tranquila que la nuestra, rodeada de bosque y con un clima bastante agradable.
Por aquellos días me gustaba tocar violín, aunque nunca estuve en una escuela de música o algo así, simplemente practicaba con clases gratuitas que encontraba en internet. Después de todo, lo que más me agradaba era escuchar a grandes violinistas como Vivaldi, por ejemplo. Mis papás me decían que, si estaba interesada en aprender más sobre el instrumento, ellos con gusto pagaban para que recibiera clases profesionales, no obstante, para mí tocar el violín era como una manera de demostrarme a mí misma de todo lo que podía ser capaz. Además, me permitía escapar de la realidad para transportarme a grandes escenarios donde la estrella era yo, pero no deseaba convertir en realidad lo anterior, sino que más bien me gustaba soñarlo despierta mientras escuchaba la música de aquel instrumento.
Un día, mientras tocaba, llegó hasta mi habitación una pequeña gata blanca. ¿Cómo entró hasta mi recámara? Sigue siendo todo un misterio; a veces creo que la llevó mi mamá o Fanny, aunque nunca me lo han confirmado. La gatita se quedó quieta mientras yo sostenía el violín con mi mano izquierda y frotaba sus cuerdas con el arco que tenía en la otra mano. Me observó por un largo rato sin hacer el mínimo movimiento; cuando terminé aún seguía ahí y, de hecho, ya hasta se había acomodado en la alfombra, desde aquel instante no hubo modo de separarla de mi lado. Antes de ella yo no era amante de los gatos, pero Niebla —así la nombré debido a su color grisáceo— me hizo cambiar de parecer.
Ella y yo compartíamos los mismos gustos musicales, de eso estaba muy segura, ya que igual que a mí, parecía que el sonido del violín le traía paz y calma. Algunas noches, cuando no podía dormir, solía padecer de insomnio la mayor parte del tiempo, y escuchar a Vivaldi y su composición para orquesta *Cuatro estaciones* me daba tranquilidad.

Thiago era un joven adulto que, pese a tener veinte años de edad, seguía comportándose como de quince. Era rebelde por naturaleza, lo traía en sus venas. Para sus padres era entendible, ya que fue sacado de un refugio para niños abandonados cuando tenía tres años de edad. El simple hecho de no haber tenido amor por parte de su verdadera familia le partía el corazón y aunque guardaba las apariencias tratando de parecer rudo y altanero, por dentro era una persona maravillosa que se entregaba de corazón, aunque nadie lo supiera porque él no lo demostraba. Prefería fingir que vivía dentro de un caparazón difícil de romper para que no le hicieran daño. Cuando salió de la secundaria abandonó sus estudios y se dedicó a trabajar para el negocio familiar que había formado su papá. Era un negocio que brindaba servicios relacionados con la creación del hogar adecuado para animales de granja, producía alimentos y ofrecía medicamentos básicos para estos. Thiago amaba la naturaleza y sobre todo a los animales, así que eso me hacía pensar que, pese a ser como la gente lo describía, era una persona llena de muchas cosas buenas por explotar.

En sus ratos libres salía con sus amigos vecinos a caminar por las calles, también le gustaba pintar en los muros vacíos de la cuidad. Su arte era diferente, pero a mucha gente le gustaba, era un grafiti moderno en el que reflejaba libertad, tristeza y compasión. Yo creo que era más bien su manera de gritar lo desesperado que estaba por sentirse otro, ya que muchos tenían un mal concepto de él. Él no era el mejor muchacho de todos, pero tampoco era una mala persona, simplemente tenía un carácter fuerte y no le gustaban las injusticias. Sus conocidos lo habían tachado de vago y bueno para nada y aunque a él poco le importaban los comentarios de los demás, sabía que en el fondo tenían razón de llamarlo así. Aquella fama se la había ganado a

pulso cuando estudiaba, ya que se escapaba de las clases para irse a otras ciudades a pintar.

Él y yo éramos dos personas completamente distintas en todos los sentidos, dos polos opuestos. Aunque teníamos en común esa rebeldía que nos brotaba por los poros, porque no nos permitían ser nosotros mismos sino que más bien nos exigían comportarnos como dos personas alejadas de quienes en realidad éramos. Thiago era un joven sencillo y vivía en una familia de clase media. Yo procedía de una familia terrateniente y con posición económica muy buena, no de las mejores, pero sí buena. Él no quería seguir estudiando y yo deseaba con todo mi ser obtener un título universitario, aunque no estaba segura de lo que quería estudiar. Los dos éramos amantes del arte; a él le gustaba pintar y yo amaba la música instrumental. Siempre pensé que él podía llegar a ser un pintor reconocido si se dedicaba a pulir su talento, pero él lo veía nada más como un pasatiempo que le permitía relajarse.

Debo admitir que nunca imaginé que la combinación de dos personas iguales y a la vez tan distintas fuera capaz de causar tantos estragos en nuestras vidas. No éramos una simple combinación sino más bien algo tan complejo, capaz de hacernos inmensamente felices o infelices. Éramos simplemente algo incomparable.

La manera de conectarnos podía sorprender a todos. El mundo se detenía cuando nuestras miradas se cruzaban; en cambio, ninguno de los dos hizo nunca lo necesario por defender lo que sentíamos. Por el contrario, casi siempre nos encargamos de tensar el hilo para romper nuestra historia más de una vez y aún sigo sin comprender la razón.

3. AMOR MOMENTÁNEO

Mientras mi padre conducía, mi madre y él hablaban sobre sus trabajos y su vida como pareja, Fanny tomaba una siesta y yo iba escuchando música en mi móvil a través de los auriculares. *Love is the name*, de Sofía Carson, me tenía contagiada con su ritmo, así que la reproducía una y otra vez. Los árboles a los costados le entregaban al viento sus flores más vulnerables para que las arrastrara como se le viniera en gana.

Observar el paisaje me traía paz. Era la temporada en que algunas especies estaban en plena floración, dejaban de lado sus verdes hojas y se vestían de un rosa muy suave.

Quizá me quedé dormida, porque de pronto perdí el rastro de todo, incluso sentí que el viaje no duró más de dos horas y en cuanto llegamos mis abuelos nos recibieron como lo hacían siempre, alegres y emocionados.
Mis padres estaban sentados en el pórtico charlando con mis abuelos y mis tíos, Fanny estaba con ellos y yo salí a la calle para ver jugar a un grupo de jóvenes como de mi edad. En cuanto me vieron, me invitaron a unirme al juego, pero como el fútbol no era lo mío, me negué y sólo me senté sobre la acera para observarlos.

—Me llamo Marcelo —dijo uno de ellos acercándose hasta mí unos minutos después, cuando el juego se había pausado por alguna razón a la que no presté atención.

—Y yo Camila.

Era uno de los mayores y eso me pareció atractivo; además, estaba guapo y el sonido de su voz llamó mi atención a tal punto que deseé escucharlo más.

—¿Te has mudado? —me preguntó.

—Estamos de visita, los dueños de esta casa son mis abuelos —le expliqué.
—Y tú, ¿vives aquí desde siempre?
—Nos vinimos a vivir aquí hace como un año —su mirada era dulce e insistente.
—He venido más de un par de veces en el año y ésta es la primera vez que te veo.
—Mi familia y yo pasamos en casa muy poco tiempo, mis papás viajan seguido por cuestiones de trabajo. ¿Te quedarás mucho?

—Un par de días solamente —contesté mirándolo a los ojos al tiempo que sonreía para él.
—Es una pena, espero que vuelvas pronto. Aunque no te había visto antes, me has caído muy bien.
—Antes no era el momento de coincidir —respondí intentando mostrarme interesante.
—¿Ahora lo es? —me preguntó sorprendido.
—Por supuesto, por eso estamos aquí —hice ademanes con mis manos, algo muy marcado en mí, siempre estaba moviendo los brazos y los dedos cuando hablaba.
—Vamos a ir a cenar a casa de una amiga. ¿Quieres venir?
—Si mis padres me dejan, voy encantada.
La plática siguió por unos minutos, después entré para hablar con mis papás sobre la invitación que me había hecho Marcelo. Al inicio ninguno de los dos estuvo de acuerdo, pero mis abuelos insistieron en que tenían que confiar en mí y permitirme tomar decisiones por mi cuenta; además, dijeron que estaba en mi derecho de tener amigos de mi edad.
Fuimos a una casa no muy retirada en la que estaban celebrando el cumpleaños número veintitrés de Marcelo y de otro amigo suyo. No tenía idea de que la fiesta fuera en su honor, pero me gustó asistir.
Al ser una desconocida y una invitada especial estuve en la mira de casi todos, principalmente en la de sus amigas y, por supuesto, de esas admiradoras que deseaban una oportunidad con él. Ellas no podían disimular los celos y eso me hizo sentir orgullosa. Marcelo y yo bailamos por un largo rato, llegué a sentirme muy atraída por él y sorprendida, puesto que yo no era una persona que creía en el amor a primera vista. Sus amigos me ofrecieron una cerveza que no pude rechazar; al inicio su sabor me pareció desagradable, pero poco a poco lo fui tolerando. Cuando la terminé me sentí terriblemente mareada; entendí que era por la poca costumbre de consumir alcohol. No había excedido los límites de mi hogar: vino tinto en Navidad, unos pocos sorbos solamente y uno que otro cóctel en ocasiones especiales. Por más que intenté pasar desapercibida, al volver a casa Fanny se dio cuenta de que había consumido alcohol. —¿Estás borracha? —me preguntó en seco. —¿Cuál borracha? Estás loca. Claro que no lo estoy —aseguré.
—Parece que sí, te mareas al caminar, aunque intentes disimular —dijo burlándose de mí. —Bueno, me tomé una cerveza y ya. —¿Te imaginas qué va a pasar cuando se enteren mamá y papá? Eres una tonta, perderás la confianza que te han brindado esta noche. —Bueno, pero yo supongo que no se van a enterar ¿O sí? —la persuadí.
—¿Segura que sólo fue una?
—Te lo juro.
—Está bien, no diré nada, vete a dormir ahora mismo.
En algunas ocasiones mi hermana me cuidaba la espalda, pero era todo un dilema porque no sabía cuándo y en qué momento lo haría. Eso se lo dejaba a la suerte.
Al amanecer mi abuelo comenzó a sentirse mal de salud y en toda la familia reinó la desesperación. Yo tenía más sueño que nada y no me imaginé que las cosas fueran más graves de lo que parecían. Más tarde Fanny entró en la habitación con cuidado para no despertarme, pero no pudo evitar que la puerta rechinara al abrirse. Escuché llantos y lamentos extraños; a medida que me iba despertando comprendía menos lo que sucedía.
—Fanny —le hablé, quitando la sábana de mi cuerpo y haciéndome el cabello a un lado—. ¿Qué ha pasado? —pregunté, asustada.
Ella se acercó hasta mí y noté que había estado llorando.
—¿Qué pasa? —volví a preguntar, poniéndome de pie para resistir el temor a mi mal presentimiento.

—Es el abuelo —contestó.
—¿Dónde está el abuelo? Dime que está bien —le supliqué, sacudiendo su cuerpo involuntariamente.
—Acaba de morir —me dijo.
Me quedé en silencio mientras la soltaba y desviaba mi mirada incrédula por la noticia.
—Anda, ponte de pie. Hay mucho que hacer —me ordenó.
—Claro —respondí, sin saber qué más decir.
Caminé hasta el baño y me metí en la regadera, las gotas de agua tibia resbalaron por mi cuerpo, me mojé el cabello y me sentí desesperada, tenía muchas ganas de llorar, pero de mis ojos no salía una tan sola lágrima. Aún no creía lo que estaba sucediendo; antes de marcharme a la fiesta de Marcelo él estaba sentado afuera con los demás. Se miraba tan alegre y tan bien de salud que mi mente me hizo pensar que tenía una pesadilla.
Cuando salí había vecinos consternados dándole el pésame a mi abuela y a mis tíos.
—¿Y mi papá? —le pregunté a Fanny.
—En el hospital —me hizo saber.
—¿Cómo está él? —le pregunté.
—Triste, por supuesto, pero papá es fuerte —me dijo.
Me acerqué hasta mi abuela y ella me abrazó, sus lágrimas calaron hasta el fondo de mi alma y rompieron algo en mi interior. Comencé a llorar y no paré más.
—Lo lamento mucho —dije apretándola fuerte para que supiera que sentía el mismo dolor que ella.
—Nos ha dejado, mi niña. Tu abuelo se ha ido al cielo —expresó.
—Ahora tenemos un ángel allá arriba que nos hará compañía hasta que sea nuestro turno de ir junto a él —le aseguré.
—Pero aquí en la tierra hará mucha falta —me contestó.
Yo sabía lo difícil que aquel momento era para mi abuela; eran muy unidos y siempre estuvieron juntos. En las fotografías que adornaban la sala siempre se veían felices de tenerse uno al otro, no me quedaban dudas del gran amor que se tenían, lastimosamente aquella historia había llegado a su fin.
Marcelo llegó al mediodía para darnos el pésame.
—Lo siento mucho —me dijo y me abrazó.
Yo volví a llorar en su hombro y él me apartó de los demás, me llevó hasta afuera y se sentó a mi lado en silencio. Ahí permanecimos por un largo rato viendo cómo la gente entraba y salía para ver a mi abuela y a mis tíos. Después llamó mi padre para decir que el cuerpo estaba en la funeraria donde sería el sepelio.
—Ven conmigo en el auto —propuso Marcelo.
Cuando todos se organizaron y vieron que faltaban espacios para trasladarnos al lugar yo acepté sin más.
—Yo voy con ustedes —dijo Fanny.
—Por supuesto —aceptó él.
Marcelo nos hizo entrar en su carro y nos fuimos a la funeraria, yo subí en el área del copiloto junto a él y mientras íbamos en marcha tomó mi mano izquierda y la acarició. Yo no me resistí pues él me gustaba mucho, comenzaba a descubrir que quizá podíamos tener una bonita historia de amor.

4. AMOR PROHIBIDO

Las vacaciones terminaron. Ya habían pasado cinco días desde el funeral de mi abuelo y otra vez era lunes, el fin de semana parecía no alcanzar para descansar lo suficiente. Aunque sabía que mi cansancio era por todo lo ocurrido, también mi insomnio estaba involucrado en mi pésimo estado de ánimo.

Por más que intenté mantenerme ocupada, porque no deseaba permitir que la tristeza se apoderara de mí, no dejaba de sentirme terriblemente mal, aunque lo disimulaba muy bien, pero como nunca antes pasé por la muerte de un ser querido, no tenía idea de cómo manejar la situación.

Sonó la alarma. Tener que levantarme temprano para ir a la escuela había sido siempre mi martirio. Me metí en la ducha, pero antes de abrir la regadera me agaché para acariciar a Niebla, que andaba detrás de mí, insistiendo en que era la hora de su comida.
—Deja me baño y sirvo tus croquetas —le dije, intentando que me entendiera.

Niebla se acomodó en la alfombra y esperó paciente hasta que salí; en cuanto me vio se levantó y maulló con delicadeza insistiendo en que deseaba desayunar.

—Ahora voy, deja me cepillo —le pedí.

Niebla salió del baño y se subió a mi cama para darme tiempo de terminar con mi arreglo personal. Después de servirle comida a mi gata salí en dirección a la escuela. Yo no me imaginaba que aquel iba a ser un día muy especial ya que estaba a punto de conocer a la persona que se convertiría en mi mejor amiga.

Cuando entré en el salón había pocas personas. Olvidé que no iba a tener la primera clase, así que los compañeros no llegarían hasta pasados unos cuarenta minutos. Mientras el tiempo avanzaba recordé lo que sucedió con Marcelo durante y después del funeral de mi abuelo. Aquel día simplemente llegamos al lugar y él fue caballeroso conmigo en todo momento, al final del entierro y antes de irse se despidió de mí con un beso en los labios. Su repentina manera de actuar me dejó anonadada porque no me lo esperaba, pero me gustó mucho. Volví a casa de mis abuelos con mi hermana y unos tíos, ese día no salimos, todos estábamos tristes por la ausencia del abuelo y nos quedamos juntos a compartir nuestro dolor como familia. Mi papá estaba

desconsolado por la muerte de su papá y no era para menos; no obstante, sabía que estar presente en el lugar había sido vital para no sentirse peor de lo que se sentía.

Al día siguiente, cuando salí, Marcelo se encontraba afuera. Todos estaban tan concentrados en mi abuela que no se dieron cuenta que salí un rato. Me senté junto a Marcelo en una banca de madera y él me saludó besándome en la boca, yo respondí del mismo modo sin decir o hacer nada, era consciente de lo mucho que me gustaba y también tenía claro que en unos días se iba a terminar, así que decidí disfrutar el momento.

Marcelo me invitó a su casa y yo acepté, era una casa muy bonita y quedaba bastante cerca de la propiedad de mis abuelos. Cuando llegamos me di cuenta que no había nadie. Al inicio me pareció extraño, pero él me hacía sentir segura. Subimos a su habitación y, sin pensarlo, me entregué a él. Fue tan momentáneo que no quise pensar en las consecuencias. No me arrepentí en ningún momento, pues, según yo, tenía edad suficiente para perder mi virginidad y no era como esas niñas que desean que su primera vez sea especial. En lo personal me daba igual y no, no estaba enamorada de Marcelo, tampoco tenía curiosidad sobre el sexo, simplemente lo dejé pasar. Volví a casa sin que nadie notara mi ausencia y me encerré en la habitación a meditar sobre lo que había hecho. Me sentí rara porque sabía que no era más una niña sino una tonta adolescente expuesta a un embarazo o a una enfermedad. Yo tenía información sobre todo eso, pero no me había protegido, así que de pronto el miedo se apoderó de mí y me sentí tonta e inmadura, comprendiendo que definitivamente no estaba lista para enfrentar la vida por mi cuenta. Sólo sabía tomar malas decisiones.

Estaba segura de que para Marcelo lo que pasó había sido un gran triunfo, con aquella manera de actuar me dejó claro que su interés por mí era nada más físico. En aquel instante formulé una nueva razón para no creer en el amor perfecto que pintan en las películas.

Lloré amargamente al reconocer que cometí un error, me sentí decepcionada de mí misma; sin embargo, ya no había vuelta atrás.

Me di cuenta de que tal vez no valía nada para él, pero al final limpié mis lágrimas y decidí seguir hacia adelante. Quizá al día siguiente ya ni pensara en mí. No sé, de pronto yo no querría saber de él.

Después, cuando lo vi de nuevo, estaba afuera con sus amigos, me miró a lo lejos y me sonrió. Yo sólo lo observé, pero no me acerqué. Lo más prudente era alejarme antes de empeorar las cosas. Al día siguiente volví a casa con mis padres y no me despedí de Marcelo, estaba demasiado confundida para hacerlo.

—¿Puedo sentarme junto a ti?
Oí, pero no escuché.
—Disculpa, ¿Puedo tomar asiento aquí? —volvió a preguntar.

Era hermosa, tenía el cabello castaño claro recogido en una cola alta, su tez era blanca y sus ojos grandes en color verde esmeralda. De entrada me pareció honesta, sincera y amable. Llevaba un ligero vestido en color azul claro y accesorios elaborados a mano con piedras finas.

—Lo lamento, estaba pensando en algo —me disculpé.

—Descuida, no pasa nada —habló mientras seguía de pie junto a mi silla.
—Siéntate, ahí siempre queda vacío —señalé el lugar por el que me preguntaba segundos antes.
Tomó asiento delante de mí y acomodó sus cosas; minutos después se giró para verme.
—¿Cómo te llamas? —preguntó.
—Camila —respondí sonriendo con amabilidad—. ¿Y tú?
—Ana —sonrió.
—No sabía que permitían el ingreso de estudiantes nuevos a estas alturas del año —comenté, y noté que Ana se sintió incómoda—. Ah, lo lamento, creo que fui grosera —me disculpé.
—No, está bien. En realidad no se permiten, pero hicieron una excepción ya que mis padres tuvieron que mudarse con urgencia y no podía perder mi último año en la secundaria.
—Entiendo, qué bien que no lo perdiste. Igual vamos un poco retrasados con matemáticas, ya que el profesor tuvo un accidente y aún no sale del hospital.
—¿Nadie lo sustituye?
—Escuché que hoy llega alguien. Pasa que, como estamos a punto de salir, todos los profesores están ubicados en sus trabajos y es complicado que alguien esté desempleado en estos momentos.
—Es razonable, esperemos que pronto se resuelva la situación.
La puerta del salón se abrió y enseguida entró el nuevo profesor de matemáticas; claro que nosotras aún no lo sabíamos; se sentó en las sillas de la primera fila y esperó un momento. Ana no se fijó porque estaba distraída platicando conmigo y yo pensé que era uno más de los compañeros de clases.
Transcurrido un tiempo, él se puso en pie y saludó.
—Buen día tengan todos. Mi nombre es Héctor y soy su nuevo profesor de matemáticas —se presentó al mismo tiempo que caminaba de un lado a otro.
Ana se sorprendió, pero disimuló.
—¿Te pasa algo? —la miré, confundida. —No, no pasa nada, es sólo que está guapo —dijo guiñando un ojo.
—¿Ha dicho algo, señorita? —cuestionó el profesor con seriedad.
—No, yo sólo pedí un lápiz prestado. —A mi clase se viene con lápiz propio, de lo contrario ya estamos en problemas —advirtió. —Lo tendré en cuenta, por ahora le pido disculpas.
Las cosas se pusieron tensas, pues se notaba que no era un profesor al que se le pudiesen preguntar las mismas cosas más de dos veces.
Lo más interesante era que estaba demasiado joven para ser nuestro profesor y, además, era guapo, tal como dijo Ana. Tenía el cabello liso y alborotado, cejas pobladas y una barba notoria. Llevaba una camisa de botones que marcaba su abdomen, un pantalón de tela que le lucía de maravilla. Era trigueño, pero no tanto, su piel parecía suave, sus ojos eran café oscuro y sus labios gruesos y delicados.
—Me he enamorado —comentó Ana al salir de clases.
—Cállate, es el profesor y no te puedes enamorar —le expliqué.
—¿Quién dice que no? —me preguntó sonriendo.
—Son las reglas —le respondí.
—Las reglas están hechas para romperse —contestó con malicia.
Yo sonreí a carcajadas porque sabía que Ana tenía toda la razón, era simpática y me agradó desde el principio. Quizá estaba esperando a alguien como ella que me hiciera entender que la vida es un paso momentáneo y que te debes arriesgar para ser feliz. Así que aquel día comenzamos nuestra aventura como amigas. Mi familia la aceptó muy bien y yo encajé en la

suya. A veces nos quedábamos a dormir juntas, pero siempre era en mi casa. Mis papás no confiaban para nada en mí, quizá por eso me la pasaba causando desastres de los que ni se enteraban.

5. FIESTA DE ANTIFACES

Dos meses después finalizó el año escolar; también había terminado mi secundaria. Ya podía ir a la universidad a estudiar una carrera que, por cierto, aún no elegía. En casa se molestaban por ello, pero yo siempre creí que es mejor tomar una decisión certera y no una decisión a la carrera.

Después de todo, lo que importaba en aquel momento era el tradicional baile de graduación y comprarme un bonito vestido. Junto a mi amiga habíamos ido a varias tiendas y ya teníamos opciones en mente. Por suerte Ana era experta en moda, pues yo no tenía gustos tan buenos como ella al momento de vestir. Papá ya me había entregado el dinero que necesitaba, sólo nos faltaba elegir entre las opciones que habíamos encontrado.

También teníamos que comprar antifaces, ya que esa era la temática de la fiesta.
Al ser mi primera vez, no me quedaba claro cómo era posible que en las novelas que leía, la gente que usaba antifaces se volvía irreconocible; pensar en eso siempre me causó gracia. Aunque deducía que se debía a lo grande del evento, la poca iluminación en los salones de baile y los muchos detalles que suelen llevar los antifaces. Otra de las razones era la manera en que las personas se vestían para aquel tipo de eventos: trajes elegantes y vestidos ostentosos.
El día de la graduación todos llevábamos puestos antifaces, así que al fin supe qué parte de lo que leía sobre esas fiestas era real. Además, había mucha gente acompañando a los estudiantes, ya que podíamos llevar a un invitado. La mayor parte de mis compañeros llevaron a sus enamorados o enamoradas, en cambio yo decidí ir acompañada de mi hermana Fanny.
—Ve y haz lo que quieras —le ordené.
—Escúchame, jovencita, te dejaré disfrutar sólo porque es tu fiesta, pero no voy a permitir que cometas una locura —me advirtió.
—Vine con mi hermana, no con mi mamá —le dejé saber.
—Te recuerdo que soy la hermana mayor y esta noche soy la responsable de ti.
—Bueno, anda y diviértete, quizá hasta consigas novio —sonreí y di media vuelta.
Busqué a mi amiga, pero ella bailaba con alguien, así que evité interrumpir y me dirigí a la barra de los cócteles.
—¿Quieres bailar conmigo? —aquella voz se me hizo familiar, pero no pude recordar de quién se trataba.
—¿Te conozco? —pregunté curiosa.
—Creo que no —me respondió y extendió su mano para llevarme hasta la pista.
Guardé silencio, puse mi mano en la suya, caminamos hasta el centro y comenzamos a bailar. Los dos nos movíamos como si antes hubiésemos ensayado cada paso que íbamos dando. El contacto de sus manos en las mías me hacía sentir de una manera tan extraña que no lograría expresar, pero se sentía bonito. No hablamos, no fue necesario.
Más tarde Ana llegó a interrumpir y la magia que había deseado se cumplió y terminó.
—Ven, necesito tu ayuda —estaba nerviosa y asustada.
—Disculpa, ahora vuelvo —le dije a mi pareja de baile; él no respondió.
Me acerqué a mi amiga y cuando me giré para mirar, él ya no estaba.
—¿Qué pasa? —pregunté espantada.
—Me iré con alguien y necesito que me cubras.

—¿Cómo? —cuestioné confundida.
—Dormiré en otro lugar, pero ocupo que le digas a mis papás que me quedé contigo esta noche —me pidió Ana.
—Cuídate mucho —le dije.
No iba a hacer ni el más mínimo esfuerzo para detenerla porque sabía cómo era ella. Le gustaba desafiar a todos todo el tiempo y le encantaba correr riesgos. Yo creo que aquello le daba ventajas para no ser atrapada jamás. La experiencia la ponía sobre el peligro de ser descubierta por sus papás, pero, sobre todo, era cuestión de los límites que a ella le ponían, claramente los míos eran mucho más rígidos que los de ella.
No me preocupaba por Ana, sabía que mi amiga podía cuidarse muy bien, así que después de verla marcharse volví a la fiesta, pero aquel muchacho misterioso ya no estaba. Me sentí un poco decepcionada porque no supe ni su nombre, me senté mientras decidía qué hacer. Uno de los meseros pasó junto a mí, así que tomé un cóctel, era una piña colada y parecía deliciosa. Y así, mientras la disfrutaba, pasaron los minutos, hasta que vi, a lo lejos a Fanny, que bailaba con alguien; pero lo extraño fue observarla moviéndose de manera extraña, como si estuviese borracha.
—¡No puede ser! —dije en voz baja. Caminé hasta llegar a ella.
—Pero, ¿qué demonios te ha pasado? Le costaba mantenerse en pie.
—Sigue bailando —me dijo, haciendo un esfuerzo para hablar normal.
—Tenemos que irnos —le ordené.
—No, ¿cómo crees? Apenas se pone buena la fiesta —murmuró.
—Vamos —le pedí, tomándola del brazo para sacarla de la pista de baile.
—Suéltame —me pidió.
Sacarla de ahí iba a ser un poco complicado, pero tenía que hacerlo antes de que pasara algo peor. La solté unos minutos, mientras se me ocurría un plan para llevarla a casa, pero no la perdí de vista.
Llamé a mi papá, pero no respondió y llamar a mamá iba a ser en vano, ya que estaba trabajando en el hospital. Pedí un taxi por teléfono y cuando llegó saqué a Fanny con engaños.
—Toma —le di sus zapatos para que los llevara en las manos, ya que le costaba caminar con ellos debido a lo ebria que estaba.
Me miró molesta e intentó regresar a la fiesta, pero no lo permití, la subí más a la fuerza que por su propia voluntad y nos dirigimos a casa. Sintió ganas de vomitar y no le quedó otra opción más que abrir su bolso y depositar todo ahí dentro. Sentí náuseas a causa del mal olor, pero evité causar un mayor desastre, así que me controlé hasta que bajamos; por suerte estábamos muy cerca de casa.
Papá no se encontraba y me pareció extraño, pero no hice nada para averiguar adónde había ido. Llevé a Fanny hasta su habitación y le ayudé a tomar un baño, evitando, en reiteradas ocasiones, que se diera un golpe.
—Vale que me tenías que cuidar tú a mí —le dije, sarcástica.
—Cállate —me ordenó.
Cuando sintió el agua fría sobre su piel, se quejó.
—Agua tibia —pidió.
—Estás borracha, necesitas agua como ésta —le dije, señalando la regadera.
Entró y se acurrucó en la bañera, le ayudé a colocarse jabón en la espalda y cuando estuvo lista la dejé para que se vistiera. Bajé por un café negro y cuando subí ya estaba dormida. Volví con la taza a la cocina y escuché que papá iba llegando. Entró y se sentó en el sofá de la sala, lo observé

y guardé silencio.
Colocó su móvil sobre la oreja, pensé que me iba a regresar las llamadas así que puse en silencio mi móvil antes de que sonara.
—Estoy en casa, llegué justo ahora —sonrió.
Permanecí oculta y en silencio.
—También te adoro —dijo y colgó.
—Es tan hermoso que mis padres aún vivan su relación en pleno romance —pensé.
Cuando me disponía a salir de la cocina la taza se deslizó de mis manos. El ruido de los vidrios quebrándose lo alteró.
—Tranquilo, papá, he sido yo —dije suavemente.
—¿Volvieron tan pronto? —era evidente que pensaba volver antes que nosotras.
—Es que Fanny se sintió mal —le mentí.
—¿Qué tiene? —preguntó preocupado.
—Nada, sólo estaba cansada. Ya sabes, la poca costumbre de asistir a estos eventos —le expliqué.
—Subiré a verla —comentó.
—No, no, déjala. Es que ya duerme y no me gustaría que la despiertes.
—Y tú, ¿qué haces aquí abajo? Pensé que recién habían llegado.
—Ya sabes, el insomnio. Bajé por agua, pero ahora mismo iré a dormir.
—Perfecto, que descanses —me besó en la frente y caminó hasta la cocina.
Subí para ver a Fanny, que seguía dormida, era mejor así. Si mis padres se enteraban que estaba borracha la iban a regañar demasiado y, por supuesto que no deseaba que eso pasara, después de todo entendía que ella, algunas veces, también se sintiera como yo y aquella noche había sido una demostración de las cosas que deseaba hacer y que no se permitía por temor a mis papás.

6. EL REENCUENTRO

Estuve esperando aquellos días por mucho tiempo. Viajar a casa de mis abuelos maternos era una de las cosas que más me gustaba hacer, especialmente para Navidad. No era lejos de la ciudad; sin embargo, la propiedad estaba rodeada de árboles. Y tampoco es que no habíamos ido a visitarlos durante todo el año, sino que en aquel momento nos quedaríamos durante más tiempo, como solíamos hacerlo cada fin de año.

—Camila, te voy a extrañar —me dijo Ana. —Y yo a ti, amiga —le hice saber.
—¿Me vas a llamar? —preguntó inquieta. —Por supuesto —contesté—. Cada noche si

es posible —la abracé.
—Tonta, no te vas para siempre —sonrió. —Pues no, pero te despides como si ya nunca

fuéramos a vernos.

Era increíble cómo, en tan pocos días, nos volvimos inseparables y confiamos tanto una en la otra. De momento Ana había dejado de lado el tema de su enamorado, pero yo sabía que en el fondo ese capricho seguía latente dentro de ella; sin embargo, pasaba pendiente de lo que hacía o decía porque no quería que saliera perjudicada. Claro que, pese a lo anterior, hubo una que otra vez en que Ana le dejó saber el interés que tenía hacia él. Por ejemplo, la vez en que le pidió que repitiera la explicación sobre un tema y ella no paraba de mirarlo acosadoramente o la vez en que dejó caer sus cuadernos, cuando pasaba cerca, para que le ayudara a recogerlos y así presumir su escote. El profesor Héctor sólo se hacía el desentendido y la dejaba actuar sin prestarle mucho interés.

Me dispuse a hacer mi maleta, mientras esperaba a que mi hermana volviera. Mi mamá aún no regresaba del trabajo y no volvería hasta el día siguiente ya que estaba de turno, mi padre estaba dando clases en la universidad y nosotras estaríamos en casa hasta que nos tocara viajar, probablemente cuando mi mamá terminara su turno. Subí hasta mi habitación y saqué la ropa del clóset para guardar en la maleta lo que me fuera útil durante el viaje. Niebla no dejaba de dar vueltas detrás de mí, maullando para que le prestara atención.

—Esta vez vendrás conmigo —le dije agachándome para acariciarla.
También guardé mi violín, el descanso y la naturaleza serían cómplices de mi práctica en el afán

de aprender más sobre la ejecución de mi instrumento favorito. Después de todo ahí no iba a molestar a los vecinos con el sonido.
Al día siguiente pasamos recogiendo a mi mamá y nos fuimos a casa de mis abuelos. El viaje estuvo bien, después de todo no era tan lejos. El clima era más agradable y los ruidos quedaban atrás, definitivamente era un lugar ideal para tomar un buen descanso y olvidarse de todo. Cuando estábamos bajando las maletas pude observar a lo lejos una silueta masculina que me pareció familiar.
—¿Qué miras? —me preguntó papá.
—Creo que vi a alguien conocido —le respondí.
—Hija, todos aquí trabajan desde que eres pequeña. Por supuesto que te parecerán conocidos —me explicó.
—Tienes razón —contesté sonriendo mientras bajaba la jaula en la que transportaba a Niebla. Entramos y saludamos a los abuelos. Mi mamá fue hasta la habitación que estaba acondicionada para ella y mi padre, se dispuso a descansar ya que se encontraba agotada debido a su jornada laboral. Mi padre se entretuvo platicando con mis abuelos y Fanny se fue a la cocina con una de mis tías. Yo tenía curiosidad por descubrir a quién había visto en la entrada ya que sabía perfectamente que no se trataba de alguien que trabajara en la casa. Saqué a Niebla de su jaula y le di agua, después la llamé para que me hiciera compañía, algo innecesario pues estaba segura de que se mantendría junto a mí en todo momento. Caminé hacia el jardín y me distraje observando las flores nuevas que habían plantado, después avancé hasta llegar al establo, pero no entré. En el estanque había patos y gansos disfrutando del agua, así que me detuve para observarlos con mayor atención.
—Parece que se la pasan muy bien ahí —dijo alguien detrás de mí.
Su voz me recordó al muchacho misterioso del baile, también recordé a Thiago. Me giré justo para encontrarme con él, con Thiago. Me quedé muda y atolondrada por encontrarlo ahí. Y yo que pensaba que jamás volvería a verlo…
—Camila —gritó mi hermana desde la puerta.
—Voy —grité para que me escuchara.
—¿Camila? —preguntó sonriendo al sospechar que le mentí la primera vez que nos encontramos.
—Mentí, no me llamo Ana —le respondí y me fui.
Era increíble de las cosas que era capaz el destino. Otra vez, ahí estaba yo pensando en él y en sus hermosos ojos color miel. Pero, ¿qué hacía él ahí? Tenía que averiguarlo. Con lo curiosa que era no iba a quedarme llena de dudas, así que en cuanto pude volví a salir de la casa. Esta vez no encontré a nadie.
—Me parece que tú buscas a alguien —dijo Fanny acercándose hasta mí.
—Es Niebla, llevo rato buscándola y nada que aparece —le mentí.
—Ven, entremos, ella debe andar por ahí inspeccionando el lugar, ya ves que es igual de curiosa que tú.
—Debe ser eso —respondí y la acompañé apesarada porque no había resuelto mis dudas.
Después de la comida algo debió hacerme daño puesto que vomité y me dolía mucho la cabeza, así que me quedé en mi habitación hasta que se hizo de noche y entonces me vi obligada a salir porque se fue la luz y hacía calor. En el patio acababan de reunirse mis abuelos, mis padres y algunos de mis tíos, también Thiago y otras personas. Habían encendido antorchas y más allá aprovechaban la oscuridad para quemar basura en una fogata. Las mujeres que servían a mis abuelos trajeron agua de coco y pedazos de sandía. Mis abuelos presentaron al padre de Thiago,

a su hermano y al propio Thiago ante mis papás y explicaron que eran los encargados de la creación de un área especial para los animales, ya que querían convertir la casa de campo en una granja muy bien acondicionada. Thiago y yo nos acercamos a la mesa para tomar un trozo de sandía y nos sorprendimos cuando, por distraídos, quisimos tomar el mismo soltándolo para que lo tomara el otro.
—Tómalo —le dije.
—Es tuyo, Ana Camila —me nombró.
Sonreí y seguramente me puse roja, pero nadie lo notó.
—¿Mientes a menudo? —me cuestionó un poco molesto.
—Sólo cuando me siento en peligro —expliqué—. O cuando se trata de un desconocido —agregué.
—En la fiesta de tu graduación también era un desconocido y bailaste muy bien conmigo.
—¿Eras tú? Claro que eras tú, por eso tu voz me sonaba de algo, pero no supe de qué.
—¿Sabes? Te busqué por todas las redes sociales —hizo una pausa —como Ana —agregó llevándose la sandía hasta la boca.
—¿Me buscaste? —pregunté incrédula.
—Por supuesto —aseguró.
—Igual no me hubieses encontrado, soy tan rara que no uso redes sociales —le comenté al mismo tiempo que me sentaba en las gradas que daban al pórtico.
No quería que mi familia supiera que ya había visto a Thiago antes, porque entonces tendría que comentar cómo lo conocí y las cosas se iban a poner feas cuando se dieran cuenta donde estuve el día que salí a caminar y volví en taxi.
—No eres rara, eres un enigma —me miró con ternura.
Aquel fue el más bonito halago que nadie nunca me hizo antes, ni después.
—Siéntate —le pedí.
—No es correcto —me respondió.
—¿Por qué no? —pregunté sin entender a qué se refería.
—Tu eres prácticamente dueña de esto y yo un simple empleado.
—Para comenzar, yo no soy dueña de nada, y para terminar, tú eres tan importante como todos aquí. No eres un simple empleado sino alguien indispensable para que todo esté bien con los animales de la granja —le expresé.
Thiago sonrió y se sentó junto a mí. Mis padres me observaban desde el pórtico, pero no decían nada, aunque sabía que estaban pendientes de mi plática con él, así que hablamos de animales y cosas sin mayor importancia. Niebla llegó asustada de quién sabe dónde y se echó bajo mis piernas.
—Está muy bien cuidada tu gata —mencionó.
—Es mi adoración —le respondí.
—Parece que tú también eres la de ella —me dijo.
—Niebla y yo somos inseparables —le hice saber.
En ese instante volvió la energía eléctrica y mis papás me pidieron que entrara a la casa, me despedí de Thiago y me puse de pie. Él regresó con su papá y con los demás para charlar junto a la fogata.

7. NIEBLA

Después de aquella noche Thiago no volvió a salir de mi cabeza, me pareció alguien interesante y una persona agradable. Tampoco andaba todo el tiempo buscándolo, pero disfrutaba de su compañía. Él estaría en casa de mis abuelos hasta que todo quedara listo, tal como lo habían indicado ellos. Yo salía a caminar a veces y en otras ocasiones simplemente iba hasta donde él se encontraba. Así fueron pasando los días, hasta que nos tocó regresar a casa, ya que mis papás tenían que incorporarse a sus trabajos. Yo, por supuesto, no me quería ir de la hacienda. Para nadie era un secreto que aquella casa era mi lugar favorito; sin embargo, en los últimos días se volvió como mi refugio soñado. Yo sabía que Thiago un día volvería a la ciudad, así que estaba dispuesta a disfrutar de cada segundo junto a él.

—Te puedes quedar un par de semanas más —dijo mi abuelo—. Si tú deseas, claro está.
—Pero quién va a cuidarla, será trabajo para ustedes —dijo mi madre.
—Yo sé cuidarme sola, ya no tengo tres o cinco años. Pronto cumpliré diecisiete —dije dando vueltas alrededor de mis abuelos.
—Pero te comportas como una niña —habló Fanny.
—Cállate —le pedí.
—Ya paren —pidió mi padre —. Por mi parte que se quede unos días más —agregó.
—Está bien —se resignó mamá cruzando las manos porque no le quedaba de otra.
—Sí —grité abrazando a mi papá por la espalda y besando su mejilla.
—Verás que me porto bien —le aseguré a mamá mirándola a los ojos con cara de triunfo.
—Hay de ti donde hagas desastres —me advirtió furiosa porque papá la contradijo.
—¿Cuáles desastres, madre?, tú exageras —le dije, poniendo mis brazos en jarra.
Ellos tomaron sus maletas y fueron hasta el auto, yo coloqué la mía junto al pasillo que daba a las habitaciones y salí para verlos partir. Thiago observó de lejos que yo me había quedado y sonrió; minutos antes estuvimos juntos y ya nos habíamos despedido. Mientras tanto, Niebla acicalaba su pelaje muy cerca de mí.
—Niebla, vamos, entra —la llamé.
Ella entendía perfectamente cuando la llamaba por su nombre, así que dejó de lamerse y corrió a mi lado. Llevé mi maleta hasta la habitación, guardé la ropa en el armario y me tiré de espaldas sobre la cama. Observé hacia el techo y me mareé con el ventilador que daba vueltas para refrescar la pieza, lo apagué y enseguida me asomé por la ventana. La vista daba justo a un pequeño jardín y atravesando el mismo estaba el estanque para los patos. Ahí había visto a Thiago por segunda vez; cerré las cortinas y volví a la cama después de acomodarme; finalmente me quedé dormida.
El clima afuera estaba fresco, en las noticias habían anunciado que se avecinaba una tormenta, por tanto decidí prolongar mi siesta. De pronto un sueño extraño hizo que despertara; en un movimiento brusco me di cuenta que mi gata no estaba y que la puerta de la habitación se encontraba abierta.
—Quizá la dejé así cuando entré —me dije.
Busqué a Niebla por toda la pieza, pero no la encontré. Aunque acostumbraba salirse una que otra vez, tuve un extraño presentimiento; para mí ella era mucho más que una mascota y no estaba preparada para perderla, no después de casi cinco años a mi lado. Salí a la sala para

buscarla y después fui a la cocina, me dirigí al jardín y luego al patio trasero.
—¿Pasa algo? —preguntó Thiago.
—Es Niebla, no aparece —le comenté.
—Vamos, te ayudo a buscarla —me dijo y me tomó de la mano, pero enseguida volvió a soltarme.
Entramos en los establos y fuimos al corral de las gallinas, la llamaba pero ella no respondía.
—Está aquí — gritó el papá de Thiago, quien se había unido a la búsqueda.
Los dos corrimos hasta donde estaba Niebla y me arrodillé en cuanto la vi. Estaba tirada en el suelo y le salía espuma blanca por la boca y la nariz.
—¿Qué le ha pasado? —pregunté preocupada.
—Parece que comió algo venenoso —respondió Thiago.
Yo no sabía qué hacer, más que llorar por mi gata que estaba en agonía. Ni siquiera supe en qué momento Thiago llegó con una caja de medicamentos.
—Tuvo que consumir algo mortal —explicó—. La inyectaré —volvió a hablar.
—Haz lo que sea, pero sálvala —supliqué entre sollozos.
Preparó un medicamento y se lo introdujo con una inyección por el cuello. Él se veía angustiado y estaba poniendo mucho esfuerzo para salvarla, sin embargo, parecía que no era suficiente. Enseguida Niebla comenzó a vomitar y se quejó de dolor.
—Lo siento tanto, parece que lo que comió es mortal e instantáneo —me explicó Thiago.
—¿Cómo dices? —cuestioné asustada.
—Va a morir, no podemos hacer nada —respondió su papá.
Lloré de tristeza y tomé a Niebla de la pata.
—Lamento no haberte cuidado suficiente —le dije y en ese momento murió.
Comenzó a llover suavemente y yo me quedé a su lado quieta y sin hacer nada. Thiago me abrazó e intentó moverme de lugar, pero yo me resistí.
—Vamos —dijo—. Te puedes resfriar.
—Déjame —le ordené.
—No lo haré, ven conmigo —me pidió.
—Quiero estar aquí —le hice saber cambiando de posición mis piernas para sentarme de otra manera.
—No puedes, está lloviendo —me explicó.
—¿Y qué hago? ¿La dejo aquí tirada como si no fuera nada? —interrogué.
—Yo la enterraré en el jardín —me explicó.
—Quiero ayudarte, era mía. Esa gata era todo para mí —le comenté señalando el cadáver blanquecino postrado sobre el cemento.
—Lo sé, pero no quiero que te enfermes. Entra en la casa y miras todo desde ahí —me pidió.
Me puse en pie y caminé hasta la galera más cercana para que la lluvia dejara de caer sobre mí. Desde ahí vi cómo Thiago abrió un agujero sobre la tierra e introdujo a Niebla ya muerta. Me fui a la habitación y me metí en la ducha, el agua tibia resbalaba deliciosa sobre mi cuerpo, pero no importaba porque mis lágrimas también lo hacían. En el resto de la tarde no volví a salir de la habitación y al día siguiente tampoco lo haría hasta que, de pronto, llamaron a la puerta, pero me sorprendí cuando me disponía a abrir y el sonido llegó desde otro ángulo. Corrí las cortinas y me encontré con Thiago.
—¿Qué haces aquí? —pregunté mientras abría la ventana para que me escuchara mejor. —No te veo desde ayer, sólo quería asegurarme de que estés bien —contestó.
—Estoy bien, ahora vete. Mi abuelo te va a matar si te ve por aquí.

—Lo sé, fue un poco arriesgado. Ya no estés triste, por favor.
Una lágrima se escapó de mi ojo izquierdo y resbaló por mi mejilla. Thiago introdujo su mano por el balcón y me limpió con su pulgar. Su gesto me pareció tan tierno que de nuevo me puse a llorar al recordar lo que pasó con Niebla.
—Necesito abrazarte —En sus ojos pude ver un mar de sentimientos acompañando sus ganas por estar junto a mí.
—Necesito que me abraces —respondí.
—Espera un momento —me pidió y se marchó.
Yo dejé la ventana abierta por si volvía y me senté sobre la cama, minutos después tocaron la puerta de la recámara. Era Thiago, quien había entrado sin mayor complicación. No le pregunté cómo llegó hasta ahí, no tenía importancia en aquel momento. Me lancé en sus brazos y lloré amargamente. Él entró y cerró la puerta para abrazarme sin ningún límite.
Desperté en calma como si hubiese pasado por un instante de relajación completo, me hacía falta mi linda gatita, pero no lloraba más. Lo último que recordaba era que Thiago me abrazó con dulzura por un largo rato y luego nos acomodamos en la cama, él me arrulló y yo me acosté sobre su pecho. Ambos guardamos silencio como si de un pacto se tratara, después seguramente me quedé dormida y él se marchó antes que me despertara. Fue hermoso, pero todo fue sólo un sueño.

8. TRISTEZA Y PENA

Yo sentía que la tristeza me iba a consumir y sí, sabía perfectamente que muchos preguntarían si estaba así por una gata. Lamento informarles que, para mí, Niebla era mucho más que un animal. No quería salir de la habitación, mis ojos permanecían inflamados a causa de tanto llanto y, además, terminé enferma.

Me levanté a tomar agua y volví con mi violín, de algún modo tenía que despejar mis pensamientos. Después de todo, la tristeza sin lágrimas es como un grito ahogado que te puede matar en un instante.

Ahí estaba yo, sentada sobre mis piernas cruzadas en el suelo frío, intentando con todas mis fuerzas interpretar con claridad *Sadness and sorrow*. Había esperado el instante idóneo para ejecutar esa melodía y el momento había llegado. Pude percibir cómo todos en casa se quedaban perplejos con la tristeza que llevaba cada nota arrastrada por el viento hasta sus oídos. Y supe entonces que no sólo estaba así por Niebla sino por todo aquello por lo que no me puse triste en su momento, siendo la muerte de mi abuelo la más grande de todas mis penas.

La lluvia que recibí, mientras veía a mi gata morir, me provocó un poco de gripe, era evidente que me pasaría y lo sabía perfectamente. Tenía las defensas bajas, ya lo había dicho el doctor, y ya estaba medicándome para solucionarlo.

Al día siguiente, cuando salí de la habitación, mi abuela me dijo que Thiago había estado pendiente de mí.

—Ese muchacho ha venido a preguntar cómo sigues en varias ocasiones —comentó dándome una taza de té de manzanilla y no sé cuántas cosas más.

—Y tú, ¿qué le dijiste? —pregunté sorprendida, porque mi abuela me lo decía con la mayor tranquilidad posible.

—Le dije que hoy saldrías al jardín porque te sientes mejor.
—Gracias, abuela, eres la mejor. Mi madre estaría espantada.
—Tu mamá es igual que tu papá, creen que aún eres una niña y te protegen más de la cuenta.
—¿Y cómo hacerles entender que me agobian? Yo quiero tener un poco más de libertad.

—Es terrible que te quieran tener entre ceja y ceja todo el tiempo. Por suerte se han ido tranquilos.
—Iré a ver a Thiago —le dije.
Me dirigí al jardín, después llegué hasta la parte trasera de la casa, ahí estaba él jugueteando con una cabra bebé que recién había nacido, mientras revisaba que todo estuviera bien.
—¿Nunca has pensado en ser veterinario? —le pregunté.
—Tienes buena pinta —dijo sonriendo al verme.
—Sólo ha sido gripe y mucha tristeza —le expliqué.
—Lo sé y por eso te daré un regalo —comentó sonriendo.
—¿Un regalo para mí? —cuestioné incrédula.
—Sí, un regalo para ti —confirmó dejando de lado lo que estaba haciendo para mirarme a los ojos.
—¿Y dónde está? —interrogué llena de curiosidad.
—Te lo daré luego —me advirtió.
—No te pases, seguro que es sólo una broma —expresé.
—Claro que no es una broma, pero ahora mismo no te lo puedo dar. ¿Qué te parece si hoy cenas conmigo aquí en el jardín?
Su propuesta me pareció descabellada y perfecta. Si mis padres hubiesen estado jamás me lo habrían permitido.
—¿Aquí en el jardín? —pregunté sorprendida.
—Ya, Camila, ¿por qué pones en duda todo lo que digo? —preguntó un poco molesto.
—No pongo en duda nada, sólo me parece irreal. Como si estuviera soñando —le expliqué—. ¿Entonces tenemos una cita? —pregunté para estar segura de si la invitación seguía en pie. Después me sentí tonta por haber mencionado la palabra cita.
—Olvida lo último que dije —me retracté. —Es una cita a la luz de la luna —dijo mirándome a los ojos al mismo tiempo que tomó mis manos.
Me puse nerviosa como nunca antes, tenerlo a sólo unos centímetros de mí erizó mi piel. Sus ojos eran hermosos, pero en aquel momento, más que hermosos, eran cautivantes. Me alejé enseguida, admito que tuve mucho miedo de lo que seguiría.
—¿A qué hora te veo? —pregunté para disimular.
—A las ocho —confirmó.
—Perfecto —le dije—. Aquí estaré —le aseguré.
Yo no tenía idea de cómo haría para sentarme frente a él en el jardín sin que mis abuelos se enteraran y, sobre todo, sin que lanzaran un grito al cielo, pero cuando lo pensé mejor llegué a la conclusión de que lo más sensato era hablar con mi abuela y contarle que cenaría con Thiago. Así que fui a buscarla a la cocina.
—¿Puedes venir un momento? —le pregunté.
—Claro, vamos al jardín —me contestó. Salimos por la puerta de la cocina y caminamos entre los lirios, su aroma era exquisito.
—Thiago me ha invitado a cenar hoy —le dije sin pensarlo mucho.
—¿Adónde irán? —me preguntó.
—¿Me estás dando permiso? —cuestioné colocándome de pie frente a ella.
Mi abuela sonrió hilarante y yo la observé sorprendida. Había jurado que no iría a esa cena con Thiago, yo pensé que me daría un sermón como lo habría hecho mi papá o mi mamá.
—Cuando seas adulta te arrepentirás de todo lo que no hiciste en la adolescencia y cuando seas anciana lo único que te alegrará serán los recuerdos que guardes en tu memoria a partir de ahora

—me dijo.
—Eres tan sabia, mis papás se hubieran enojado y habrían dicho que no —le comenté acercándome para abrazarla.
—Ellos aún están aprendiendo cómo ser unos buenos padres y su mayor temor es que alguien te lastime, pero no se dan cuenta que ellos te están haciendo el más grande de los daños, por eso te cuidan tanto —me explicó.
Sabía que mi abuela tenía mucha razón y no culpaba a mis padres por sobreprotegerme, pero sí por no darme ni un poco de libertad.
Después de hablar con ella tomé una siesta, era necesario para poder sentirme mejor, aunque ya lo estaba casi por completo. Los caldos y los tés de la abuela eran rápidamente efectivos contra resfriados. Cuando desperté, noté que tenía el tiempo justo para alistarme y salir al jardín.
Busqué entre mi ropa algo adecuado para usar, pero sólo encontraba shorts y faldas. Después recordé que Fanny había dejado ropa de la suya y ella era más prevenida en ese sentido. Encontré entre sus cosas un vestido corto, pero no tanto, color rojo, de encaje en la parte de arriba y falda negra con corte campana. Me quedaba algo flojo de la cintura, pero lo solucioné poniendo un cinturón con corbatín al frente. En mi cabello no había mucho que hacer ya que siempre lo llevaba corto un poco más abajo del hombro y, bueno, sintiéndome lista y con el tiempo justo para salir, caminé hasta el jardín.
—Eres preciosa —dijo el abuelo, quien me encontró en la entrada de la casa.
—Gracias, abuelo —le respondí y lo abracé; después salí.
La luna llena iluminaba todo, llenaba el cielo de su esplendor. No fue difícil llegar hasta donde Thiago esperaba. Bajo un árbol había puesto focos pequeños para iluminar el lugar. También había una mesa y dos sillas; una frente a la otra, sobre ella dos platos y dos copas de vidrio. Un florero con rosas de las que cultivaba mi abuela y un mantel rojo eran parte de la decoración. —¡Es precioso! —me sorprendí y lo expresé, nunca antes habían hecho algo igual por mí. —Sé que mañana es tu cumpleaños y esto es para celebrar —me dijo.
—Pensé que no lo ibas a recordar, te lo dije en una de las primeras pláticas y no pareció importante —le comenté, anonadada.
—Siempre te presté atención —respondió, mirándome a los ojos.
Yo simplemente guardé silencio, porque no sabía qué decir. Para mi fortuna, Margarita, la cocinera, llegó en ese momento con una bandeja.
—¡Margarita! —exclamé sonriendo.
—Disfrute su cena, señorita —me dijo guiñando un ojo.
Después de servir los platos se marchó. Thiago y yo conversamos mientras comimos y al final me pidió que lo acompañara. Me llevó hasta la parte trasera de la casa, junto al estanque dónde lo vi por segunda vez.
—Espera aquí —me dijo mientras me vendaba los ojos.
—¿Qué haces? —pregunté más nerviosa que temerosa.
—Tranquila, ahora vuelvo —respondió.
Escuché sus pasos alejarse y segundos después lo escuché regresando.
—Quítate la venda —me pidió.
Yo obedecí y sonreí cuando vi en sus manos un pequeño gato de color negro con un moño rojo en su cuello. Sus ojos verdes me observaron con ternura y no me pude resistir.
—Es hermoso —expresé.
—Se llama Ónix y es para ti —me aseguró.
Lo tomé entre mis manos y lo acaricié.

9. EL PROFESOR DE MATEMÁTICAS

Llegó el momento de volver a casa. Salí a caminar por el jardín con la intención de despedirme de Thiago, pero algo dentro de mí no me lo permitía. En realidad, no quería alejarme de él y tampoco sabía cómo darle la noticia.

—Supe que te vas —dijo con tristeza en cuanto me acerqué.
Lo percibí porque sus ojos no brillaban como solían hacerlo, ese hermoso brillo que siempre llamaba mi atención se había extraviado. Además, su voz era suave y melancólica.
—Lamento no haberlo dicho anoche —le comenté.
—No hay nada que lamentar, una noticia como esa hubiese estropeado todo —se quejó.
—A propósito, feliz cumpleaños —agregó.
—Gracias —le dije—. Y mil gracias por la cena, la compañía y por Ónix.
—No tienes nada que agradecer, espero verte pronto.
—Así será.
Di media vuelta con pesar y me metí en la casa para preparar mi maleta. Thiago y yo vivimos momentos muy hermosos y muy sanos, no iba a olvidarlo con facilidad, pero era complicado saber si volvería a verlo, quizá más adelante, en un par de años cuando tuviera mayor libertad para hacer las cosas por mi cuenta y sin tener que dar tantas explicaciones.
Mi padre pasó a recogerme cerca de las tres de la tarde. El viaje se me hizo eterno y, durante todo el camino, no pude evitar pensar en él. Cuando llegué fui directo a mi habitación, me tiré de espaldas sobre la cama y me sentí angustiada. No había pasado tanto tiempo, pero estar lejos me hacía extrañar a Thiago, sin embargo, Ónix me haría compañía y me iba a permitir sentirlo cerca.
—Camila, ¿estás ahí? —preguntó Fanny al otro lado de la puerta.
—Pasa —le sugerí.
Mi hermana abrió la puerta y se acercó hasta mi cama. Acarició a Ónix y se sentó a mi lado para decirme que sentía lo que pasó con Niebla.
—Abajo está Ana —mencionó.
—Dile que suba, porfis —le pedí, sin ánimos de nada.
—¿Te sientes bien? —preguntó, preocupada.
—Claro —le respondí, moviéndome al sillón.
Ónix corrió detrás de mí y se acomodó en la alfombra junto a mis pantuflas. Fanny salió y segundos después apareció Ana.
—Te extrañé —me dijo, y nos abrazamos. —Yo también te extrañé mucho —le hice saber. —Mientras estabas con tus abuelos aquí pasaron cosas —habló de una forma cómica que me hizo imaginar puras tonterías.
Sonreí y me alegré por tener una amiga con quien hablar.
—Anda, cuéntamelo todo —le exigí.
—Primero bajemos, partimos tu pastel y ya después hablamos —dijo, y me tomó de las manos para conducirme al comedor.
—Eres una tramposa, ¿cómo te atreves a dejarme con la curiosidad? —reclamé, sonriendo.
En el comedor me esperaban mis padres y Fanny. Habían decorado la pared con globos y un letrero que decía «Feliz cumpleaños», todo en colores lila y turquesa, mis favoritos. El pastel era hermoso y parecía tan delicado que no me apetecía cortarlo.

—Hoy cumples diecisiete —gritó mi papá, emocionado.
—Felicidades, hija —mi madre se acercó para abrazarme y besarme en la mejilla.
Yo recibía sus felicitaciones y me quedaba en silencio. A pesar de cómo me sentía, a veces también tenía claro que eran los mejores y me gustaba estar con ellos, con mi familia.
—Las horas que debió tomarte hacer mi pastel… —No me cansaba de apreciar la torta mientras halagaba a Fanny.
—Pocas, las necesarias para demostrarte lo mucho que te amo —mi hermana se acercó para abrazarme.
—Y yo a ti —la abracé.
Más tarde Ana y yo volvimos a mi habitación.
—Ahora sí, exijo detalles de todo —me acomodé en el sofá que estaba junto a la ventana.
—Mira que eres curiosa —Ana tomó una silla y se sentó frente a mí.
Habíamos llevado refresco y algo para comer, Ónix olfateó y maulló, le ofrecí un bocadillo, pero no le hizo caso, así que lo acomodé junto a mi para que se calmara.
—Salí con él —todo me imaginé, menos aquella historia.
—¿Con el profesor de matemáticas? —Mi voz salió entrecortada a causa de la sorpresa.
—Pues claro, ¿con quién más iba a ser? —Su rostro estaba inundado de picardía.
—¡Ay, Ana! No quiero que te metas en problemas —advertí.
—Tranquila amiga, hemos tenido mucho cuidado —me aseguró.
Yo sabía que Ana era una persona muy discreta, pero también era bastante emocional. Por suerte ya pronto cumpliría dieciocho, eso la ponía en la lista en la que no metería en problemas legales a Héctor, nuestro profesor.
—Está bien, pero hasta que no cumplas la mayoría de edad, prométeme que no te verás con él en público —le pedí.
—Te lo prometo —me contestó.
—Ahora cuéntame qué fue lo mínimo y lo máximo que pasó entre ustedes.
Tenía curiosidad por saber cómo se habían dado las cosas entre ellos ya que él siempre se mostró desinteresado en el coqueteo de mi amiga.
—¿Y a ti no te pasaron cosas sorprendentes? —cuestionó—. Si preferiste quedarte en el rancho ese, en lugar de pasar las vacaciones en compañía de tu mejor amiga es porque una gran razón te lo impidió —Sus gestos graciosos me hacían sonreír.
—No, no me han pasado cosas sorprendentes... —guardé silencio—. Bueno sí, pero primero habla tú.
Ana sonrió al darse cuenta de que yo también tenía una historia interesante para contar.
—Las cosas se dieron de una manera muy extraña. Él y yo nos conocíamos de antes —sus palabras me sobresaltaron.
—¿Qué? —grité sorprendida.
—¿Está todo bien? —preguntó mi papá, que pasaba frente a mi habitación, al otro lado de la puerta, cuando hablé.
—Lo siento —hablé fuerte para que me escuchara—. Está todo bien —le confirmé.
Ambas nos quedamos calladas mientras escuchamos cómo papá se alejaba.
—Resulta que una semana antes de mudarme aquí fui a un restaurante con mi familia. Según me dijo, él estaba de vacaciones por aquel lugar. Nos acercamos, nos presentamos, charlamos y me invitó un cóctel.
—Sigue, no te quedes muda.
—Después no lo volví a ver hasta que nos encontramos aquí.

—¿Sabías que él daría clases en esta secundaria?
—Para nada, ni siquiera sabía que era profesor.
—Cuando me encontró aquí, se molestó porque le mentí sobre mi edad. Claro que cuando se dio cuenta que era su alumna sacó sus propias conclusiones y entendió que no podía tener más de dieciocho años.
—Ahora entiendo, estaba molesto, por eso nunca te prestaba atención cuando tú le coqueteabas. ¿Cómo no me di cuenta? Sí, desde que te vio puso cara de espanto.
—Varias veces le pedí que habláramos, pero él siempre me evitó.
—¿Estuvo molesto contigo siempre que fue nuestro profesor?
—No siempre, hablamos tres semanas después de que comenzó a trabajar aquí.
—¿Y por qué nunca me enteré?
—Bueno, no es posible una relación amorosa entre maestro y alumna, yo apenas te conocía y no estaba segura de que eras de fiar.
—Oye —la golpeé despacio para no lastimarla.
—Es broma, amiga, pero lo hice por seguridad —me explicó.
—Si me lo ocultaste tanto tiempo, es claro que pueden seguir con cuidado hasta que cumplas dieciocho —aseguré.
—Ves que sí puedo —hizo gestos de triunfo y sonrió.
—¿Y qué pasó mientras ciudad? —le pregunté.
—Nos fuimos dos días cabaña fuera de la ciudad.
—¿Qué le dijiste a tus papás?
—Que estuve aquí, contigo.
—Ana —me puse en pie de golpe y la observé molesta.
—¿Qué tiene? —cuestionó como si de cualquier cosa se tratara.
—Ma vas a meter en líos, ¿no te das cuenta?
—Ya cálmate, no va a pasar nada. ¿Qué querías que hiciera? ¿Qué dijera la verdad? No me habrían dado permiso.
—Tienes que pensar mejor antes de actuar.
—Si no tomamos riesgos, nunca vamos a disfrutar de la vida.
—Es tan sencillo para ti hacer lo que se te viene en gana.
—Es sencillo, no solamente para mí. La vida es una y hay que vivirla.
—Estás loca, amiga.
—La locura se contagia, ten cuidado.
—Cállate, que luego ando arrepentida por hacer cosas que no debería.
—Mira, tú también tienes mucho que contar.
—No mucho, yo no he hecho nada fuera de lo ordinario.
Las dos nos quedamos en mi habitación charlando sobre lo que pasó en la cabaña entre no estuve en la

completos a una mi amiga y el profesor de matemáticas y por supuesto también le conté sobre Thiago.

10. AMOR SECRETO

Cumplí diecisiete y era momento de cambiar mi actitud ante ciertas cosas en las que me sentía segura. Mis padres tenían razón y no quería andar por la vida cometiendo errores que después tuviera que solucionar. A fin de cuentas, lo tenía todo para ser feliz: una gran familia, una hermana incondicional, regañona y fastidiosa, pero incondicional, una mejor amiga y hasta una adorable mascota. También estaba Thiago que, aunque por ahora no estaba cerca de mí, tenía claro que podía contar con él.

En aquel instante mi padre no estaba en casa y no volvería en todo el día, según había comentado, puesto que tenía que recibir una capacitación en la universidad donde trabajaba. Era un gran profesor, me gustaba lo responsable que siempre fue con su trabajo y el esmero que ponía para transmitirle su pasión por el arte a sus alumnos.

Ana me invitó al centro comercial; como no me había traído nada por mi cumpleaños deseaba obsequiarme algo que pudiéramos comprar mientras caminábamos disfrutando de un helado. La idea me pareció maravillosa y, en ausencia de mi papá, mi mamá accedió a dejarme salir. Por primera vez sentí que me estaba dando un poco de libertad, a lo mejor ella también comprendía que merecía la pena confiar en mis decisiones.

Ana y yo caminábamos por los pasillos frente a las tiendas mirando atuendos y accesorios de moda que hacían falta en nuestros armarios. Íbamos sonriendo por alguna tontería que una de las dos dijo y de pronto vi a mi papá saliendo de una joyería en compañía de una mujer que, evidentemente, no era mi mamá. Algo dentro de mí explotó inundando mi ser de ira y dolor. No podía hablar, sentí como si el aire se extinguiera y comencé a sudar.

—Ven —Ana me llevó hasta un sofá y se sentó junto a mí—. Creo que vimos mal —intentó calmarme.

—Es él, no vimos mal. No me tomes por estúpida —me puse en pie.
—¿Adónde vas? —mi amiga me impidió avanzar.
—Los voy a enfrentar —respondí.
—¿Estás loca? —cuestionó sorprendida.
—Tengo una mejor idea —Ana me tomó de la mano.
Corrimos hasta el estacionamiento y de pronto nos detuvimos porque el aire comenzó a faltarnos.

Localizamos el auto de papá y esperamos unos minutos. Ellos subieron sin percatarse de nuestra presencia. Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, no lo habría creído jamás. Era mucho más joven que mi madre, quizá como Fanny. Se besaron en la boca. Mi primera reacción fue acercarme y gritarles no sé cuántas cosas, pero Ana me lo impidió.
—No ganas nada haciendo un espectáculo en este lugar —me advirtió—. Vamos a casa —me pidió.
—Yo necesito saber que no estoy soñando —dije, con lágrimas en los ojos.
—Es él, Camila, es tu papá —confirmó Ana. —¿Sabes cuánto lo amo y cómo lo admiro? —Todo va a estar bien. Anda, vamos —me tomó del brazo y me haló.
De pronto mi papá miró por el espejo retrovisor y ahí estaba yo con mi corazón hecho pedazos sintiendo una decepción que no pensé sentir jamás. Se quedó anonadado y no supo qué hacer. Salí corriendo del lugar, confundida y fuera de órbita. No sabía qué era lo que debía hacer. Ana salió detrás de mí hasta que ambas nos detuvimos quién sabe dónde.
—¿Crees que tu madre lo sepa? —preguntó mi amiga sorprendida igual que yo.
—No lo sabe, estoy segura —le respondí. —No le cuentes, sólo la harás sufrir —me aconsejó.
—¿Cómo crees? Ella tiene que saberlo —aseguré—. Yo no voy a permitir que mi mamá viva en una mentira; además, sería como estar de lado de papá y eso nunca va a suceder.
Me sentí más confundida que antes, no sabía cómo la vería a la cara antes de comentarle lo que había visto.
Entré en la casa llorando de coraje y busqué a Fanny, la observé a los ojos y ella se asustó.
—¿Que te ha pasado? —preguntó.
—Es papá, lo he visto con otra mujer.
Mi hermana se sorprendió más por enterarse que yo había descubierto la infidelidad de nuestro padre que por lo que él estaba haciendo.
—¿Por qué no te sorprende lo que te estoy contando? —le pregunté.
Fanny se quedó en silencio y desvió su mirada.
—Mírame —le grité.
—¿Quieres calmarte? —me pidió.
—No, por supuesto que no quiero —Me sentí defraudada.
—Deberías —advirtió, colocando unos panecillos en el horno.
—¿Por qué me parece que la noticia no es nueva para ti? —cuestioné—. ¿Acaso sabías que papá está con alguien más?
—Es una de sus alumnas —me confirmó.
—¿Mamá tiene idea alguna? —Quería saber si era la única tonta en aquella casa.
—¿Cómo crees? Se le rompería el corazón.
—Entonces tú también la engañas —la acusé, señalándola con mi dedo índice para hacerla sentir culpable.
—Es pasajero, papá pronto se olvidará de ella y volverá a estar bien con mamá, ellos se aman y se ven muy bien juntos —aseguró.
—¿Quiénes? ¿Nuestros padres? ¿O papá y esa cualquiera? —interrogué.
—Papá y mamá —me dijo.
—Y qué importa, si él ya no la quiere.
—Claro que la quiere, si no ya se habría ido de casa. Los hombres son así, necesitan llenar su ego a veces.
—Entonces, ¿crees que está bien que los hombres sean infieles?
—No he dicho eso.

—Eres rara —mis palabras salieron cortantes.
Subí a mi habitación y lloré amargamente. No era posible que un amor que tenía de ejemplo fuera simplemente una completa falsedad. Ónix maulló cerca de mí, recordé que era momento de alimentarlo y, mientras lo hacía, pensé en Thiago, un mar de emociones inundó mi ser. No quería sentir nada por nadie, hacerlo dolía hasta en el más profundo rincón del corazón y no valía la pena esforzarme por ser mejor. Así, inquieta y aventurera como era, estaba bien. ¿Para qué hacer las cosas correctas, si mi padre hacía lo incorrecto? No valía la pena intentar ser otra persona para complacer a los que hacen y deshacen con sus vidas y con las ajenas.
Intenté dormir, pero fue imposible. Los recuerdos sobre la noche de la graduación llegaron claros hasta mi memoria. Pero qué ilusa, aquella noche papá no hablaba con mamá sino con su amante y por eso se sorprendió tanto cuando descubrió que habíamos vuelto.
Al día siguiente fui a la universidad donde trabajaba mi papá y la busqué a ella. No fue complicado localizarla, al menos no como imaginé que sería. Ana me acompañó, necesitaba un poco de ayuda emocional, como mínimo.
—¡Escucha! —la intercepté en seco mientras caminaba.
—Dime —dijo con total tranquilidad.
—¿Sabes quién soy? —cuestioné, molesta.
—Para nada y si no eres famosa peor —contestó.
—Soy la hija de tu amante —la observé con odio y con desprecio.
—¿Entonces tu eres la muchachita rebelde de la que siempre se está quejando tu papá? —Sus palabras terminaron de matar lo bueno que quedaba en mí.
No estoy aquí para hablar de mí, sino de él. Tenía muchas ganas de agarrarla del cabello y arrastrarla por todas partes.
—¿Qué quieres? —me preguntó de golpe.
—Es claro que estás con él por su dinero, no creo que alguien de tu edad se enamore de un hombre mayor, teniendo oportunidad de conseguirse a alguien mucho más joven.
—Mira, niña, en la actualidad importa más el dinero que el amor. ¿Qué más quieres saber?
Antes que pudiera hablar apareció mi papá y me tomó del brazo para llevarme hasta el estacionamiento.
—Camila, ¿Qué haces aquí? —Estaba enfadado, pero no me importaba.
—Quería conocerla —respondí, sin mirarlo a los ojos.
—Vete a la casa y evítame un escándalo —ordenó.
—El escándalo lo estás creando tú mismo—No me importaba responderle, aunque no fuera correcto.
—Te aseguro que te estás pasando de los límites —me advirtió.
—¿Cómo puedes engañar a mi mamá? ¿Cómo puedes hacernos esto? ¿Cómo puedes lastimarme de este modo? —Mis interrogantes necesitaban una respuesta.
—Eres una niña, no entenderías nada —respondió, restándole importancia a mis preguntas.
—No soy una niña, pero lamento que me traten como tal —me quejé, con lágrimas en los ojos.
Le pedí a Ana que me llevara a su casa, no estaba preparada para enfrentar a mi mamá.

11. CUATRO ESTACIONES

Al enterarme del secreto de papá me sentí decepcionada de él y de la familia perfecta que siempre creí que fuimos.

Me sentí aún peor cuando supe que mi hermana estaba enterada de todo y no le había dicho nada a mamá.

Por suerte, ella tenía turno en su trabajo y no volvería a casa hasta el día siguiente por la noche. Cuando mi papá volvió de la universidad intentó hablar conmigo y, sin que yo le prestara atención, me pidió que no le dijera nada a mi madre. Estaba muy asustada de lo que seguiría y en aquel momento sólo quería estar lejos de ellos.

—Llévame a casa de mi abuela —le pedí, haciéndole saber que seguía muy molesta con él.

—Antes tenemos que hablar —insistió. —No tengo nada que hablar contigo; es más, no quiero verte. —El tono de mi voz era cruel y frío.
—Dame la oportunidad de explicarte —me suplicó.
—¿No comprendes? —le grité—. Por ahora no deseo verte y tampoco voy a tener valor para ver a mamá a la cara. —Lloré con amargura porque sabía que la noticia iba a ser desagradable para ella.
—Está bien, te llevaré —aceptó—. Dame un momento, en un par de horas nos vamos —terminó.
Me encerré en mi habitación, intentando distraerme con lo que más me gustaba hacer entonces: escuchar mi instrumento favorito en grandes conciertos.
Vivaldi y sus *Cuatro estaciones* siempre era una buena opción.
—Ven, Ónix —llamé a mi gato y lo hice pasar a mi habitación.
Él se subió a la cama y se acomodó, yo tomé mis auriculares y los conecté al móvil, después busqué música y me tiré de espaldas sobre las sábanas recién cambiadas; el aroma a limpio embriagó mi ser.
Cada nota musical erizaba mi piel. Escuchar el sonido de aquel instrumento me transportaba a un mundo irreal y me hacía sentir calma, esa calma que le brindaba paz a mi mente y armonía al corazón.
Me transporté con mi imaginación hacia un escenario donde había mucha gente, pero no veía a nadie. La luz era tenue y el silencio imparable.
Me puse de pie en el centro y froté el arco sobre las cuerdas del violín; la música comenzó a

sonar.
«Summer» era un poco triste o al menos eso me hacía pensar, pero al llegar a la parte rápida me permitía expresar el coraje que sentía dentro de mí. Cerraba los ojos para olvidarme de todo a mi alrededor y me concentraba en tocar perfectamente el instrumento. El ritmo melancólico me obligaba a mover la cabeza lentamente de un lado a otro y después lo hacía con frenesí, dejando salir mis lágrimas, no de tristeza, sino de ira y decepción.
«Winter» le provocaba escalofríos a mi cuerpo y me obligaba a pensar en lo que estaba sucediendo y por qué estaba pasando. Ahí en el escenario buscaba a todos para que observaran la velocidad en mis dedos al tocar las cuerdas y al frotar el arco, pero no encontraba a nadie. Apoyaba mi cabeza sobre el violín y danzaba lentamente sin moverme del lugar.
Con «Fall», lo que sentía en contra de papá se consumía lentamente como una hoguera apagándose dentro de mí. Supe que no podía sentir odio ni desprecio o algo parecido hacia mi padre; después de todo, en parte, gracias a él estaba en este mundo. Me dejaba contagiar de la alegría que deseaba transmitir cada vez que mis manos y el arco se fusionaban para sonar con intensidad.
«Spring» finalmente me permitió apoderarme de todo, incluso de las miradas de la audiencia, que no me permití ver antes y que no podía enfrentar. Aquella melodía restableció mis pensamientos y me llenó de valentía para continuar el camino sin quebrarme frente a los demás. Logré lo que deseaba; paz y tranquilidad escuchando una y otra vez a Vivaldi y sus *Cuatro estaciones*, imaginando que las interpretaba en un enorme escenario lejos de casa.
De pronto perdí la noción del tiempo, entré en un estado de relajación total. Éramos sólo Ónix y yo en mi habitación, en completa tranquilidad sin permitirnos ser afectados por las tonterías de los de afuera.
Fanny llevaba varios minutos llamando a la puerta de mi habitación, pero yo no escuchaba nada. No supe cómo entró, lo cierto es que me sobresalté cuando sentí sus manos tocando mi brazo. Abrí los ojos al instante y la observé muerta de miedo. Haló con impaciencia las guías y las lanzó sobre la cama.
—¿Qué te pasa? —pregunté, molesta. —Llevo un largo rato tocando la puerta —me dijo—. Papá te está esperando —agregó. —¿Tan pronto? —me sorprendí al mirar el reloj. Había pasado las dos últimas horas escuchando a Vivaldi. Me puse en pie rápidamente y busqué en el armario una maleta pequeña, metí lo necesario, tomé a Ónix y salí.
—Estoy lista —dije.
—Papá está afuera —me dijo Fanny—. Eres una inmadura, sales huyendo a la primera. —Y tú eres una traidora —le grité.
—No me grites —advirtió, golpeando mi cara con la palma de su mano.
—Mamá se pondrá muy triste cuando se entere que nuestro padre tiene una amante —le aseguré —. Y se va a sentir decepcionada cuando sepa que su hija favorita lo sabía todo.—agregué dando media vuelta para salir.
Subí al carro en silencio, mi padre manejó sin decir nada y yo le resté importancia a su presencia, me acomodé para tomar una siesta y me quedé dormida. No quería hablar con él; después de verlo como lo más importante de mi vida y de idealizar a un hombre como él y una historia como la de ellos, porque, aunque no creía en el amor, mis papás eran el más cercano ejemplo de tal sentimiento, ahora todo aquello había sido sepultado dentro de mí. Yo no quería enamorarme, el amor dolía y lo estaba descubriendo.
—Hemos llegado —dijo—. ¿Qué le digo a tu mamá? —me preguntó.
—Dile la verdad, que tienes una amante y que yo lo he descubierto —mis palabras eran hirientes.

—Estoy hablando en serio, Camila —su voz era patética o al menos así me lo parecía.
—Dile lo que tú quieras, me da igual —ni siquiera lo volteé a ver antes de hablar.
Él se estacionó, yo abrí la puerta y bajé. Marcelo estaba sentado en el pórtico junto a mi prima Alicia. Al mirarlos uno cerca del otro sentí celos, así que ignoré la presencia de ambos y fui a saludar a mi abuela, que estaba en el jardín; después entré en la casa por la cocina.
Luego de la cena salí y me senté en la banca de madera donde hablé por primera vez con Marcelo. Él no estaba ahí, así que caminé hasta su casa y pregunté por él, me recibió atento y me hizo pasar. Subimos a su habitación y después de una corta charla, me dejé llevar por la coquetería y la astucia con la que me miraba. Estaba consciente de la locura que pronto haría, sin embargo, dejó de importarme al considerar que nadie en la vida es tan perfecto como se suele pensar. Disfruté mi momento con Marcelo, mucho más que la primera vez. Lo que sentí fue distinto, quizá porque me olvidé de las reglas, de los valores morales, de mi familia perfecta y de todo lo que siempre pensé que estaba incorrecto.
Cuando volví a casa no vi a Alicia, ella no estaba bien de salud, según me comentaron, le resté importancia ya que supuse que podía ser cualquier tipo de enfermedad pasajera.
Al día siguiente, mientras charlábamos en el pórtico, Marcelo llegó y la besó en los labios. Desvié la mirada, incrédula, pensando en lo que había sucedido entre nosotros.
—Te presento a Marcelo, mi novio —dijo Alicia, entusiasmada.
—Ya nos conocíamos —dije, llena de coraje, pero no con ella, sino con él.
—De pasada solamente, nunca hemos hablado —respondió rápidamente.
—Debe ser que te confundí —comenté mientras me ponía en pie—. Permiso—. Y entré en la casa.
—¿Acaso todos los hombres son así: traidores y mentirosos? —murmuré.
—¿Decías algo? —preguntó la abuela.
—Nada, sólo pensé en voz alta —contesté.
Definitivamente el mundo estaba lleno de personas vacías y yo no quería ser una más. Actué por impulso, queriendo buscar refugio, pero sólo me había humillado a mí misma. No era justo ir por la vida cometiendo los mismos errores una y otra vez; definitivamente era una muchachita a la que le faltaba mucho por aprender en la vida. Me encerré en la habitación y lloré con amargura deseando que la tierra me tragara.

12. EL GRAN ÁRBOL SABIO

Alicia tenía dieciocho años, era una mujer muy bonita y tenía un cuerpo para envidiárselo. Pese a lo anterior, nunca la consideré mi rival o algo parecido; sin embargo, siempre noté que era insegura y que no poseía amor propio. Cuestiones de autoestima, supongo. Parecía inconforme con lo que tenía y siempre quería mis cosas; desde pequeña peleaba por mis juguetes y después por cualquier otro objeto que me perteneciera. Una vez leí, no recuerdo dónde, un pensamiento que decía: «La envidia es una mujer delgada y descolorida gracias a que se la pasa mordiendo, pero no come». Ese pensamiento era la definición exacta de Alicia, pero con todo ello le guardaba cariño y estima, pues no se trataba de su personalidad sino de la mía y yo no me permitía despreciar a quien no lo merecía, hasta que llegaba a lastimarme, y entonces no había vuelta atrás. Aunque, por entonces, la que vivía con remordimientos era yo por haberme acostado con el novio de mi prima.

Una tarde tocó la puerta de mi habitación y antes que le permitiera entrar vi cómo giró el pomo y lo abrió.

—Afuera te buscan —dijo, sonriendo.

Yo estaba a medio vestir, recién había salido de la ducha.
—Debiste tocar y esperar a que abriera —le dije.
—No pasa nada —respondió.
—Estoy semidesnuda.
—Yo creo que ese tal Thiago no te merece en lo más mínimo, está precioso y tú muy corriente —me miró despectivamente y algo en mí se encendió.
—¿Thiago? —le pregunté, confundida, restándole importancia a su insulto.
Sólo deseaba saber cómo era posible que estuviera afuera si nunca antes me había visitado ahí. Entonces recordé que aquella noche en que cenamos juntos comenté dónde vivían mis abuelos paternos; tampoco era difícil llegar, pues era un pueblo muy conocido en esa región. También recordé que mencioné los nombres de mis abuelos, y ellos eran personas fáciles de ubicar una vez que uno ponía un pie en ese lugar. Lo que más me sorprendía fue la atención que Thiago le puso a mi plática, aún en los detalles pasajeros que yo le mencioné.
—Iré a atenderlo mientras sales —dijo Alicia.
«Es una descarada», pensé en silencio.
Por otra parte, sabía que el karma existe y aunque no tenía idea de lo que había entre Marcelo y

ella, yo en algún momento tenía que pagar mi error. Cuando salí vi el auto de Thiago estacionado frente a la casa de mi abuela; mi sorpresa era enorme y me alegré muchísimo por volver a verlo. Era una cosa extraña aquello que pasaba entre nosotros; nos gustaba estar juntos y charlar, pero la relación no avanzaba, así que nunca lo eché de menos o algo parecido. Alicia estaba sentada frente a él, coqueteándole. Algo en mí explotó haciéndome saber que estaba a punto de odiarla. Me acerqué lo suficiente y hablé.
—Tu novio Marcelo debe estar esperándote —le dije—. Gracias por entretener a Thiago —sonreí con sarcasmo.
—Tu novio es muy guapo —comentó con voz seductora.
—No somos novios —dijo él.
Puse mis brazos en jarra y lo miré con seriedad, ya que con aquel comentario le dejaba abierta la puerta a mi prima.
—Aún —agregó nervioso, después de darse cuenta de que había cometido un error—. Me alegro de verte —dijo, mientras me abrazaba. Me causó enojo que dijera eso, pero tenía razón así que omití su comentario. También sentí celos de ver a Thiago junto a Alicia y cómo disfrutaban de la plática antes de que yo apareciera; sin embargo, ese sentimiento pronto se esfumó. Él y yo nos sentamos a charlar por un par de horas, en las que lo atendí como se merecía. Cuando le tocó regresar se despidió de Ónix y de mí.
—Lo has cuidado muy bien —expresó con ternura y acariciándolo.
Yo sólo sonreí y lo dejé partir.
Los días siguientes, junto a Alicia, fueron un tormento constante, no había instante en que ella no quisiera hacerme sentir poca cosa, era raro saber que se comportaba así, pero entendía que era su esencia como persona. Desde niña quería todo lo que yo tenía, incluso cuando sus cosas eran mejores que las mías. Yo evitaba a toda costa decir o hacer algo que luego podría lamentar. Una mañana me cansé de las constantes discusiones. Tampoco era prudente que mi abuela supiera lo que pasaba entre Alicia y yo, así que decidí volver a casa y enfrentar a mi familia. En la primera persona que pensé fue en Thiago. Lo llamé a su móvil y le pedí que fuera a recogerme, el único que podía hacerlo aparte de él era mi papá y no quería compartir un viaje de dos horas con mi progenitor, así que no había más alternativa, puesto que tomar un autobús no era una de ellas porque no estaba acostumbrada a viajar por mi cuenta y sólo de pensarlo me aterraba la idea.
Thiago llegó al día siguiente por la mañana; antes de llevarme a mi casa fuimos a almorzar a un restaurante que quedaba a orillas de la carretera. Era un lugar hermoso y acogedor, tenía un enorme jardín con flores de muchas variedades y la comida estuvo exquisita. Alguien en ese restaurante nos invitó a visitar el pueblo que quedaba a unos minutos solamente y que, según dijo, era encantador, lleno de cultura y tradición. Sin pensarlo mucho aceptamos. Minutos más tarde caminábamos por pequeños senderos de piedra; las paredes de casi todas las casas tenían macetas colgantes y en los muros había pinturas coloridas. Vi cómo Thiago disfrutaba mirando al mismo tiempo que avanzábamos por la calle; era sin duda una exposición de arte al aire libre.
—Es un lugar muy bonito —comenté al mismo tiempo que me senté para admirar cientos de palomas caminando cerca de nosotros. —Tienen que ir al gran árbol —dijo un señor que pasó junto a nosotros.
Thiago y yo nos observamos confusos, sin entender nada. Me puse en pie y seguimos caminando hasta llegar a la base de una pequeña colina. —Si son pareja, suban al gran árbol sabio —nos sugirió una niña de ojos verdes que se nos cruzó enfrente.
—Vamos. —Thiago me tomó de las manos y me haló mientras corría.
—Espera —me detuve en seco—. ¿Qué no has entendido que para subir debemos ser más que

amigos? —pregunté sonriendo.
—Camila ¿Te gustaría ser mi novia? —preguntó mirándome a los ojos.
Aquellos hermosos ojos color miel me hipnotizaron una vez más. Lo miré sonriendo, pero no dije nada.
—¿Aceptas? —volvió a preguntar, a la espera de una respuesta.
—Acepto —contesté.
—Pues ya está, ahora vamos —indicó, pero antes me besó en los labios.
Su beso fue tierno y hermoso, me sentí confundida. Seguía sin entender cómo estaba pasando todo tan de prisa. Yo que no creía en el amor, yo que no creía en las historias color rosa pastel, yo que odiaba los clichés y evitaba el romanticismo, yo que no quería enamorarme.
Yo era el personaje principal de una escena romántica, demasiado romántica y quizá no quería estar ahí, pero deseaba con todo mi ser vivir aquel hermoso momento.
Respiré profundo y me propuse seguir el consejo de la abuela: vivir ahora lo que deseaba recordar en el futuro.
Caminamos un poco más y cuando llegamos nos dimos cuenta que aquel árbol estaba repleto de cintas rojas.
—Tienen que tomar un listón y escribir el nombre del otro, luego lo amarran a una rama en lugares separados —nos explicó un anciano de cabellos blancos entregándonos dos tiras y un marcador.
Thiago me miró y me cedió el marcador para que procediera, yo escribí su nombre y luego él escribió el mío.
—Un día, cuando regresen, busquen sus nombres, si ambos están sujetos a estas ramas, el gran árbol sabio les concederá la dicha de permanecer uno junto al otro por el resto de sus días —dijo.
Sus palabras eran hermosas. Aunque Thiago y yo sabíamos que era solamente una tradición, nos sentimos bien haciendo aquello en la iniciación de nuestro noviazgo.
—¿Ya podemos romper? —le pregunté sarcástica cuando volvimos al auto.
—¿Cómo? —cuestionó, asombrado.
—Lo de hacernos novios era solamente para subir, ¿no? —le dije, sonriendo.
—Claro que no, es porque te quiero —me explicó—. Lo de ser novios era en serio —aseguró, besándome en la frente.
Lo abracé en silencio y después nos marchamos de aquel encantador pueblo en el que, sin planearlo, nos la pasamos de maravilla.

13. CAFÉ

Comenzaba a atardecer. El reloj marcaba casi las siete de la noche cuando llegamos a casa. Seguramente mi papá estaría trabajando en la universidad y Fanny recibiendo clases, mi madre tenía libre, según había hecho cálculos, porque su turno en el hospital había terminado ese día por la mañana.

Después de hablar con Thiago y comentarle lo que sucedía con mi papá y su alumna, él me aconsejó que lo mejor era contarle todo a mi mamá. Hasta cierto punto sabía que era lo correcto, pero me aterraba pensar en lo que seguía. Quizá mamá se enfadaría tanto que terminaría echando a papá de la casa y yo sufriría del mismo modo que varias de mis compañeras de primaria y secundaria, que habían pasado por una destrucción familiar. Pensarlo me rompía por dentro; sin embargo, comprendí que tenía que enfrentar la situación; no sería la primera persona a la que le tocara pasar por algo así.

Estaba decidida y le iba a contar a mamá todo lo que había visto en el estacionamiento del centro comercial. También quería hablarle sobre Thiago, aunque no era el momento idóneo; al menos quería que ella lo supiera, quería contarle que tenía novio.

—Puedes estacionarte aquí —le sugerí a

Thiago.
—Mejor en el patio de tu casa —dijo. —Entraremos caminando, no quiero que mamá se alarme con el sonido del carro; además puede que esté dormida y no quiero despertarla —le expliqué.

—Está bien, como tú digas —obedeció y se estacionó cerca del portón de entrada.
Para mi suerte, el portón estaba sin seguro.
—Es una casa muy bonita —su mirada estaba perdida observando todo a su alrededor.
—Ven, te mostraré algo. —Lo tomé de las manos y lo conduje hacia el lado de la cocina.
Cuando llegamos a la ventana que mostraba el interior del comedor me detuve y observé con calma, porque no me parecía real lo que miraba. Mi mamá estaba sentada en la mesa cenando y en compañía de un sujeto que no reconocí; en ese instante se acercó hasta él y lo besó.
—Pero, ¿qué mierda está pasando? —murmuré.
—No es tu papá, supongo —habló Thiago más confundido que yo.
—Claro que no.
La muchachita rebelde que vivía en mi interior aprovechó el momento para hacer de las suyas; sin pensarlo demasiado tomé una piedra que estaba en el suelo, junto a nosotros, y la lancé con tanta fuerza que quebré el vidrio de la ventana. Los dos se asustaron y miraron en mi dirección. Yo estaba molesta y no quería saber nada de ella. Pude ver en sus labios un grito silencioso diciendo mi nombre, pero no le obedecí.
—Sácame de aquí —le pedí a Thiago, quien me veía sorprendido por lo que acababa de hacer.
Sin decir una palabra tomó mi mano derecha y me condujo hasta su auto.
Me llevó a su casa y me dijo que podía quedarme en su habitación y que él dormiría en la sala hasta que fuera necesario. Era una casa sencilla y carecía de muchas de las comodidades a las que estaba acostumbrada, sin embargo, esto no me importó. Yo sabía que Thiago me quería y

cualquier cosa a su lado era mejor que vivir con lujos y engaños. Definitivamente no quería volver con mi familia; la definición tan irreal que tenía de ellos se había terminado. Me sentí muy decepcionada de las personas a las que amaba. Thiago era el único que no me había fallado y por esa razón me aferré tanto a él.
Sus papás se sorprendieron mucho y hasta tuvieron miedo; no obstante, cuando les explicamos la situación, ambos accedieron a que estuviera ahí por unos días; claro que sabía que no iban a ser demasiados, tarde o temprano mis padres me buscarían. Aquella noche conocí un poco más sobre Thiago y sus manías, le gustaba el café y tenía su habitación decorada con cuadros que él mismo había pintado. Lo más curioso de todo fue encontrar una pintura que me hizo sentir especial.
—¡Se parece a mí! —exclamé, apreciando cada detalle del dibujo.
—¿Cómo crees? —me dijo sonriendo avergonzado.
—Sólo pensé, soy una tonta —respondí.
—Se parece a ti, porque eres tú —me confirmó, besándome en los labios.
Aquel cuadro era sólo una prueba más de lo mucho que me quería y eso me hacía comprender que estaba en el lugar correcto.
—¿Cuándo lo hiciste? —le pregunté.
—El día que te conocí, no quería olvidarme de ti, de tu rostro, de tu mirada y de tus labios. —Me volvió a besar.
—Lamento tener que darte problemas —me disculpé—. Ahora mismo no sé adónde ir —agregué, mientras lloraba sin querer.
Él me abrazó con intensidad y me besó en la frente.
—Todo va a estar bien. —Sus palabras denotaban toda la seguridad que a mí me estaba faltando.
Podía sentir cómo todo dentro de mí se quebraba en pedazos tan finos que era incapaz de volver a funcionar por mi propia cuenta.
—¿Quieres tomar café? —preguntó. —¿Ahora? —pregunté, confundida.
—Existen dos cosas en la vida que no tienen horario ni medida: el amor y el café.
—¿Te inventas frases como esa para parecer interesante?
—Soy interesante —afirmó, mirándome de una manera que me dejaba muda.
—¿Quieres?
—Por supuesto —le dije—. No soy adicta al café, pero sí a tu compañía —terminé.
—Ponte algo abrigado, pero no tanto. Enseguida vuelvo —salió por la puerta y mi gato se fue detrás de él.
Me quedé pensativa, afuera hacía un poco de frío, pero ahí en su habitación el clima era perfecto.
Minutos después volvió con una canasta.
—¿Nos vamos de picnic a esta hora? —pregunté.
Thiago era, en definitiva, aquella persona que me sorprendía con cada segundo que pasaba, tenía la capacidad de hacerme vivir lo que ni yo imaginé que fuera posible.
—Claro —confirmó—. ¿Qué tiene?
—Pues nada, sólo que es tarde —contesté ingenua, sin pensar en lo que pasaría después.
—¿Estás lista? —me preguntó, tomando una sábana de su armario.
—Sí —confirmé.
—No puedes ir así, te congelarás.
—Lo más cubierto que llevo en mi maleta lo traigo puesto ahora —le hice saber.
—Toma —lanzó un suéter y antes de que pudiera atraparlo cayó sobre mi cabeza.
—Eres lenta —se burló.
—¿Y tú qué eres? —le pregunté, sarcástica.

—Anda, vamos —le restó importancia a mi pregunta y me dio dos almohadas para que las cargara.
Abrió la ventana de su habitación y salimos; por suerte no le tenía miedo a las alturas, de lo contrario, el plan no hubiese salido como él lo esperaba. Llegamos a una terraza que quedaba del otro lado de la casa, tendió la sábana y acomodó el resto de cosas, después me invitó a tomar asiento junto a él. La noche estaba fría pero el cielo estaba despejado y repleto de estrellas.
—¿Así que éste es tu escondite secreto? —pregunté, observando todo a mi alrededor.
—No creo que sea secreto, pero vengo aquí cuando quiero estar solo. —Hablaba al mismo tiempo que servía el café.
Mientras lo vertía, el viento llevaba su exuberante aroma hasta mi nariz; no estaba acostumbrada a consumirlo, pero lo disfruté como nunca antes lo hice.
Después, los dos nos acomodamos para mirar el cielo y contemplar las estrellas. La luna estaba hermosa, igual que la vez que cenamos bajo el árbol. No era casualidad que con Thiago los momentos se dieran sin complicaciones y llenos de magia. Le llamaba magia porque no podía ser otra cosa, no éramos dos jóvenes normales sino dos personas extrañas que disfrutábamos de la compañía del otro. Ahí permanecimos hablando de cualquier cosa que nos mantuviera uno junto al otro, como si tuviéramos la certeza de que nada iba a ser para siempre. De pronto, cuando nos quedamos sin tema de conversación, me contó su historia y yo escuché atenta. Hasta que finalmente nos tomó por sorpresa el amanecer.

14. ANTES DEL AMANECER

La noche era hermosa, más que hermosa era especial. Thiago y yo disfrutábamos del cielo y del viento fresco que acariciaba nuestros rostros. Corría riesgo de contraer un resfriado, pero la estaba pasando tan bien que decidí no pensar en eso. Ónix nos hacía compañía enrollado en una esquina de la sábana, de vez en cuando se ponía atento a los suaves ruidos que escuchaba cerca de nosotros y en otras ocasiones se acercaba para pedir caricias o simplemente para ronronear.

Confieso que, en aquel instante, me sentí completamente enamorada de la tranquilidad y de la paz que me transmitía la compañía de Thiago. Logré olvidar mis problemas y disfruté sin ningún remordimiento. Comprendí que estar enamorada es apreciar con cariño las buenas cosas que pasan por nuestra vida, y amar es encontrar un lugar seguro en el que uno pueda refugiarse de cualquier tempestad. Con Thiago tenía todo eso y él merecía lo mismo, deseaba con todo mi corazón recompensar lo que me hacía sentir, así que lo invité a acomodar su cabeza sobre mis piernas y acaricié su cabello.

—Sabes —me dijo.

—No sé —respondí. Él sonrió y continuó hablando.
—Tu compañía hace que vivir valga la pena.
Sentí nostalgia en su voz.
—Vivir siempre valdrá la pena cuando conoces a alguien como tú —le contesté.
—Ella no pensó igual…
Comprendí que un relato muy fuerte se avecinaba.
—¿Hablas de tu exnovia? —le pregunté inocentemente.
—Hablo de mamá.
Sus palabras eran suaves y transmitían tristeza. Guardé silencio, me sentí confundida, pero no quería preguntar. Quería escucharlo.
—Si quieres hablar quiero que sepas que aquí estaré, atenta a cada palabra.
—Resulta que mis padres no son en realidad mis padres.
Imaginé que se liberaba de un enorme peso que llevaba cargando desde mucho tiempo atrás.
—¿Cómo? —pregunté un poco confundida.
—Soy adoptado.
Sus ojos se nublaron, pero enseguida disimuló.
—¿Y qué tiene? Ellos te adoran —quise hacerlo sentir mejor.

—No me estoy quejando de ellos, por el contrario, les estaré eternamente agradecido.
—¿Quieres seguir hablando? —pregunté y después me arrepentí, porque claro que él deseaba seguir y yo actuaba torpemente haciendo una pregunta que estaba de más.
—Nunca antes se lo he dicho a alguien, no lo hablo con cualquiera.
Me hizo sentir especial. Agaché mi cabeza para besarlo en la frente.
—Eres un ser maravilloso, tus verdaderos padres no tienen idea del hijo que perdieron.
—No quiero pedirte que me escuches —se quejó.
—No lo harás, sigue —le pedí.
—Lo único que sé es que mi mamá me dejó abandonado en un cesto de basura cuando tenía sólo días de nacido. Me he preguntado toda la vida qué hizo que me amara tan poco como para tomar una decisión tan cruel. Un señor me encontró y me llevó al hospital ya que, según dicen, no paraba de llorar. Resulta que me atacaron las hormigas y eso dejó fuertes marcas en mi piel.
—Quiero ver —dije sin pensar.
Thiago se sentó y se quitó la camiseta, tenía una espalda perfecta y brazos fuertes. Observé varias cicatrices pequeñas y extrañas por varias partes de su piel, después se giró para mostrarme una que tenía en su pecho.
—Ésta es la más fea de todas.
—Yo diría que es demasiado peculiar.
Lo miré a los ojos y coloqué mi pulgar sobre la cicatriz. Sentí cómo mi respiración se puso en pausa por unos segundos y tuve que hacer esfuerzo para introducir oxígeno en mis pulmones.
—¡Dios, todo lo que provocas en mí! —le confesé sin miedo.
Él guardó silencio y me besó en la comisura de los labios, apoyé la palma de mi mano sobre su piel.
—No sigas, por favor —le pedí.
Se detuvo sin forzarme a nada y yo deslicé lentamente mis dedos hacia abajo, por su pecho, hasta llegar a su abdomen perfectamente trabajado. Tomó mi mano entre la suya y me puse más nerviosa, así que lo solté de inmediato.
—Después me enviaron a un refugio clandestino para niños abandonados —continuó.
—¿Por qué no a un orfanato?
—¿Sabes lo que cuesta en este país que un niño sea dado en adopción? —preguntó.
—No, no tengo idea.
Me sentí ignorante y comprendí que me hacía falta conocer mucho de la vida y de mi mundo. Estaba claro que fui una niña a la que nunca le hizo falta nada.
—Es complicado —me explicó.
—Pero, ¿por qué? —seguía sin comprender del todo.
—Porque el Gobierno recibe ayudas económicas a través de esos orfanatos de mala muerte —se lamentó.
—Y si no hay niños en los orfanatos, no hay manera de recibir ese dinero extra —agregué entendiendo claramente a qué se refería.
—Exacto. ¿Ahora entiendes que, a muchos, los niños sin familia les importan una mierda? —me miraba con determinación.
—Por supuesto, de ese modo los niños no consiguen hogar y las parejas que no pueden tener hijos tampoco pueden adoptar con facilidad, es una pena —me lamenté al descubrir lo terrible de la situación.
—Claro, les ponen muchos requisitos, algunos hasta imposibles de llenar. Es todo un protocolo un trámite de adopción.

—Pero de esos refugios clandestinos no tenía idea, es decir, no sabía que existen, le comenté, llevándome un mechón de cabello hacia atrás.
—Buenas personas los han creado para evitar que niños abandonados como yo terminen olvidados para siempre.
—¿Tus papás te encontraron ahí?
—Ellos querían tener otro hijo, pero complicaciones de salud le impidieron a mi madre volver a quedar embarazada, entonces accedieron a la opción de brindarle hogar a un niño sin familia y el afortunado fui yo. Tenía tres años cuando me trajeron a vivir con ellos.
—Debiste ser un pequeñito hermoso.
—No quiero causar lástima en ti.
Debió notar mis ganas de llorar.
—No, no, claro que no —me calmé enseguida.
—No tienes idea de lo terrible que se siente no saber tus verdaderos orígenes, vivo imaginando si al menos mi papá pensaba diferente que aquella mujer que me cargó en su vientre, quisiera tener idea de quiénes son mis abuelos y si tuve hermanos. Me encantaría saber si cuando vine a este mundo era tan insignificante que valió la pena cada cosa por la que pasé.
—Lamento tanto que vivas con esos pensamientos en tu cabeza.
—Gracias por escucharme y comprenderme.
—Quiero ser ese lugar en el que encuentres paz y comprensión, así como yo encuentro eso y más en ti. Siempre que me necesites, deseo ser tu refugio, un refugio seguro. Estaré para ti cuando el mundo no lo esté, te ayudaré cuando nadie quiera hacerlo y te amaré en la medida que me sea posible.
Me miró a los ojos, lo abracé y sentí cómo sollozaba en mi hombro, lo abracé más fuerte y siguió llorando.
—Pronto te sentirás mejor. Llorar está bien, aunque seas un hombre, eso significa que tienes vida y que estás en este mundo. —Me sorprendía con mis propias palabras, pero esa era la verdad.
El silencio se hizo eterno, tan solo éramos él y yo atentos a la noche y a sus misteriosos murmullos que el viento traía hasta nosotros.
—Un día, cuando me case, no deseo tener hijos, quiero adoptar niños abandonados para brindarles una familia —me confesó.
—Tienes un corazón de oro —lo abracé.
Sus palabras calaron profundo dentro de mí y hasta me planteé la misma posibilidad.

15. RECUERDOS INFINITOS

Al día siguiente Thiago salió temprano a trabajar con su papá. Me dio tristeza saber que sólo había dormido un par de horas y que tenía que ir a cumplir con sus responsabilidades. Sin embargo, volvería a repetir la noche anterior todas las veces que fuera necesario para sentirme tan completa como nunca me sentí antes y estaba segura que él también lo haría. Subí a su habitación y en lugar de volver a la cama, decidí limpiar.

El desorden ponía en evidencia a quien pertenecía aquella pieza. Había ropa sucia tirada por el suelo y zapatos regados por cualquier rincón, libros para pintar abiertos, uno sobre otro en la pequeña cómoda, y pinturas vencidas ocupando espacio innecesariamente. Antes de comenzar me planteé un par de situaciones.

«Talvez a Thiago no le agrade la idea de encontrar limpia su habitación», pensé en silencio. «¿Y si se molesta porque he botado sus cosas?», me pregunté en voz baja.
—Por algo su mamá nunca limpia —murmuré.

—Paso demasiado ocupada y él lo hace cuando le queda tiempo —respondió ella observándome desde la puerta.

—Lo siento, no quise decir nada desagradable —me disculpé apenada, sabía que mi último comentario podía ser malinterpretado.

—Tranquila, no me he ofendido. Por el contrario, creo que ahora mismo tienes una lucha interna y no sabes qué hacer.

—Exacto —respondí atolondrada.
—Mi hijo te agradecerá si le echas una mano con la limpieza y yo estaré feliz si deseas ayudar, pero sólo si quieres —insistió.
—Claro, sí quiero ayudar —le aseguré.
Comencé por lo más obvio: recoger la ropa sucia y depositarla en su cesto, después cambié las sábanas y proseguí con un par de cosas más. Ónix me observaba desde el balcón, parecían agradables para su cuerpo los suaves rayos de sol que se filtraban por el cristal.
Durante la noche tuve mi móvil apagado y en cuanto lo encendí me cayeron muchos mensajes de mis papás y también de Fanny. No quería hablar con nadie, pero finalmente le respondí a mi

hermana y en cuanto supieron la dirección de la casa de Thiago se hicieron presentes.
—¿Camila? —la mamá de Thiago se asomó por la puerta entreabierta.
—¿Sí? —respondí, terminando de acomodar unas camisas recién dobladas en el armario.
—Son tus padres, quieren hablar contigo —me indicó.
—Diles que llamen a mi móvil por favor —le pedí, revisando para constatar que no hubiera llamadas perdidas.
—No, creo que no me has entendido. Ellos están aquí.
Yo sabía que las cosas se iban a complicar, pero tampoco imaginé que sucedería tan pronto.
—Enseguida bajo —contesté y me miré en el espejo, no deseaba que se dieran cuenta que había estado llorando.
Tenía los ojos inflamados, así que antes de recibirlos pasé por la cocina, tomé dos cucharas y las metí en el congelador, segundos después las coloqué sobre mis párpados. Pude sentir cómo lo helado me hacía bien. Me vi en el cristal de la puerta del microondas, ya lucía mejor, así que salí a enfrentar a mi familia.
—¡Hija! —exclamó mi padre como si llevara años sin verme.
—Camila —sollozó mi madre.
Fanny no estaba con ellos y me pareció extraño, pero no dije nada.
—Toma tus cosas y nos vamos —ordenó mi papá.
—No iré a ningún lado —le contesté.
—Vamos a casa y hablamos —me pidió mamá.
—Yo no quiero saber nada de ustedes —dije.
—Lo mejor será que vuelvas con ellos —interrumpió la mamá de Thiago.
—Está bien, ahora vuelvo —me marché en busca de mis cosas.
No tenía por qué provocarle preocupaciones innecesarias a mi novio y a sus papás.
Ónix estaba acomodado en la alfombra junto a la cama, lo miré y lo acaricié por un momento. Después escribí una nota, al mismo tiempo que dejaba salir lágrimas desde lo más profundo de mi alma.

Para: Thiago.
Lamento mucho tener que marcharme sin darte un último beso. Quiero agradecerte por los momentos tan hermosos que viví a tu lado, fueron pocos pero en mi memoria serán infinitos. Ahora mismo no tengo tiempo para escribir todo lo que me gustaría que supieras, ya que mis padres están abajo esperando por mí. Eres increíble y me apoyaste siempre que lo necesité, prometo recompensarte en algún momento.
Por favor cuida de nuestro gato hasta que vuelva. Ónix es increíble y lo amo igual que a ti.
Nos veremos pronto.
Camila.

Dejé la nota sobre la mesita de noche, esperando que Thiago pudiera comprender lo que estaba pasando. Yo sabía que mis papás ya habían investigado sobre él, ellos eran así: dos personas imperfectas fingiendo ser perfectos. Algo me decía que no volvería a verlo porque ellos se iban a interponer, mi corazón se encogió por un instante y pensé en las locuras más grandes que nunca me atrevería a cometer, hasta que finalmente decidí bajar. Mi papá estaba a media escalera desesperado porque no salía de la habitación.

—Se hace tarde, tenemos que irnos —me dijo. Tomó mi maleta y salimos, mi mamá nos esperaba en el auto. Fuimos a casa y nos sentamos a platicar como la gran familia que siempre

fingimos ser.
—Tu madre y yo vamos a divorciarnos —ex

plicó sin más.
—¿No van a solucionar las cosas? —pregunté
ingenua.
—No hay nada que solucionar —comentó
mamá.
—¿Ya hablaron? —cuestioné, aunque en realidad no tenía interés en que continuaran juntos. —
Ya dijimos lo que teníamos que decir —contestó él.
—No se amaban como parecía, sólo estuvimos fingiendo ser algo que nunca fuimos —afirmé.
—Eso no pensamos discutirlo contigo, el
punto aquí es que hemos decidido separarnos
—replicó ella.
—Y tú, ¿qué opinas? —le pregunté a mi hermana.
—No nos están pidiendo opinión, Camila,
nos están informando.
Su voz era serena y parecía no importarle lo
que estaba sucediendo.
—Bien y entonces, ¿con quién nos quedamos? ¿contigo o contigo? —cuestioné sarcásti
camente señalando a uno y después al otro. —Con ninguno —mi papá me observó molesto—.
En todo este tiempo sobrepasaste los
límites y hemos decidido que te vas a estudiar
fuera de la ciudad —terminó.
—Entonces yo sobrepasé los límites mientras
ustedes estuvieron acostándose con otras personas —respondí con determinación.
—Te callas —me silenció ella.
—Y a Fanny, ¿también la van a enviar lejos?
—pregunté desviando mi mirada hacia mi hermana.
—Me iré a vivir sola —contestó desde un rincón.
—Pues no iré a ningún lugar, yo también
puedo ir a vivir sola. Voy a buscar un trabajo o
me iré dónde los abuelos —argumenté. —Quieres quedarte para estar con él, ¿cierto?
—mamá me miraba con decepción.
—Ese muchacho no es tu tipo y no lo verás
más.
Lo que tanto temía se estaba volviendo realidad.
—Papá, tú no lo conoces, no puedes decir
eso.
—Tienes diecisiete años, no sabes más que
yo.
—A ti no te conviene la muchachita esa, la
universitaria. En cambio, la elegiste sobre mamá.
—Tu madre eligió antes que yo.
Un nudo extraño en mi garganta me hizo
guardar silencio. Quería llorar, pero ya no tenía
más lágrimas. Fanny no decía nada, ella era así,

diferente a mí, siempre educada y reservada. Yo
no estaba dispuesta a dejarme pisotear por nadie y eso incluía a mis papás, pero mi hermana, en cambio, era capaz de lo peor con tal de complacerlos.
—Está bien, me iré —las palabras finalmente
salieron.
—Entonces, ve hasta tu habitación y empaca
lo necesario —ordenó mi papá.
—¿Tan pronto? —cuestioné anonadada. —Te irás mañana —me informó mamá. —¿Qué? —interrogué confundida—. Les urge deshacerse de mí, ¿cierto? —agregué. —Es lo mejor —dijo él.
—¿Lo mejor para mí o para ustedes? —pregunté sollozando.
—La decisión está tomada, Camila —advirtió mi hermana.
Guardé silencio, subí a mi habitación y me
tendí en la cama. Estaba triste porque nada era
como imaginaba y desde ese momento las cosas
no volverían a ser igual. No tenía caso pedir que
me llevaran de visita a casa de Ana porque sabía
que no me iban a llevar y tampoco podía llamarla a su móvil puesto que me habían quitado el mío. Así que un capítulo de mi vida se estaba
cerrando y no me agradaba su final.

16. LA VERDAD OCULTA

La madrugada se me hizo eterna; empacar mis cosas no fue tarea suficiente para dejar de extrañar a Thiago y a Ónix. Si me iba a marchar, lo que más deseaba era que el tiempo pasara deprisa, cada minuto que avanzaba en el reloj era un grito desesperado por cometer una locura.

Mis padres habían terminado de destrozarme con la absurda decisión de enviarme lejos de la ciudad, seguía sin entender qué hice mal para recibir tanta decepción.

Me senté en mi cama para pensar, pero mi mente estaba nublada por la tristeza. No sabía qué hacer, no sabía qué decir, no sabía cómo actuar. Me sentí tonta, inmadura, absurda, ingenua y, por último, me sentí cobarde. Me desnudé lentamente sin ánimos de nada y me metí en la regadera. Escuché los maullidos de mi gato y busqué desesperada, pero sonaron en mis recuerdos solamente, Ónix no estaba. Lo eché de menos y lloré, lloré con amargura al comprender que él y Thiago también me iban a extrañar. Abrí la ducha y dejé caer el agua sobre mi cabeza. No había nada que me hiciera sentir mejor, pero un baño con agua tibia me iba a relajar. Me senté sobre el suelo envolviendo mis rodillas con los brazos, dejé mi mente en blanco y me limité a respirar. Era necesario; si hubiera seguido planeando cómo escaparme aquella madrugada, seguramente hubiese terminado cometiendo la peor de las locuras.

Ahora puedo ver las cosas con claridad y entiendo que lo que en aquel momento me parecía el fin del mundo, es hoy un triste recuerdo del que puedo reírme con facilidad. Si supiéramos que con el paso del tiempo todo va a estar bien, enfrentaríamos la adversidad con mayor tranquilidad. Sin embargo, en el instante en que todo está sucediendo, lo primero que pensamos es que no vamos a salir con vida de ese agujero negro en el que caemos.

Mi hermana entró en mi habitación y me buscó en la ducha, con cariño me envolvió en mi bata y me condujo hasta la cama.

—Anda, abrígate pronto o te vas a enfermar. Regreso enseguida —me hizo saber.
Hice lo que me pidió inconsciente de todo y tuve miedo pues aquella no era yo. Mi cuerpo actuaba, pero mi mente no reaccionaba. Fanny volvió minutos más tarde con una pequeña bandeja en la que observé una tetera y una taza pequeña.
—Toma —extendió su mano para darme una pastilla y un té de canela con pimienta, uno de mis favoritos.

Le había puesto miel y sabía delicioso, lo bebí a sorbos ligeros, pero continué en silencio. Ella se acercó hasta mí y me abrazó; exploté en llanto y me refugié en sus brazos. A veces es lo único que necesitamos, que nos abracen como si fuera la última vez y que nos hagan saber que todo va a estar bien.
—Tienes que ser fuerte —me pidió—. Pronto todo va a pasar —me aseguró.
—¿Qué pasó con nuestra familia? —le pregunté inquieta.
—Éste es nuestro hogar —contestó
—Era perfecto —le dije.
—Vivíamos dentro de una burbuja y la burbuja finalmente explotó. —Sus palabras eran dolorosas, pero reales.
—¿Entonces ellos ya no se aman? —cuestioné, como intentando despertar del sueño que me parecía que estaba viviendo.
—Dejaron de amarse muchos años atrás —me explicó.
—No entiendo nada. ¿Por qué no se separaron antes?
—Porque creyeron que estando juntos nos hacían un bien a ambas.
—Eso no es cierto, terminaron destruyéndonos.
—Tienes razón, pero somos dos mujeres que vamos a salir adelante e intentaremos no repetir la misma historia.
—No sé si voy a poder —me lamenté por sentirme incierta y vulnerable.
—Claro que puedes, ambas podemos. En un par de años esto será sólo un mal recuerdo.
—¿Quiero saber qué pasó con ellos? ¿Tú sabes?
—Es una larga historia, ven, siéntate. Voy a contarte, aunque termine de matarte. ¿Estás lista para escuchar la verdad?
—Nada me puede sorprender más, cuéntame, por favor. En un par de horas me iré y comenzaré otra vida, así que quiero saber absolutamente todo.
—Cuando yo era pequeña mi papá engañó a mamá, a ella le dolió tanto que nunca pudo superarlo, pero no quiso separarse porque estaba muy enamorada de él. Con los días conoció al doctor con el que la viste la otra noche, se enamoraron y se fueron a vivir juntos. Eso duró sólo unos meses y con el tiempo volvió a casa de los abuelos, los papás de mamá.
—¿Te quedaste con mi papá?
—No, me dejó en casa de los abuelos, yo estaba muy pequeña, pero recuerdo esos días muy bien. Claro que a mí me decían que mamá estaba trabajando y que por eso no estaba conmigo y que mi papá andaba de viaje, ya sabes, mentiras de adultos.
—¿Qué pasó después? —La historia me pareció descabellada, pero todo era posible.
—Papá buscó a mamá para que volvieran porque, según él, no podía vivir sin ella y quería volver a intentarlo, ella aceptó y terminaron casándose.
—¿Y el doctor?
—Él se fue de la ciudad y, según mi mamá, nunca se volvieron a ver, después naciste tú y las cosas mejoraron. Todos los recuerdos que tienes de los viajes y los paseos fueron reales. Ellos hicieron lo posible por volver a amarse como lo habían hecho antes y también querían vernos felices a ambas.
—Ahora comprendo menos —aquella revelación se me hacía absurda.
—Déjame terminar. Hace unos meses mamá descubrió que mi papá estaba saliendo con una alumna y volvió a sentirse traicionada, entonces le reveló que tú no eres su hija.
—¿Cómo? —Aquellas palabras fueron un choque eléctrico que dio justo en el corazón. Sin comprender si me haría bien o mal, seguí escuchando.

—Tu verdadero papá es el doctor. Cuando mamá volvió, estaba embarazada, pero tenía tan pocos días que ni ella lo sabía y por eso papá no sospechó nada y creyó que fuiste fecundada la noche en que volvieron.
—Con razón me odia, no soy su hija —me lamenté.
—No te odia, simplemente fuiste su más bonita mentira y ahora se siente confundido.
—Tú dijiste que mamá no sabía lo de la amante de papá. ¿Por qué me mentiste?
—Lo hice para protegerte, no quería que supieras lo de mamá, que se estaba mirando con el doctor y que no eres hija de papá. Todas las noticias juntas te hubieran causado severos daños emocionales.
—¿Cómo sabes que ahora no quedaré afectada?
—Porque te irás lejos, estarás sola y actuarás por tu cuenta. Te conozco, eres fuerte y sé que vas a estar bien.
—¿Desde cuándo lo sabes?
—Desde hace muy poco, aún no termino de procesarlo, pero lo asimilaré.
—¿Por qué mamá está con él, con el doctor?
—Días después que mamá descubrió todo y que papá supo la verdad, él volvió a la ciudad y ella lo buscó para contarle que tiene una hija. Se sorprendió, pero de inmediato te aceptó, así que decidió reconquistar a mamá. Ella, por su parte, dice que él fue su gran amor desde que lo conoció y que volvió con papá porque pensó que lo amaba, pero que con los días descubrió que no era así.
—Es una historia tan rara.
—Lo sé, es complicado, parece una novela dramática todo lo que te cuento, pero es real y tienes que aceptar que ésta es tu vida.
Fanny tenía razón, yo era más fuerte de lo que imaginaba y me lo tenía que demostrar a mí misma y a los demás.

17. OTOÑO

Tres años después.
Era otoño, la estación que más disfrutaba
porque no llovía, pero hacía un poco de frío. Carlos, mi novio, me invitó de paseo a casa
de sus papás en un pueblo cercano a la ciudad
en la que estudiábamos. Llevábamos saliendo
seis meses y nos sentíamos bien juntos. Teníamos más de un año de conocernos y antes de mi novio fue mi mejor amigo.
Una tarde me pidió que me vistiera para salir
a caminar; por supuesto que yo estaba ansiosa
por conocer el lugar. Busqué entre mi ropa algo
cómodo para vestir y al final elegí una camisa
manga larga tipo suéter, en un tono gris pálido,
que combiné con unos pantalones de mezclilla
en color negro y unas botas altas del mismo color. Dejé mi cabello suelto, aunque lo tenía bastante largo no me molestaba llevarlo así. Carlos
se veía guapo con el atuendo que escogió. Pantalones negros, camiseta blanca y suéter cuadriculado en tonos gris oscuro.
Carlos me explicó que el parque quedaba a
unos minutos y que me llevaría a una cafetería
que preparaba un café muy delicioso. Meses atrás
había desarrollado una fuerte adicción por tan
exquisita bebida, aunque debo reconocer que
siempre que tenía una taza con café entre mis manos recordaba mi última noche junto a Thiago.
Nos detuvimos frente a una fuente para tomarnos fotografías, sin duda era un pueblo pintoresco y encantador.
—Dicen que si tiras una moneda dentro de la
fuente y tu pareja tira otra, su amor durará por
siempre —sonrió, mirándome a los ojos. —Otro pueblo lleno de tradiciones —murmuré, al recordar el gran árbol sabio.
—¿Cómo dices? —preguntó.
—Que quizá sólo sea una tradición —respondí.
—¿Lo hacemos? — volvió a preguntar. —No traigo monedas —le dejé saber. Me observó incrédulo y sacó dos de su bolsillo, me entregó una y caminó hasta la fuente. La
lanzó y me miró para que hiciera lo mismo, sin
embargo, antes de lanzarla, la moneda resbaló
de mis manos cayendo sobre el suelo, después
rodó para perderse quién sabe dónde. La buscamos por todas partes, pero no apareció. —Es una lástima, mañana volveremos —se
lamentó.
—No pasa nada —le dije.
Las hojas color naranja caían por todos lados
cubriendo el suelo por completo, desde ahí podíamos ver la cafetería a la que iríamos después. A

lo lejos vi llegar a una pareja, iban tomados de la mano y jugueteando, no distinguía sus rostros, ya que estaban de espaldas. Identificaba dos siluetas lejanas vestidas con los mismos colores, ella llevaba puesto un vestido café suave, medias más oscuras y botines del mismo color, su cuello estaba rodeado por una bufanda azul marino con detalles en verde claro. Él llevaba unos pantalones cafés y un suéter en color azul marino.

—¿Qué miras? —preguntó Carlos al darse cuenta que no dejaba de observar a lo lejos. —Nada, me pareció conocer a alguien que pasó por allá —dirigí mi mirada en dirección a la pareja que justo en ese instante se besaba. —A lo mejor te confundiste, no creo que conozcas a alguien en este pueblo —me aseguró. —Tienes razón —respondí, restándole importancia a las personas que vi antes.

Caminamos bajo los árboles donde el crujir de las hojas secas me desesperaba, pero apreciar cómo el viento juguetón las arrastraba me traía calma.

Carlos se acercó hasta mí y colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja izquierda. —Eres preciosa —susurró a mi oído. —Tómame una última fotografía —le pedí. —Por supuesto —respondió tomando mi móvil para buscar la cámara.

Yo me ubiqué y posé.

—Te amo —gritó, y yo sonreí.

—Has quedado divina —me halagó, abrazándome por la cintura mientras me mostraba la captura.

—Te amo —le dije y me acerqué hasta su rostro para hacer una fotografía de ambos; después me senté.

—Ahora sí, vamos por el café que te prometí —me dijo sonriendo.

—Claro —respondí al mismo tiempo que me ponía en pie.

Caminamos tomados de las manos hasta llegar a nuestro destino. La cafetería tenía un estilo rústico y antiguo, techo de tejas, paredes de ladrillos y acabados en madera; flores y lámparas viejas colgantes adornaban el pórtico. También había macetas en el piso y mesas de metal afuera. Nos sentamos y mientras Carlos ingresó para pedir nuestras bebidas, yo contemplé unas begonias que tenía cerca, pero pronto mi calma fue interrumpida por la joven que vi antes. Era ella, la que llevaba una bufanda azul sobre el cuello.

Abrió la puerta de golpe y salió corriendo. —Espera, espera —suplicaba su novio al tiempo que la perseguía.

Yo me quedé perpleja cuando escuché su voz y él se quedó igual en cuanto me vio. Se detuvo en seco y no supo qué hacer. Ella siguió caminando rápidamente, atravesando el parque, y él se quedó de pie frente a mí unos segundos, después corrió detrás de ella gritando su nombre. —¡Paulina! —su grito fue en vano, ella no se detuvo.

Pensé que me iba a dar algo de la emoción por haberme encontrado con Thiago. Incluso por un momento pensé en salir corriendo detrás de él, pero Carlos interrumpió mis pensamientos. —Vamos adentro —me sugirió.

Habló, pero no entendí lo que dijo. Mi mente se había ido con Thiago.

—Camila —me tocó en el hombro.
—¿Me decías? —estaba distraída—. Discúlpame, es que estaba pensando... olvídalo —me excusé.
—Vamos adentro, aquí hace mucho viento —me pidió.
—Por supuesto —me levanté de la silla y miré hacia el parque, pero ya no estaba ninguno de los dos.
—¿En qué pensabas? —preguntó Carlos. —Algo sin importancia —respondí.
—Estabas demasiado concentrada, yo creo que sí era importante —replicó.
—Tranquilo, no era nada —le dije y me acerqué para besarlo en los labios, sonriendo. Antes de aquella tarde yo me sentía muy enamorada de Carlos; pasé tanto tiempo esperando una señal del destino, hasta que finalmente entendí que lo mejor era olvidarme de Thiago y lo hice, yo sé que lo hice. Me olvidé de él, pero en aquel momento, cuando lo vi nuevamente, mi corazón se aceleró igual que me pasaba cada vez que lo tenía cerca de mí.
Desde entonces y antes de volver a la universidad fui cada tarde a la misma cafetería con la intención de volver a verlo. Necesitaba hablar con él. No deseaba nada más, solamente charlar y saber que estaba bien. Por supuesto que sabía que lo estaba, incluso era feliz, lo noté cuando lo vi con su novia, pero quería comprobarlo y que me lo dijera en persona, mirándome a los ojos. Una tarde comencé a sentirme demasiado mareada y quería respirar aire fresco; claro que dar paseos por mi cuenta y sin compañía era algo que me gustaba hacer desde siempre. —Volveré enseguida —le dije a Carlos. —¿Adónde vas? —me preguntó inquieto. —Solo iré a caminar unos minutos —le expliqué.
—Si quieres te acompaño —se ofreció poniéndose en pie para salir conmigo.
—No, no, descuida quiero ir sola. Sabes que me gusta hacer esto de vez en cuando y no quiero perderme el encanto de tu pueblo —le dije.
—Está bien —se volvió a acomodar en el sillón y me dejó salir.
Todavía era buen momento para tomar café, así que entré en la cafetería y me coloqué en la fila para ordenar; sólo habían pasado un par de minutos cuando sentí su presencia, busqué sin moverme del lugar girando mi rostro de un lado a otro para encontrarlo detrás de mí.
—Hola —murmuró.
Sus ojos color miel se clavaron en los míos y mi respiración se agitó.
—Hola —contesté torpemente.
En ese instante la cajera me pidió el pago. —Yo invito —dijo Thiago—. Cóbrese el de ella y el mío —extendió su mano con el dinero. Me quedé en silencio y sentí felicidad por volver a verlo. Finalmente el destino me estaba respondiendo, pero ya era demasiado tarde.

Entonces comprendí que el destino no da respuestas cuando uno las pide sino cuando él quiere.

ROSA PASTEL

18. AMOR CONFUSO

Nos sentamos uno frente al otro, en una mesa apartada del resto. Teníamos tanto de qué hablar y no deseábamos ser interrumpidos. Yo estaba muy nerviosa y sé que él también lo estaba. Nos miramos a la cara y sonreímos sin hablar.

—Encontré tu nota la misma noche que te fuiste de casa —dijo Thiago.
Pasó tanto tiempo que casi había olvidado con exactitud lo que escribí y eso que aquellas palabras navegaron en mi memoria días y noches a la espera de una respuesta.
—Lamento no haberme despedido de ti, todo pasó tan rápido, me hubiera gustado decirte que me iba de la ciudad —le hice saber mientras tomaba un ligero sorbo de café.
—Supe, por Fanny, algunos secretos de tu familia que no imaginé conocer —sus palabras fueron ligeras y cortantes.
—De un momento a otro todo se complicó, llegué a pensar que no iba a sobrevivir. La angustia y la tristeza me estaban consumiendo aquella noche después de enterarme de la verdad —dije sin mayor complicación.
—Debió ser terrible descubrir que tu verdadero padre era otra persona y no quien siempre pensaste que era —habló con pesar.
No me quedaba duda, mi hermana le había contado todo.
—¿Cuándo te lo contó? —pregunté, inquieta. —Días después de tu partida fui a buscarte, ella me interceptó antes de llegar a tu casa, fuimos a una cafetería y me puso al tanto de lo que sucedió.
—Hablaba sin saber si hacía lo correcto. —¿Te contó todo? —mis interrogantes tenían un fin.
—Supongo que sí, no lo sé —respondió confundido.
—¿Entonces sabías dónde encontrarme? —pregunté, pero en realidad no quería saber la respuesta.
Desvió su mirada, parecía un poco confundido, pero enseguida volvió a mirarme. —Sí —contestó.
—¿Por qué nunca me buscaste? —me sentí decepcionada y algo dentro de mí se quebró. —Pensé que estarías mejor sin mí y mira que así fue. Ahora estás mucho más hermosa que tres años atrás.
Sus palabras me parecieron absurdas en aquel momento.
—No imaginas cómo deseé volver a verte —me lamenté.
—Yo también quería volver a verte, pero nunca volviste, todo era muy claro para mí —replicó molesto.
—No regresé porque no quería volver a saber nada de ellos, pero a ti te esperé cada día y cada noche. No quería que lo nuestro finalizara así —me volví a lamentar tomando otro sorbo de café caliente.
—Así ¿cómo? —Parecía oírme, pero no escuchaba.
—Tuvimos algo hermoso y aunque duró poco, fue maravilloso. Lo que menos quería era que terminara —le expliqué.
—Pero así lo quiso el destino y ahora estamos con alguien más —expresó, como si lo nuestro no hubiera significado nada para él.
Y yo que pensé que los dos nos amábamos del mismo modo y con la misma intensidad. Sus palabras resonaron fuerte en mi memoria sacudiendo el polvo que cubría los recuerdos y sentí celos, celos de su novia. Sabía perfectamente que ella tenía a su lado al ser más maravilloso que

jamás conocería. Thiago era insustituible, pero habíamos dejado de amarnos y ahora le pertenecíamos a otras personas porque, aunque él actuaba fríamente, yo estaba segura de que sí me había amado igual que lo hice yo. Los momentos que vivimos atrás no se comparaban en absoluto con las palabras que él expresaba aquella mañana.
—¿Es tu novia? —pregunté refiriéndome a la joven que lo acompañaba el otro día.
—Se llama Paulina, es mi novia y la amo —me confesó.
—Me alegra saber que estás feliz y que encontraste a alguien a quién amar —le dije, aunque en el fondo deseaba que todo fuera una broma de mal gusto.
—¿Tú también estás con alguien, verdad? —preguntó curioso.
—Claro, Carlos es un hombre maravilloso y estoy muy enamorada de él —intentaba despertar los mismos celos que yo había sentido, pero él actuó de lo más normal, restándole importancia a cada palabra de las que mencioné.
—¿Qué haces en este pueblo? —interrogó cambiando de tema.
—Vine con mi novio, sus papás viven aquí.
—Entonces estás de paso, conociendo a tus futuros suegros —sus palabras sonaron extrañas.
—Digamos que sí —le contesté—. ¿Y tú?—pregunté observando por la ventana para parecer más espontánea.
—Paulina vino de visita, sus abuelos viven cerca de aquí —mencionó.
—¡Qué cosas!, mira dónde vinimos a coincidir después de tanto tiempo.
Con su manera de hablar hizo que me sintiera arrepentida de las palabras que dije antes, no me beneficiaba en nada actuar como la exnovia enamorada y desesperada.
—Sí, quién lo iba a imaginar. ¿Y llevas mucho tiempo saliendo con tu novio? —no esperaba que me preguntara eso.
—Unos meses, no tantos ¿Y tú? —no sabía si responder con la verdad o mentirle.
—Un poco más de un año.
«¿Más de un año?», cuestioné en silencio; a mi mente le costó procesar que yo me la pasé dos años y unos meses esperándolo y él me reemplazó con total facilidad pocos meses después de mi partida.
—Tengo que irme —dije de pronto.
—Yo igual —contestó.
Pensé que iba a pedirme que me quedara un poco más, pero no fue así. Había invertido mucho de mi tiempo imaginando cómo iba a ser el día en que Thiago y yo nos viéramos nuevamente y siempre venían a mi cabeza escenas románticas, llenas de asombro, de felicidad y de cualquier otra cosa, menos de decepción, como lo estaba viviendo. Definitivamente, nada había sido como lo imaginé, pero era mejor así. Carlos, mi novio, me esperaba en casa, en aquel instante mi gran amor era él, Thiago era parte del pasado y ahí tenía que permanecer.
Me puse de pie y él también lo hizo, mi taza de café aún estaba a la mitad, pero definitivamente ya no quería seguir en aquella cafetería.
—Adiós —me despedí.
—Que estés bien —contestó.
Era increíble cómo Thiago actuaba de manera tan fría, no entendía nada e incluso me costaba aceptar que aquel había sido nuestro reencuentro después de tres largos años en los que lo eché mucho de menos.
—A propósito —se dirigió a mí.
—Dime.
—Ónix me abandonó —dijo al mismo tiempo que salimos.

Nos quedamos de pie uno junto al otro frente a la cafetería.
—Es verdad, olvidé preguntar por él —le comenté cruzando mis brazos para cubrirme del viento helado que sopló en ese instante.
Thiago se acercó hasta mí y me abrazó. Su acción repentina me hizo aterrizar y mi respiración se agitó mientras pasaban frente a mí todos aquellos momentos en los que estuvimos tan cerca uno del otro. Volví a sentir su abrazo como en los viejos tiempos: real, sincero y profundo.
—Un día se fue y no volvió —comentó.
—¿Quién? —pregunté confundida, separándome de él.
—El gato —contestó mirándome a los ojos.
Esa mirada la conocía muy bien y tuve miedo, era hipnotizante, era fascinante y me atrapaba sin querer. Desvié mi rostro para evitar la confusión que me provocaba.
—Claro, el gato. Es extraño, Ónix se sentía bien a tu lado —dije, intentando parecer calmada.
—Yo creo que se sentía bien a nuestro lado —aseguró.
En aquel instante lo entendía menos, se había comportado como un patán y después actuaba como yo lo recordaba. Lo mejor era no entrar en su juego.
—Lamento que hayas perdido a Ónix —le dije—. Se me hace tarde —agregué.
—También tengo que irme —me hizo saber.
—Cuídate —terminé.
Caminé hasta el parque sin mirar atrás, no podía volver a detenerme. Sentí un enorme hueco en el estómago y me entraron muchas ganas de llorar; aunque no tenía claro por qué, sabía que la razón era Thiago.

19. AMOR Y AMISTAD

Carlos estaba en el pórtico, sentado en una silla nido, leyendo un libro. Lo observé cuidadosamente. Sin duda era diferente de Thiago, ambos tenían personalidades distintas, sin embargo, eran maravillosos seres humanos. Los dos formaban parte de mi vida de una manera única y les iba a estar completamente agradecida por el resto de mis días.

—Has llegado, te estaba esperando para almorzar —cerró el libro y me llamó a su lado.
Me agaché un poco para besarlo en los labios.
—Entremos, quiero tomar un vaso con agua fresca —le dije.
—¿Te sucede algo? —preguntó mientras me estudiaba con la mirada.
—No, no pasa nada —le respondí.
Se levantó y fuimos adentro de la casa. Su mamá terminaba de preparar la comida, el aire traía un aroma delicioso a hiervas frescas y especias. Ajo, orégano, albahaca y cilantro fueron algunos de los olores que pude distinguir. —Tu madre debe estar preparando algo exquisito —comenté.
—Es una comida especial —me hizo saber.
—¿Y eso por qué? —sus palabras me inquietaron.
—Pronto lo sabrás —contestó, sonriendo con picardía.
Subí a la habitación para cambiarme de ropa, Carlos entró cuando estaba a punto de salir.
—Camila ¿Tú estás segura de querer casarte conmigo? —cuestionó como si supiera lo que había sucedido con Thiago.
—Claro que sí, ya lo hemos hablado varias veces y ambos queremos estar juntos por el resto de nuestras vidas —aseguré mirándolo a los ojos.
—Te amo y pronto cumpliremos nuestro primer año de noviazgo. —Me tomó de las manos y me besó en la frente.
—Es verdad, en unos días celebraremos nuestro primer aniversario. —Lo abracé y sonreí.
Cuando entramos en el comedor me di cuenta de que habían arreglado de otra manera, con más esmero y delicadeza. La mesa tenía un mantel blanco y en el centro un ramo enorme de rosas rojas; habían colocado una vajilla fina y también copas de vidrio.
—¿Hay vino? —pregunté nerviosa, ya tenía idea por dónde iba todo el asunto.
—Claro que sí, hay razones para brindar —dijo el papá de Carlos.
—Siéntate —me pidió mi novio, retirando la silla de la mesa para que me acomodara.
Él se sentó junto a mí y enseguida tomaron asiento el resto de los presentes: mis futuros suegros, mi cuñada y mi cuñado con su esposa. Me trataron muy bien durante mi estadía en aquel pueblo, se portaron maravillosos y serviciales.

Cuando terminamos de comer todos se pusieron de pie y en ese mismo instante entraron unos mariachis.
Carlos se acercó hasta mí, tomó una rosa del ramo y se arrodilló.
—¿Quieres ser mi esposa? —preguntó al mismo tiempo que me entregó la flor.
—Sí quiero —respondí emocionada.
Tomó el anillo de entre los pétalos de la rosa y me lo colocó en el dedo anular.
Nunca imaginé que el anillo estuviera ahí, en el ramo de rosas, todo el tiempo, mientras comimos, incluso antes de sentarnos a la mesa.
—Tengo que contárselo a Ana —dije desesperada, porque sentí que estaba dejando por fuera a mi mejor amiga en un momento tan especial.
—Mañana se lo dices en persona, ahora abriremos la botella de vino para celebrar.
—Tienes razón, mejor le daré la noticia en persona, así veo su reacción —obedecí y tomé una copa.
Su familia nos felicitó por el compromiso e hicieron un brindis en nuestro honor.
Al día siguiente Carlos me dejó frente a mi departamento. Toqué el timbre, ansiosa, a la espera de que mi amiga abriera la puerta, porque con la prisa del día anterior olvidé mis llaves.
—Ahora voy —escuché al otro lado de la puerta.
Dejé mi maleta sobre el suelo para acomodarme el anillo y al mismo tiempo coloqué un incómodo mechón de cabello detrás de mi oreja. Ana iba a tardarse unos segundos, después de indicar que estaba en camino a abrir la puerta siempre se detenía a hacer algo más. Me atrevo a decir que aquella era una de sus manías.
—Camila —gritó con euforia cuando apareció frente a mí.
—Tranquila, sólo estuve lejos de ti un par de semanas —le dije caminando hacia el interior del departamento.
—Estoy alegre de verte —su sonrisa me lo demostraba.
—Ya sé, ven acá —extendí mis brazos para abrazarla.
—Te extrañé —expresó haciendo pucheros con su boca.
—También te extrañé —respondí—. Mira —extendí mi mano para mostrarle mi joya.
—¡Es hermoso! —exclamó—. ¡No lo puedo creer, te vas a casar! —habló emocionada.
—Así es, estoy oficialmente comprometida con Carlos —le comenté.
—Dime que mínimo seré una de tus damas de honor —Ana estaba entusiasmada.
—Serás mi única dama de honor —le aseguré.
Ella sonrió orgullosa y feliz.
—Tengo muchas cosas que contarte —le decía mientras caminaba hacia la cocina en busca de una taza de café.
—Bueno, siéntate y me cuentas todo —exigió.
—¿A qué no te imaginas con quién me encontré en el pueblo al que fuimos? —le pregunté.
—A tu papá —respondió intrigada.
—Fallaste —me burlé.
Volví a la sala con dos cervezas frías, el café podía esperar. Después de todo, aquella plática ameritaba un poco de alcohol.
—¿A quién encontraste? —se había quedado pensativa—. No me digas que...
—Sí, a él mismo —la interrumpí—. Me encontré con Thiago —le dije.
—Eso debió ser extraordinario, cuéntame, ¿Cómo reaccionaron?
—Pues no fue como lo estuvimos imaginando todos estos años —la desilusioné.
—¿No?

—No, él estaba diferente, me veía diferente y me trató diferente —me levanté de la silla y me acomodé en el sillón.
—Es extraño, cuando yo lo vi me dijo que te extrañaba mucho —Mi amiga habló sin pensar.
—Lo viste ¿Cuándo lo viste? —sus palabras me llenaron de intriga.
Ana se quedó perpleja porque sabía que había cometido un error dejándome saber que ella y Thiago platicaron sobre mí en algún instante, tomó la cerveza y consumió gran parte de ella.
—Contesta, ¿cuándo se vieron? —coloqué mis pies sobre la alfombra, preparándome para torturarla si era necesario.
—Fue antes de venirme a vivir contigo. Supo que era tu mejor amiga y me buscó para preguntar por ti —me explicó, nerviosa.
—¿Cuánto tiempo antes? —pregunté ansiosa.
—Llevo dos años viviendo contigo, eso fue unos días antes de mudarme —contestó, insegura.
—¿Y por qué no me dijiste nada? —tomé un trago de la cerveza y el mismo se me hizo menos amargo que el relato de Ana.
—Estabas intentando olvidarlo, fue difícil para ti alejarte sin querer. ¿Cómo iba a venir a hablarte de él? Igual no hubieran cambiado las cosas —sus palabras tenían razón, así que intenté tranquilizarme.
—Lo sé, soy una tonta —me excusé.
—Cuando te volví a ver, había pasado un año.
Era necesario que cerraras el capítulo, además estabas concentrada en tus estudios.
—Sí, yo llevaba días complicados, pero me alegro de que vinieras a vivir conmigo en ese momento.
—Después conociste a Carlos y se enamoraron, ahora se van a casar.
—Y estoy feliz por saber que así será.
—Ves, no hay nada que lamentar, así que disfruta el momento y luce tu anillo de compromiso, que, por cierto, está precioso. Carlos se pasó, aunque no le perdono que me haya dejado fuera de ese momento tan especial.
—Eres la primera en saberlo, su familia no cuenta, así que relájate.
Ana se acercó hasta mí, sin duda mi mejor amiga era una maravillosa mujer que me sostuvo en todas mis crisis existenciales y le agradecía al universo por su existencia.

20. SORPRESAS

Me llegó una invitación para cenar en uno de los restaurantes más costosos de la ciudad. Al principio estuve a punto de negarme, igual que lo había hecho en muchas ocasiones, pero Ana me ayudó a pensarlo mejor.

Así que busqué ropa acorde al lugar y a la compañía. Necesitaba verme formal sin dar la impresión de que iba a una entrevista de trabajo. Además, necesitaba ir abrigada, por la tarde había comenzado a llover y hacía frío.

—Ponte esto —me dijo Ana, entregándome un vestido color turquesa precioso, pegado al cuerpo, cuello tortuga y mangas largas.

Le hice caso y me lo puse, me quedaba justo a la rodilla, se me veía hermoso y el detalle del cierre infinito por la espalda le daba un toque sexi y a la vez muy elegante.

—Definitivamente lo usaré —le dije.

Por suerte Ana y yo éramos de la misma talla y de vez en cuando nos prestábamos una que otra prenda.

—Además, así no tienes que usar chaqueta o suéter —dijo saliendo de la habitación.
Mi amiga tenía razón, la tela del vestido era suave y un poco caliente.
—¿Y qué zapatos usarás? —preguntó acercándose para ayudarme a elegir los accesorios.
—Tengo los perfectos —caminé hasta el armario y saqué una caja con un par de zapatos de tacón no muy altos color café claro.
—Póntelos, seguro que te ves preciosa —dijo Ana mientras buscaba en mi joyero.
—Me los regaló Carlos y aún no los he usado —le comenté.
—Va a ser un buen esposo —sonrió.
—Los regalos son lo de menos —expresé—. ¿Qué sabes de Héctor? —le pregunté.
—En un par de semanas regresa.
—Lo extrañas, ¿cierto?
—Por supuesto, tengo más de un año de no verlo. Desde que se fue a estudiar su maestría no hacemos más que hablar por videollamada porque no nos queda de otra.
—Lo sé, ten paciencia, estoy segura de que él también te extraña y, en una de esas, hasta te pide matrimonio —la consolé.
—No creo, ninguno de los dos quiere comprometerse más, por ahora estamos bien así —me dijo —. Mira estos aretes, van perfecto con el vestido.
—Sí, pero hoy prefiero usar algo pequeño en plata; además, voy a recogerme el cabello. Quiero parecer una mujer seria y madura.
—Tranquila, tu papá estará feliz de verte. Al fin aceptaste una de sus invitaciones, estoy segura de que con eso le bastará.
Ana salió de mi habitación para que pudiera terminar con mi arreglo personal.
Ella tenía razón, no imaginaba lo contento que el doctor podía estar porque al fin acepté cenar con él. Por suerte mi madre no iba a estar ahí, seguía sin querer verla. Aunque ya habíamos

hablado en varias ocasiones por teléfono, seguía negándome a visitarlos, incluso en los últimos meses no aceptaba el dinero que me enviaban, ya sabía valerme por mi cuenta y tenía un buen trabajo.
—Camila, abajo espera el chofer de tu papá —me dijo Ana.
—Salgo enseguida —le dije buscando mi bolso de mano a juego con los zapatos.
—Apúrate que es tarde, no lo hagas esperar.
—Claro —le dije dándole un beso en la mejilla para después salir.
Subí al auto y, mientras iba en camino, pensaba en todo lo que pasó tres años atrás. Me sentía nerviosa, pero las luces de la ciudad me tranquilizaban, tenía cierta fascinación extraña por ellas.
—Hija —me dijo poniéndose en pie cuando me vio llegar.
—Papá —expresé más nerviosa de lo que pensé que iba a estar.
—Estás preciosa, eres igual de hermosa que tu madre.
—Ella y yo nos parecemos mucho —dije. Mi hermana se parece mucho más a papá... a su papá —rectifiqué—. En algún momento llegué a sentirme extraña porque las personas decían que yo no me parecía en nada a él.
—Lamento que hayas tenido que pasar por esa situación, Camila.
—No se excuse, no es su culpa. Mamá le mintió igual que lo hizo conmigo. Por suerte usted logró perdonar su error con facilidad, en cambio yo aún no me atrevo a mirarla en persona.
—Háblame de tu, soy tu papá.
—Lo lamento, me cuesta mucho, pero lo intentaré.
—¿Te vas a casar? —preguntó sorprendido cuando observó el anillo en mi mano.
—Recién me he comprometido —respondí extendiendo mi mano para mostrar la joya en oro blanco y un diminuto diamante.
—Pues, felicitaciones —expresó con emoción, como si de verdad se alegrara por mi felicidad.
—Gracias —contesté mirándolo a los ojos.
—¿Cómo se llama el novio? —preguntó.
—Carlos, es ingeniero en sistemas —presumí.
—Es un hombre muy afortunado por tener una prometida tan bella e inteligente como tú —era casi imposible creerle sus halagos, pero lo intentaba.
—Gracias —volví a decir —. Aunque sé que lo dices porque soy tu hija —repliqué.
—Espero que me invites a tu boda, me encantaría acompañarte —mencionó ignorando el comentario anterior.
—Por supuesto, estás invitado desde ahora —le dije, aunque no estaba segura de querer verlo en mi boda, era la primera vez que me encontraba con él frente a frente.
La conversación con el doctor, mi verdadero padre, se prolongó por un largo rato, fue interesante charlar con él. Era un hombre maravilloso y me arrepentía por no haberme dado la oportunidad de tratarlo mucho antes.
—¿Mamá está en la ciudad? —pregunté; la plática con él me hizo cambiar de parecer, ya era momento de volver a ver a aquella mujer que me dio la vida.
—Sí, está en el departamento que rentamos, la mayor parte del tiempo viaja conmigo ya que no le gusta quedarse sola —me explicó llevándose la copa con agua hasta la boca.
—¿Me puedes llevar a verla? —pregunté sin meditarlo.
—Claro que sí —respondió anonadado por mi petición.
—Tú dime cuando quieres que te lleve y te llevo —se mostró atento y feliz.
—Ahora mismo, si se puede —le pedí.
—Como ordene la princesa —sus palabras me hicieron sonreír.

Nos levantamos de la mesa y bajamos al estacionamiento. Cada segundo que pasaba era una oportunidad para conocernos y convivir. Papá era un hombre realmente increíble.
Cuando llegamos a su departamento él entró primero.
—Espera aquí —me pidió.
—Está bien —contesté.
—Amor, te traje una sorpresa —lo escuché decir a lo lejos.
Pocos segundos después salió para pedirme que entrara.
—¡Hija! —gritó mi mamá, emocionada.
—Mamá —dije sorprendida al ver cómo su vientre se robaba mi atención.
—Me alegro mucho de verte —sus ojos se nublaron.
—¿Cuántos meses tienes? —pregunté, no la quería ver llorar.
—Veinticinco semanas —contestó.
—No sabía que estabas embarazada —me quejé—. Nunca me lo dijiste —agregué.
—Hablamos pocas veces y yo no sabía si la noticia te iba a agradar —se excusó.
—¿Sabes el sexo? —tenía curiosidad.
—Es un niño —me informó.
—Debes estar feliz, ambos deben sentirse contentos —no sabía qué decir.
—Claro que lo estamos —dijo él.
Me invitaron a pasar, pero ya era muy tarde así que estuve con ellos sólo unos minutos y enseguida me marché; la noticia del bebé me afectó un poco al tomarme por sorpresa.

21. TAN CERCA Y TAN LEJOS

En realidad, la noticia del embarazo fue muy impactante para mí, aunque no debería afectarme, admito que me sorprendió. No imaginé que ella llegaría a ser mamá de nuevo y peor, después de tanto tiempo, criar a un bebé cuando tienes cuarenta y dos años no debe ser nada fácil, pero mis padres eran personas adultas que sabían lo que hacían y yo no tenía derecho de opinar sobre la vida de ellos. Es sólo que siempre imaginé que seríamos únicamente Fanny y yo.

«Carajo, voy a tener un hermanito, ni siquiera sé si debería alegrarme, por ahora lo mejor será tomarlo con calma», pensé. «Hoy llega Fanny y debo tener todo listo», recordé.

Tenía que ir por mi hermana al aeropuerto y ya era demasiado tarde, así que mi mejor alternativa era pedirle ayuda a mi prometido. Tomé el móvil y marqué su número, lo puse en altavoz para poder seguir en lo mío. Esperé unos segundos a que respondiera, mientras tanto aprovechaba para picar unos vegetales que necesitaba para la comida.

—Hola, amor —lo escuché decir al otro lado del teléfono.
—Hola. ¿Qué haces? —le pregunté.
—Ahora mismo voy saliendo de la oficina y pienso pasar por tu departamento —me dijo.
—¿Será que me puedes ayudar con algo? —Yo sabía que Carlos no se iba a negar.
—Claro, tú dime —respondió.
—¿Puedes recoger a Fanny en el aeropuerto? —le pedí—. Yo tuve un contratiempo y no quiero que tome un taxi —le expliqué.
—Tranquila, ahorita paso por ella, llámale y dile que me espere —siguió hablando, para darme indicaciones del lugar donde iba a recoger a mi hermana.
—Por favor no le digas que nos vamos a casar, quiero decírselo yo — le hice saber.
—Quédate tranquila, no le diré nada —me dio su palabra.
La cena estaba lista, pero tenía que estar presentable para recibir visitas, un poco de ayuda me hubiera venido muy bien, pero Ana había salido de viaje con Héctor ya que, sólo un par de días atrás, él volvió a la ciudad y merecían pasar tiempo de calidad, a solas.
Entré rápidamente en la ducha y tomé un baño ligero, después busqué ropa fresca y elegante para vestirme, lo hice todo de prisa y salí para preparar la mesa, quería que mi hermana se sintiera cómoda en mi departamento, además era una cena especial ya que ella nunca me había visitado en mi casa, nos habíamos visto un par de veces, pero siempre en restaurantes o lugares similares.
Coloqué un mantel blanco, saqué copas, una botella de vino, los mejores platos que tenía y puse velas en el centro. Quería que fuera algo realmente íntimo.
Justo cuando estaba a punto de terminar escuché que tocaron y caminé hasta la entrada para abrir la puerta.
Me puse nerviosa y no comprendía por qué.
—Camila —Fanny se puso feliz cuando me vio.
—¡Has llegado! ¿Qué tal el viaje? —le pregunté al tiempo que la abrazaba.
—Estás más preciosa que la última vez —me dijo.
—Gracias, tú también —le contesté y me acerqué a Carlos para abrazarlo.
Mi novio me besó en la boca y ella caminó hacia la sala.

—Vamos a la mesa, la cena está lista —les pedí.
—Claro —dijo él.
Ellos se sentaron y conversaron mientras yo servía la comida. Carlos se acercó, abrió el vino y lo sirvió. Cuando estábamos listos para comer Fanny vio mi anillo.
—¿Se van a casar? —preguntó sorprendida.
Mi novio y yo nos miramos uno al otro y sonreímos felices.
—Sí, Carlos y yo nos comprometimos hace unas semanas —respondí sonriendo.
—Felicitaciones —parecía molesta.
—¿Te pasa algo? —cuestioné al notar su actitud.
—Es que no me habías dicho nada —se lamentó.
—Perdóname, esta cena era con el objetivo de compartir esta noticia contigo —le hice saber.
—¿Y cuándo es la boda? —interrogó.
—En seis meses —respondió Carlos.
—Supongo que estoy invitada —dijo llevándose la copa de vino hasta la boca.
—Por supuesto —contesté mientras tomaba el canasto con pan para colocarlo en los diferentes platos.
La cena con Fanny terminó muy bien, entre pláticas, sonrisas y vino, la noche se fue deprisa. Mi hermana y mi novio conversaron como para conocerse lo suficiente. Carlos se fue a su departamento y yo llevé a mi hermana hasta mi habitación para que descansara. Mientras buscaba un pijama entre sus cosas me senté en la cama para acompañarla y, además, quería curiosear sobre el embarazo de mamá y sobre mi papá, es decir, el papá de Fanny. Me sentía extraña por hablar aquel tema con ella, pero era la única con quien me atrevía a hacerlo.
—¿Qué sabes de él? —pregunté nerviosa.
—¿De papá? —cuestionó de inmediato.
—Sí —afirmé a la espera de una respuesta.
—Lo sé todo, soy su hija y estamos en constante comunicación, además, salimos juntos en una que otra ocasión y siempre hablamos por teléfono —expresó dejando claro quién era ella y quién era yo.
Sentí celos, porque seguía amándolo como si fuera mi padre, pero él no me había buscado desde que me fui de casa; comprendí lo mucho que le había dolido enterarse que no era su hija, pero, después de todo, yo no era culpable y me hubiera gustado que él lo hablara conmigo o por lo menos que hiciera el intento.
—¿Sigue trabajando en la universidad? —interrogué.
—Sí, sigue dando clases —me confirmó. —¿Qué hay de ella? —cuestioné curiosa. —Terminaron hace mucho tiempo, se fueron a vivir juntos, pero no duró tanto. Ahora sale con una compañera de trabajo que tiene casi la misma edad de mamá.
—¿La has visto? —pregunté.
—Llevo meses sin mirarla, pasa viajando con tu padre.
—¿Sabes que vamos a tener un hermano? —deseaba que me dijera que no, para sentirme especial por darle la noticia.
—Me dio la noticia hace unas semanas en una llamada telefónica que tuvimos —me dijo, retirando la ropa de su cuerpo para ponerse un pijama.
Guardé silencio y pensé que era la única que no lo sabía, todo seguía siendo como antes, pero no era mi culpa. No era yo quien tenía que cambiar, sino más bien ellos tenían que tomarme en cuenta para informarme sobre noticias especiales. Comprendí que, para ellos, seguía siendo aquella niña inmadura y rebelde, motivo suficiente para evitar compartir mis cosas íntimas y

personales. Quería tener una familia, pero definitivamente no una familia como la que me había visto crecer.
—Hace unas semanas vi a Thiago —le comenté, sin estar segura de querer hacerlo.
—¿Dónde lo viste? —su pregunta era simple y no transmitía curiosidad.
—En un pueblo no muy lejos de aquí.
—¿No lo habías visto antes? —preguntó asombrada.
—No, nunca. Desde que me vine no volví a casa, no había modo de volver a verlo —aseguré.
—Es raro, dijo que buscaría la manera de estudiar para veterinario en esta misma ciudad y siempre pensé que era para buscarte y estar cerca de ti —me comentó.
—¿Él te lo dijo? —pregunté anonadada.
—Thiago se vino a vivir a la ciudad meses después de que tú te viniste —me informó.
Sus palabras me dejaban confundida. Si así era, ¿por qué nunca intentó buscarme? ¿por qué se negó a verme?
—Es raro, nunca me buscó, nunca hizo ni el más mínimo intento, tampoco me llamó —le dije.
—Una vez fuimos a la hacienda y ahí mi papá lo interceptó. ¿Crees que esa plática haya tenido algo que ver? —cuestionó haciendo gestos de confusión.
—¿Fue antes o después de que él se viniera a vivir aquí? —pregunté.
—Días antes, quizá dos o tres —contestó.
—Entonces es probable que él haya tenido algo que ver, aunque es todo muy confuso —terminé y ya no quise seguir hablando del tema.
Las palabras de Fanny se quedaron dando vueltas en mi mente por un largo rato, hasta que me cansé de pensar y finalmente me dormí.

22. ENVUELTA EN SU DESTINO

Viajé para visitar a aquella mujer que me vio crecer y me trató como su nieta, aunque en realidad no lo fuera. Mi padre le comentó lo que sucedió con mamá y la puso al tanto de la verdad, en cambio yo me negaba a dejar de llamarla abuela. Quizá lo mejor era alejarme sin dar ninguna explicación, pero no tenía el corazón para hacerlo.

Cuando me estacioné frente a la casa me encontré con Marcelo, quien estaba a la espera de su prometida, Alicia. Entre tanto desastre emocional y familiar vivido los últimos años, de lo único que me alegraba era de saber que Alicia y yo no llevábamos la misma sangre y que tampoco éramos primas.

—Camila —dijo Marcelo observándome de pies a cabeza—. Estás más preciosa que la última vez que nos vimos —agregó.

—Gracias —respondí.

—Quizá nos veamos más tarde, tú y yo a solas en mi casa —su mirada estaba llena de morbo. Sentí repugnancia, pero no dije nada. Se equivocó si pensó que seguía siendo la Camila de siempre, esa niña tonta e inmadura que lo buscaba simplemente para tener sexo porque pensaba que así les faltaba el respeto a sus padres cuando en realidad se lo faltaba a sí misma.

—No será posible —le hice saber.
—¿Por qué? Si nos la pasamos muy bien cada vez que estuvimos juntos —dijo, mordiendo su labio inferior.
—¡Mi niña, has vuelto! —era la abuela.
—¡Abuela! —exclamé con alegría, restándole importancia a la presencia de Marcelo.
—Vamos, entra. Estoy feliz de tenerte aquí —sus palabras me reconfortaron.
La seguí al interior de la casa.
—Mira, él es un viejo amigo —dijo señalando a un señor que posiblemente tenía la misma edad que ella.
—Mucho gusto —saludé—. Mi nombre es Camila —agregué.
—Eres una jovencita hermosa —sus palabras eran dulces y sinceras.
—Gracias —le respondí, inquieta por saber quién era y por qué nunca antes lo había visto.
—Estábamos hablando de ti —comentó mi abuela dirigiéndose a mí—. Le decía que te gustaba

tocar el violín —terminó.
Sonreí y recordé cómo amaba el sonido de aquel instrumento y el tiempo que había pasado sin volver a tocarlo.
—Ya no... No me volví a interesar en tocar y ahora seguro que ya no sé cómo hacerlo —les expliqué.
—Es una pena, me hubiera encantado escucharte —se lamentó el anciano.
Sentí nostalgia y me entraron enormes ganas de escuchar mi música favorita.
Alicia se asomó en ese instante dejándome perpleja con su apariencia, estaba mucho más delgada de lo que recordaba, más pálida que la última vez y llevaba un turbante que cubría su cabeza.
Intenté disimular la impresión que me causó, pero estoy segura que todos notaron mi sorpresa al verla.
—Prima querida —saludó sarcástica.
—Alicia —le respondí.
Intentó abrazarme y yo hice lo mismo, pero sin ánimos.
—Bueno, exprima —corrigió.
—Alicia, cállate —ordenó mi abuela.
—Es la verdad, gracias al cielo no es hija de mi tío —expresó sonriendo.
—Vete, se te hace tarde —le pidió la abuela.
Yo me quedé en silencio, su forma de actuar me causó pena. Seguía siendo la Alicia de siempre, orgullosa y engreída.
—Pero, ¿qué le ha pasado? —pregunté inquieta.
Después de todo no pude ser discreta.
—Tiene leucemia y su salud se complica cada día —explicó su padre, que se asomó en ese momento.
—Es una pena —me lamenté—. ¿Tú cómo estás? —le pregunté a él.
—Puedes seguir llamándome tío —dijo al notar que lo trataba con indiferencia y confusión.
Sonreí agradecida, me acerqué hasta él y lo abracé como lo había hecho siempre, desde que era una niña pequeña.
—Me voy —comentó—. Debo terminar de revisar los últimos detalles de la boda —explicó.
—¿Qué boda? ¿Vas a casarte? —pregunté sorprendida.
Sentí alegría en mi interior, mi tío era un hombre al que su esposa abandonó cuando Alicia era una bebé, nunca volvió a enamorarse o al menos no quiso volver a casarse. Llevaba muchos años dedicándose a criar a su hija y la manera en que la había consentido era el reflejo de su comportamiento.
—No, ¿cómo crees? Ya estoy viejo para esas cosas —contestó avergonzado.
—Perdóname —le dije—. No te sientas así, además, no estás viejo.
—Alicia y Marcelo. Se casan este fin de semana —me informó.
Era extraño que Marcelo quisiera casarse con Alicia, me quedaba claro que no la amaba y además, ella estaba destinada a la muerte. Algo mucho más grande había detrás de esa boda, después de todo Marcelo no era la persona que parecía ser.
—La muerte de Alicia llegará en cualquier instante —se lamentó la abuela.
—Ten calma —le dijo su amigo poniéndose en pie para colocar su mano sobre el hombro de ella.
—Debe ser difícil, pero es su destino —les comenté.
—Es verdad, el destino siempre termina encontrándonos y guarda para nosotros aquello que nos pertenece —eran palabras realmente sabías mencionadas por la abuela.
—Voy a darme un baño, me pondré ropa más cómoda y regreso enseguida —salí cuando ambos

asintieron con la cabeza.
«Pobre Alicia», pensé, «lo mal que debe estar pasándola», terminé.
Busqué mi celular y encontré una llamada perdida de papá. Muchos pensamientos raros se vinieron a mi cabeza, pensaba en el bebé, en mamá y en él. Una terrible angustia se apoderó de mí, sentí deseos inmensos de llorar y antes que pudiera controlarme, las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas. Intenté alejar los malos pensamientos de mi cabeza y puse música para bañarme.
Vivaldi era el único que sabía cómo tranquilizar mis nervios, era incluso más efectivo que cualquier tipo de té. El agua fría cayó sobre mi cabeza, cerré los ojos para disfrutar con mayor intensidad y enseguida apareció Thiago. Abrí los ojos de golpe y respiré profundo. ¿Qué hacía yo pensando en él? Después recordé que aún no le había informado a Carlos y a Ana que ya estaba con mi abuela. Salí rápidamente y me envolví en la toalla, busqué el móvil y le marqué a mi amiga, pero no respondió, así que le dejé un mensaje. Después llamé a mi novio y cuando finalmente contestó me alegré de escucharlo.
—Hola, preciosa —saludó.
—Hola, hermoso —contesté.
—¿Ya llegaste? —preguntó.
—Hace un par de minutos. Entré, saludé, vine a darme un baño rápido y ahora mismo estoy hablando contigo —le comenté.
—Me hubiera encantado acompañarte —se lamentó.
—Lo sé, también sé que en estos días tienes mucho trabajo, ya habrá tiempo para que vengas a conocer a los míos —intenté hacerlo sentir mejor.
—Gracias por comprenderme. Eres la mejor futura esposa del mundo.
—Tengo que colgar, te amo —le dije.
—También te amo — me dijo y finalizamos la llamada.
Me vestí con rapidez y salí para acompañar a mi abuela y a su amigo, sólo estaría un día con ellos y quería aprovecharlo al máximo.
Los encontré sentados en el sofá, uno junto al otro. Por la manera en que él la abrazaba deduje que aquel anciano era un viejo amor.

23. CONFUSIONES INOPORTUNAS

Por fin en la hacienda de mis abuelos, el lugar que me permitió hacer pequeñas travesuras mientras crecía. De niña mi mejor pasatiempo era subir a los árboles y sentarme en sus ramas, principalmente cuando sabía que me había portado mal y mamá me iba a castigar. Sin duda, aquel era mi lugar favorito y mi único refugio seguro. La abuela me estaba esperando en la puerta de la casa, desde mi auto pude ver su cara llena de emoción y la alegría con que le habló al abuelo para decirle que yo había llegado.

—¡Abuela! —grité en cuanto bajé.

Corrí hasta ella y en ese momento salió el abuelo. Los abracé y sentí como si dos pedazos dentro de mí volvieran a juntarse.

—Me alegro de estar en casa —les dije.

Después de todo, aquel había sido mi verdadero hogar y siempre supe que contaba con quienes lo habitaban, pero no sabía que eran los únicos.

—Y nosotros estamos felices de que hayas vuelto —respondió el abuelo sonriendo.
Pasamos a la sala; el abuelo intentaba ayudarme con la maleta.
—Deja, abuelo, yo la llevo —no quería que se esforzara.
—Tranquila, mi niña, no me trates como inútil —decía, aunque cargaba la maleta con dificultad.
—Déjalo, ya sabes cómo es de terco —dijo la abuela sonriendo.
Enseguida volvió él, acercándose hasta mí para hablar.
—Tu habitación está lista y he dejado tus cosas sobre la cama.
—Gracias, eres el mejor —me puse de pie y lo besé en la mejilla.
—¿Quieres café? Está recién hecho —ofreció la abuela.
—Sí quiero, pero no te muevas, yo voy a la cocina y ahorita regreso —salí sin decir más.
—Margarita —hablé al mismo tiempo que entraba en la cocina.
Margarita no se encontraba, pero mi sorpresa fue suficiente para olvidarme de ella en aquel instante.
Thiago estaba sentado, degustando una taza de café caliente, el aroma llegó hasta mi nariz y guardé silencio para respirar profundo.
—¿Quieres un poco? —se levantó.
—Hola —saludé.
—Perdona —respondió—. ¿Cómo estás?
—Bien y ¿Tú?, Quédate ahí, sé servirme mi propio café —comenté.
—Sólo intentaba ser amable.
—Te lo agradezco. ¿Qué haces aquí?
—Sigo trabajando para tus abuelos —me explicó.
—Pensé que ya no volvían más por aquí, tu papá y tú.
—De hecho, me fui a estudiar porque tus abuelos así lo deseaban, me lo exigieron para poder seguir al cuidado de los animales y acepté, después de todo son los mejores clientes de papá.
—Comprendo —mis abuelos eran personas increíbles.

—¿Vas a casarte? —preguntó fijando su mirada en mi anillo.
—Así es —confirmé.
—Pensé que tu noviazgo no era serio —habló con pesar.
—¿Y por qué no iba a serlo? —cuestioné.
Caminó hasta mí y me observó detenidamente, su manera tan profunda de mirarme hizo que sintiera nervios.
—Porque creo que no lo amas lo suficiente —contestó.
—Qué vas a saber tú —le dije al mismo tiempo que salí de la cocina con una taza de café para mí, una más para la abuela y un té para el abuelo.
No imaginé encontrarlo tan pronto y peor en la hacienda, pero debo admitir que me sentí feliz. Ese día evité a toda costa salir al jardín, no quería volver a encontrarme con él, aunque algo en mí me rogaba volver a verlo.
Al día siguiente, muy temprano, mi abuelo me pidió que lo acompañara. Quería mostrarme que habían comprado un enorme terreno en el que deseaban cultivar café, la idea me pareció excelente y estuve de acuerdo con todo lo que él y sus empleados deseaban realizar. También di pequeños puntos de vista que ya en el proceso sabrían si poner en práctica o no. Volví agitada y con muchas ganas de descansar, había sido un día muy largo y agotador.
Estaba a punto de entrar en la ducha cuando llamaron a mi puerta.
«Debe ser la abuela», pensé.
—¡Thiago! —dije sorprendida.
—¿Puedo pasar? —preguntó.
—Claro que no, es mi habitación. Si quieres hablar conmigo espera afuera —le indiqué. —Necesito que me mires a los ojos y me digas que ya no me amas —sus palabras me sacaron de órbita y me sentí perdida en el inmenso espacio.
Era evidente que yo no tenía clara la respuesta. Entró cuando vio que no me iba a negar a dejarlo pasar, cerró la puerta y me besó. Sus labios sobre los míos aceleraron mi respiración. Sabía que tenía que parar, sin embargo, no deseaba hacerlo.
—Tienes que irte —le dije retirándome para señalar la puerta.
—No te cases —me pidió.
—No puedes venir a intentar confundirme ahora que voy a casarme. Te esperé por un largo tiempo, tuviste la oportunidad de buscarme y nunca lo hiciste. ¿No crees que es egoísta de tu parte pedir que no me case? Ahora que yo tengo una vida hecha y que estoy junto a un hombre que me ama y al que amo.
—No lo amas, de lo contrario jamás me hubieras besado —aseguró.
—Tú me besaste —le grité molesta.
—Pero tú respondiste perfectamente.
—Sal de mi habitación —le exigí.
Thiago salió y yo me tiré de espaldas sobre la cama, sonreí y me sentí completa, pero en ese mismo instante pensé en Carlos y en mi matrimonio. No era posible confundir mis sentimientos, la decisión ya estaba tomada, amaba a mi novio y en unos meses iba a casarme con él.
El teléfono celular sonó, obligándome a dar un respingo en la cama. Era la abuela para avisarme que Alicia había muerto. Sentí que algo dentro de mí se encogió, lo que hubiera dado por estar junto a ella en aquel duro momento, pero no fue posible. Había cosas pendientes en la hacienda que debían cerrarse antes de mi vuelta a la universidad, los abuelos confiaban en lo que aprendía, ingeniería agronómica, y no podía decepcionarlos.
Cuando salí era hora de cenar, mis abuelos estaban sentados en la mesa y no había nadie que los

acompañara, excepto yo.
—Hemos pasado todo a tu nombre —me dijeron.
—¿Cómo? No comprendo —me sentí ignorante.
—Eres la dueña de esta hacienda y de la finca —me explicaron.
—¿Qué? No pueden hacer eso —les dije—. No voy a poder mantenerla así de hermosa como sólo ustedes han logrado ponerla —les dije.
—Claro que puedes, yo confío en ti —dijo la abuela—. Thiago te ayudará, debes casarte con él —me pidió.
—No puedo, estoy enamorada de otro hombre y vamos a casarnos —les confesé.
—No es cierto, tú amas a Thiago, se nota en tu mirada —me tomó de las manos y me miró con intensidad.
—Dejé de amarlo hace mucho tiempo —les dije.
—Puede que quieras mucho a tu prometido, pero tu verdadero amor es Thiago —dijo el abuelo —. Si te casas cometerás un error —me aseguró.
Guardé silencio y comencé a comer, las palabras de mis abuelos me obligaron a pensar en mi boda con Carlos. ¿Y si ellos tenían razón? ¿Y si de verdad me equivocaba al casarme? Mejor no pensar en eso, estaba segura de lo que sentía por mi prometido y ya no había vuelta atrás.

24. CARTA DE AMOR

El día más esperado había llegado, todo estaba listo para mi boda con Carlos. Yo estaba muy emocionada, nunca me imaginé vestida de novia, pero él, finalmente, vino a hacerme cambiar de opinión y me sentía muy feliz. Mi futuro esposo era un ser lleno de cualidades maravillosas por quien cualquier mujer apostaría un lugar a su lado. No había duda, era afortunada por tenerlo en mi vida.

Mi prometido decidió complacer mi capricho de casarnos frente al mar.
Horas antes de la ceremonia me dirigí al hotel donde nos íbamos a casar, estaba nerviosa puesto que deseaba que todo saliera perfecto aquel día. Mi amiga me acompañaba y eso me hacía sentir mejor, habría querido que Fanny estuviera conmigo y así se lo pedí, pero ella llegó apenas minutos antes del inicio de la ceremonia. Se veía preciosa en su vestido blanco de manta, sin embargo, yo estaba molesta con ella por su falta de apoyo en aquel momento tan especial para mí. Aun así, le resté importancia a su desplante, comprendía a la perfección que era una mujer muy ocupada y que se había tomado el tiempo de acompañarme dejando pendientes muchas cosas en su agenda.
Mi hermana se acercó y me abrazó, al mismo tiempo que me entregó un sobre sellado junto a un tubo de plástico que contenía algo en su interior.
—Te han enviado esto —me dijo—. Es importante que lo leas antes de salir de la habitación —me advirtió.
Yo la observé y afirmé moviendo la cabeza ligeramente. Coloqué el tubo y el sobre en la cama para continuar con mi arreglo personal.
Una vez vestida y lista para salir, entró Ana.
—¿Qué es? —preguntó refiriéndose a lo que me había entregado mi hermana.
—Un regalo de Fanny —respondí—. Por favor ve y dile a papá que estoy lista, que me espere para realizar la marcha nupcial —le pedí.
—Como ordene su majestad —me dijo sonriendo y se marchó.
Volví a la cama al recordar que Fanny dijo que era importante que leyera la carta antes de mi boda. Abrí el sobre y saqué la nota, pero antes de leer abrí el tubo. En su interior había un dibujo, era precioso y enseguida supe quién era el pintor.
Un gran árbol, luces colgando de sus ramas, una hermosa luna llena y una pareja de enamorados. Era un dibujo alusivo a nuestra primera vez juntos, cuando me invitó a cenar en el jardín de mi abuela.
Aquella imagen me llenó de nostalgia y me trasladé hasta esa noche donde descubrí que enamorarse puede ser muy hermoso, a veces. Sin duda alguna Thiago fue mi primer y más grande amor. Mis ojos se pusieron húmedos y antes que las lágrimas aparecieran para dañar mi maquillaje respiré profundamente, después abrí la nota y comencé a leer.

Para: Camila
Te escribo porque desde aquel día en la hacienda de tus abuelos, cuando volví a besarte, después de tanto tiempo, no has vuelto a hablar conmigo y estoy seguro de que no lo harás. Sé perfectamente que no deseas conversar y te comprendo, sin embargo, quiero que sepas que, después de casi cuatro años, sigues siendo el amor de mi vida y no habrá otra persona a quien

ame del mismo modo.
También quiero decirte que, si en aquel momento no te busqué, fue porque tu papá me pidió que no lo hiciera. Un día me encontró en la hacienda y me advirtió que me mantuviera al margen, pero créeme que no hubo un solo instante en que no deseé con todas las fuerzas de mi alma encontrarme contigo en cualquier lugar, en la calle, en el parque, en una cafetería, donde fuera, a fin de cuentas no me importaba el lugar, me importabas tú.
Pasé días enteros pensando en ti y solamente en ti, imaginando cómo sería nuestro reencuentro y si acepté venir a estudiar a esta ciudad, cuando tus abuelos me lo pidieron, fue porque sabía que estabas aquí.
Una tarde te encontré, finalmente acabó mi búsqueda, encontré mi otra mitad, la parte que me faltaba. Ahí, en ese preciso momento, quise salir corriendo para abrazarte y para darte todos los besos que llevaba guardando en mi interior, pero fue imposible. Cuando quise acercarme, alguien más lo hizo primero y te besó en los labios, esa persona era él, Carlos.
No tienes idea de cómo me sentí, fue un momento agridulce que recuerdo como si hubiera pasado hoy, después de unos segundos me alejé sin decir o hacer nada.
Hoy me siento tonto y más que tonto me siento miserable y cobarde, no es justo perderte sin antes luchar por ti, sin que sepas lo que en realidad siento.
Sé que dejé pasar mucho tiempo para decirte lo que te digo ahora, pero es que yo no imaginé que lo amaras tanto como para casarte con él, pensé que se iba a terminar, pensé que era un noviazgo pasajero.
Camila, yo te amo y no quiero perderte, por favor no te cases.
Atentamente: Thiago.

Al terminar de leer lloré de tristeza como si hubieran escarbado profundo en una herida a punto de sanar. Me dolió el alma, el corazón y cada centímetro de mi ser, pero no me sentía confundida. Mi boda seguía en pie y Carlos me esperaba, así que en ese momento limpié mis lágrimas, revisé mi maquillaje y salí de la habitación. Mi papá me estaba esperando y en cuanto me vio se quedó atónito por lo hermosa que estaba. La marcha nupcial comenzó, caminé del brazo del doctor, observando a mis pocos invitados, fijando mi mirada en Carlos y pensando en la carta que había enviado Thiago. Pero no, una carta no era suficiente para cancelar mi matrimonio. Al llegar junto a mi prometido, él me recibió emocionado y papá me entregó del mismo modo.

Todo era precioso, la decoración con temática marina y girasoles. Aun así, yo no tenía cabeza para apreciar lo que tanto había anhelado apreciar, yo quería seguir sintiendo seguridad dentro de mí, la seguridad de amar a Carlos, la seguridad de sentirme enamorada en aquel momento y en los días venideros, la seguridad de elegirlo como mi esposo y la seguridad de casarme con él.

Sin embargo, algo dentro de mí me obligó a observar hacia atrás, sin pensarlo demasiado obedecí y ahí estaba él, parado entre los invitados con la mirada perdida y con sus ojos cristalizados a punto de la total perdición en el dolor, sintiendo todo lo que ya habíamos sentido antes: miedo a la separación, miedo a la desolación, miedo a no volver a tenernos nunca más. Mi interior explotó en recuerdos y junto a ellos las palabras de la abuela resonaron en mi memoria. No podía cometer más errores, no de aquella magnitud.

Cuando finalmente me preguntaron si aceptaba casarme, entendí que mi respuesta era «no».

—No —respondí—. Lo siento, no puedo hacerlo —dije, dirigiéndome a Carlos.
Pude sentir cómo su corazón se partió en dos, lo sentí porque me dolió a mí también, pero no podía hacerle algo como aquello. No era justo casarme con él, ya no quería hacerlo. Lamentaba haberlo descubierto muy tarde, pero era mejor que lo que estaba próximo a suceder. Todos me observaron atónitos, él y yo derramamos lágrimas.
—Perdóname —le pedí—. No te mereces esto, pero tampoco mereces un matrimonio infeliz —terminé.
Sin esperar una respuesta salí corriendo, al mismo tiempo que recogía el largo vestido entre mis manos, pero antes observé cómo Thiago se marchaba del lugar sin ser percibido por nadie, excepto por mí, y no, no deseaba perseguirlo, no quería ir tras él. Deseaba estar sola, aclarar mis pensamientos y seguir adelante.

25. CADA HISTORIA EN SU LUGAR

El ruido en la puerta me trajo de nuevo a la realidad.
—¿Puedo pasar? —Ana se asomó.
—Claro —respondí secando las lágrimas en mis ojos.
Se acercó hasta mi móvil y bajó el volumen de la música, no tenía idea que era Vivaldi interpretando una de las *Cuatro estaciones.*
—Deja de llorar —me pidió.
Pretendí que no la escuchaba y abracé mis piernas sin voltear para mirarla.
—Ha pasado una semana, mírate, sigues hecha un desastre —se quejó—. Ya no soporto verte así —se lamentó.
Sus palabras me llegaron hasta el alma, mi amiga tenía razón. Llevaba una semana encerrada en mi habitación llorando sin la menor idea de lo que quería hacer con mi vida.
De pronto recordé a Alicia, la vida se le fue entre las manos llena de remordimientos y rencores sin ser capaz de disfrutar de las maravillas que se nos ofrecen a diario con tan sólo despertar.
—Thiago ha venido a buscarte otra vez —Ana interrumpió lo que pensaba.
—¿Y qué le has dicho? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.
—Que te has ido a casa de tu abuela —respondió—. Pero estoy segura que fue a buscarte, porque me ha dicho que no estabas y hasta me pidió que deje de mentirle.
Me acerqué hasta ella y me refugié en sus brazos, estaba dispuesta a dejar de lado la tristeza en la que me había sumido, tenía que seguir con mi vida, aunque me doliera enfrentar que le había roto el corazón a un hombre bueno, como lo era Carlos. Él no merecía nada de lo que yo le había hecho, pero yo no merecía ser infeliz toda la vida. Ana me abrazó como sólo ella sabía hacerlo.
—Escucha, tengo algo que decirte —dijo retirándose un poco para observarme a los ojos.
—¿Pasa algo? —pregunté inquieta.
—Tu madre ha llamado y quiere hablar contigo... Tú padre también —guardó silencio.
—Mañana iré a visitarlos —respondí.
—Bueno... no tu papá, el doctor no, sino el otro, el papá de Fanny —ni siquiera sabía cómo decirme.
Mi corazón se llenó de alegría porque sabía que las cosas pronto estarían mejor si así lo deseaba.
—¿Qué te dijo? —pregunté nerviosa.
—Que desea hablar contigo, parece que pronto se va a casar y quiere que estés en su boda —no entendí bien, pero es lo que interpreté.
—Gracias, amiga, creo que me siento mejor. Ya sabes cómo es esto, te la pasas unos días llorando y se te reinician las ganas de seguir.

—Hay algo más que quiero contarte —comentó Ana y la noté nerviosa.
—Habla, me estás asustando —le pedí.
—Héctor y yo nos vamos a ir a vivir juntos —su voz me pareció alegre y triste a la vez.
—¡Qué hermosa noticia! ¿Cuándo te lo ha pedido?
—Hace un par de noches y ya lo pensé bien, aunque antes creí que era pronto para una relación seria, he cambiado de opinión y quiero intentarlo.
—Felicitaciones, amiga, te mereces esto y más. ¿Adónde se mudan? ¿Aquí cerca? ¿Seguirás siendo mi vecina? —mis preguntas la confundieron.
—Nos mudaremos a una ciudad lejana, amiga, le han propuesto un nuevo trabajo y ha dicho que sí —su voz se apagó.
Había llegado el instante de tomar caminos diferentes. Por alguna razón todo lo que tiene un principio también tiene un final y aunque hay momentos que volvemos infinitos, otros muchos acaban en un instante, pensé.
Su noticia me puso triste, pero no había mucho que hacer. Héctor era el amor de su vida y Ana merecía ser feliz.
—Te voy a extrañar —le dije después de un profundo suspiro.
—Y yo a ti, no sabes cuánto —me contestó entre sollozos.
—¿Y cuándo te vas? —cuestioné esperando que dijera que en un par de meses o algo así.
—En unos días —aseguró—. No te lo había dicho antes porque no te veía bien, Héctor se fue ayer, me pidió que lo acompañara, pero no quise dejarte en el estado en que estabas.
Comprendí que no tenía por qué detenerla y me puse en pie.
—No, señora, vamos a empacar, que el amor de su vida la espera —sonreí mientras la tomaba de la mano para llevarla hasta la habitación.
—¿Estás segura? —preguntó incrédula.
—Claro que lo estoy, tú esperaste mucho para volver a verlo y ahora que pueden estar juntos no debes desperdiciar ni un segundo.
—¿Y tú qué harás? —me preguntó y aunque entendí a qué se refería, me hice la desentendida.
—Pues estaré mejor y seguiré adelante.
—Hablo de Thiago. ¿Lo buscarás?
—Es muy pronto aún, recién rompí con Carlos.
—Pero llevas amando a Thiago desde siempre.
—Por ahora quiero estar sola.
De pronto el teléfono sonó e interrumpió nuestra conversación.
—Es papá —le dije a Ana.
—Anda, contesta, ahora vuelvo —me dijo y salió de su habitación.
Tomé asiento en su cama y me acomodé esperando tener una larga conversación por el teléfono.
—Hola, papá —respondí.
—Hola, hija —me contestó y lo noté nervioso.
—¿Pasa algo? —le pregunté, asustada, al tiempo que me ponía en pie de golpe.
—Es tu hermanito, va a nacer —sus palabras eran emocionantes.
—¡Es maravilloso! Envíame la dirección, en un momento salgo para el hospital —le dije y colgué.
Mi amiga volvió con una maleta vacía.
—Ve a prepararte, yo terminaré de empacar. Tu hermanito va a nacer —me dijo sonriendo.
Sentí como si hubiera estado esperando aquel momento. No imaginé tener un hermano varón, pero estaba llegando y yo iba a amarlo y a cuidarlo por el resto de mi vida.

Cuando llegué a la sala de espera, el doctor y Fanny estaban sentados a un lado.
—¿Qué haces aquí? —le pregunté a papá.
—No puedo entrar, es un parto de alto riesgo y no permiten a nadie junto a ella —me explicó.
—Pero, eres doctor, tú les puedes ayudar —sugerí.
—No es tan fácil, mi especialidad no tiene nada que ver con partos y esas cosas y además es mi esposa, por ética profesional no puedo estar ahí —sus palabras sonaban desesperadas. —¿Mamá va a estar bien? —preguntó mi hermana.
—Va a estar bien —aseguró él.
Me senté a un lado mientras observaba a papá desesperarse yendo de un lado a otro. Mi corazón me decía que algo no estaba bien, pero intentaba mantener la calma. Mamá y yo aún teníamos mucho por hacer, no era justo perderla cuando al fin comenzaba a sentirme mejor conmigo misma. Después de todo, haber cancelado mi boda con Carlos me hizo entender que el amor sólo se conoce una vez en la vida y si el amor de mamá era mi verdadero padre entonces ellos aún tenían muchas cosas que compartir.
Así pasaron los minutos, lentos y silenciosos, hasta que al fin un joven doctor se acercó hasta nosotros.
—¿Familia de Elisa Montemar? —preguntó.
Nos acercamos a toda prisa. El doctor fijó su mirada en Fanny y noté cómo ella se estremeció. Fueron unos segundos, pero pude notar que aquello era sólo el principio de una bonita historia.
—Ambos están fuera de peligro —dijo—. Pronto podrán verlos, pero tengan un poco de paciencia.
Papá y yo nos abrazamos contentos y después abrazamos a Fanny. El joven médico se marchó y volvimos a nuestros asientos.
—¿Acaso Cupido pasó por aquí? —interrogué ansiosa.
—Quizá —respondió mi hermana.
Me sentí contenta por ella, porque hasta ese momento no se había dado la oportunidad de conocer a una persona de quien se sintiera realmente enamorada.

26. SIEMPRE FUISTE TÚ

Mientras observaba en mi habitación el violín que un día me regaló ese hombre que, según yo, era mi padre, el teléfono comenzó a sonar, quería contestar, pero estaba sumergida en mis pensamientos.

Habían pasado casi tres meses desde que Ana se marchó, la extrañaba demasiado, pero sabía vivir sin ella. Además, pronto dejaría de vivir sola, al fin haría realidad lo que siempre soñé de niña, tener a mi hermana como mi única compañía hasta que una de las dos decidiera formar su propia familia.

Corrí hasta mi cama y tomé mi móvil, busqué en la carpeta de música mi lista de reproducción favorita y le di reproducir. Una canción empezó a sonar y luego la siguiente, cuando la anterior llegaba a su fin, y así aleatoriamente. Me tendí en la cama, serena, a pensar que, después de todo, aquel hombre seguía siendo mi padre porque yo así lo deseaba y entonces me dolió saber que ya no nos hablábamos como antes y que ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de aclarar las cosas. Después recordé que una vez llamó y que no pude responder.

—¿Qué habrá querido decirme? —me pregunté en silencio—. ¿Y si lo llamo?
Con aquellas interrogantes me fui quedando dormida hasta que finalmente la lluvia en mi ventana me despertó.
Cuando entré en mi habitación el sol afuera estaba radiante y dos horas después llovía como si se hubiera roto el cielo.
Fui a la cocina por un chocolate caliente y en ese instante escuché que tocaron la puerta.
—Voy —grité desde adentro.
Cuando me asomé, me sorprendí. Era él, era extraño, tal parecía que lo había llamado con el pensamiento.
—Estas mojado. ¿Quieres pasar? —pregunté.
—Claro —respondió
—¿Qué haces aquí? —cuestioné sorprendida.
—Quería hablar contigo, llamé a tu teléfono, pero no respondiste.
Entonces recordé que el teléfono sonó en reiteradas ocasiones y que yo no había contestado las llamadas, ni siquiera había visto de quién se trataba.
—No estaba en casa, llegué hace poco —me excusé para no hacerlo sentir mal.
—Entonces tuve suerte de encontrarte —dijo.

—Creo que sí —sonreí—. ¿Quieres una taza de chocolate?
—No te molestes, estoy bien.
—No es molestia, voy a prepararme una para mí.
—Entonces acepto— me miró a los ojos y sonrió.
Di media vuelta y fui hasta la cocina, feliz de volver a verlo. Lo tenía cerca por primera vez, después de tanto tiempo y no me iba a permitir perderlo de nuevo.
Corrí hasta él y me lancé en sus brazos como lo hacía cuando era una niña.
—No eres mi padre, pero te amo —le dije con mis ojos cristalizados.
—Mi niña —dijo y me abrazó.
Sus palabras fueron como ungüento para mi alma, me sentí feliz después de meses sin sentirme igual. Nos separamos unos centímetros para mirarnos a los ojos y después volvimos a abrazarnos como sólo un padre y una hija saben hacerlo.
—Hace unas semanas llamé, pero no atendiste mi llamada —se quejó.
—Lo siento, tuve días difíciles —le expliqué.
—Lo sé, supe que ibas a casarte y que al final no se dio —me comentó.
—Carlos es una maravillosa persona y un gran hombre, pero no es a quien amo —le respondí.
—¿Sigues amándolo a él? ¿A Thiago? —interrogó.
—Lo amaré por el resto de mi vida —confesé.
—Búscalo, sé feliz con él. Un día los separé y no sabes cómo me arrepiento, creo que es una buena persona y si te ama como tú lo amas, estoy seguro de que puede hacerte feliz —sus palabras me parecían sinceras.
—Él... —hice una pausa y suspiré—. Él ya no quiere saber nada de mí.
—¿Cómo lo sabes? —preguntó confundido.
—Vino a buscarme muchas veces y yo no tuve el valor para enfrentarlo, creo que se rindió y lo entiendo. Fui una tonta —me lamenté.
—Intenta hablar con él, nunca es tarde para el amor —me aconsejó.
—¿Sabes? Por ahora prefiero estar sola, Thiago y yo hemos tenido tantos inconvenientes en la relación, que empiezo a creer que nuestro destino es estar separados. Si un día volvemos a coincidir y ambos somos libres y aún nos amamos me daré una oportunidad con él, por ahora quiero estar sola —le hice saber.
—Es tu decisión y la respeto —terminó.
Volví a la cocina por dos tazas de chocolate y unas deliciosas galletas que había comprado en la mañana. Después seguimos nuestra plática, mi papá y yo.
Me contó que pronto iba a casarse y quería que estuviera en su boda, también me pidió perdón por haberme rechazado cuando se enteró de que no era su hija.
—Siempre fuiste mi niña consentida y la noticia me partió el alma, sentí que te había perdido para siempre —me dijo con tristeza.
—Pero no fue así, yo seguí amándote igual. Después de todo fuiste tú quien me vio crecer, quien me cuidó, quien me educó y me llenó de amor —le dije al mismo tiempo que tomaba sus manos entre las mías.
Nuestra charla duró un largo rato hasta que Fanny nos interrumpió de repente cuando llegó con sus pertenencias para mudarse a vivir conmigo, papá se puso feliz al vernos juntas y nos deseó cosas hermosas antes de irse. Yo entré en mi habitación a preparar la maleta, pues tenía planeado ir de visita a casa de la abuela el día siguiente.
Cuando llegué al pueblo no imaginé que iba a encontrar a la abuela en compañía de su amigo, estaban en el pórtico tomando café mientras charlaban.

—Hemos decidido darnos una oportunidad —me dijo él.
—Me alegro por los dos —respondí y los abracé.
Cerca de mi habitación me encontré a Marcelo, quien vivía en la casa desde que se casó con Alicia y cuando ella murió decidió seguir viviendo ahí; por supuesto que su único interés era disfrutar de los bienes de su esposa.
—Cada vez que vienes, te ves mucho más hermosa —expresó.
—Agradezco tus halagos, pero mejor ahórrate el estrés de pensar en lo que dirás —le pedí.
—Pero, ¿por qué? si tú y yo solíamos pasarla muy bien en la cama —aseguró.
—Fue uno de los muchos errores que cometí en el pasado y que tengo claro que no volvería a repetir, así que quédate dónde estás —le advertí al darme cuenta que caminaba lentamente en mi dirección.
Marcelo se alejó y yo me encerré en la habitación; con pesar decidí que me iría a la mañana siguiente, no quería estar cerca de un ser tan despreciable y repugnante como aquel hombre.

27. AMOR REAL

Al día siguiente, cuando me disponía a marcharme, mi abuela se sintió mal de salud. Nada que no se pudiera solucionar enseguida, pero eso hizo que pospusiera mi viaje y me quedara a acompañarla, por un par de días, hasta asegurarme que estaba completamente recuperada.

La tarde en que me marché decidí pasar por el pueblo al que habíamos ido Thiago y yo, el mismo que antes fue testigo del inicio de nuestro noviazgo. Mientras conducía pensaba en los amores que tuve: primero fue Marcelo, a quien me entregué sin planearlo y que siempre se aprovechó de mi vulnerabilidad para hacerme suya. Tengo claro que fui la culpable y no me justifico, en cambio, fue alguien que no puso un alto a la situación. Tampoco lo culpo, a fin de cuentas cada uno da lo que tiene.

Después pensé en Thiago, en lo dulce que fue, en lo respetuoso que se mostró, en lo mucho que me apoyó y cómo creyó en mí cuando ni siquiera yo conocía mi valor. Él, sin duda, fue el protagonista de mi historia de amor real. Con él conocí el significado de estar uno para el otro, definitivamente me sostuvo sin que se lo pidiera y me protegió sin pedir nada a cambio.

Por último, pensé en Carlos, el hombre al que había elegido para esposo y para padre de mis hijos. Llegué a comprometerme con él, estuvimos a punto de casarnos y, aunque era un ser maravilloso, finalmente comprendí que no era ahí donde pertenecía y no podía quedarme si no me sentía completa, aunque su cercanía me llenaba. Quedaban vacíos que me indicaban que no era el verdadero amor de mi vida y sí lo amé, pero fue un amor muy diferente a lo que sentí un día por Thiago, eso que sentí y que no volvería a sentir por nadie.

Sé que ahora mismo, al igual que yo, han pensado en esa persona que sigue en ese rincón del corazón, donde creemos que ya nada queda y, en cambio, es donde se encuentra todo.

Me llené de melancolía y supe que lo extrañaba y que llevaba extrañándolo desde aquella noche en la que, entre lágrimas y sollozos, me tocó empacar para marcharme a otra ciudad.

Yo ya no era aquella niña de diecisiete años que tenía miedo de enamorarse porque sabía que iba a doler; después de todo terminó doliendo mucho más. Me dolía el tiempo perdido, los sueños no vividos y los momentos que no compartimos.

Estaba claro, seguía guardando en mi interior un sentimiento tan profundo y tan extenso como el mismo océano, así era lo que sentía por Thiago. Aquello iba más allá de los límites que uno puede imaginar, no se trataba solamente de un instante a solas, tampoco se trataba de guardar en mi memoria unas pocas aventuras que me hicieran sentir viva, sino que deseaba con todas las fuerzas de mi alma escapar de la realidad para crear mi propio mundo perfecto, donde nadie interviniera y donde nadie dijera nada.

Finalmente llegué, estacioné mi auto y esperé unos minutos. Estaba cambiando de opinión, mis pensamientos eran ridículos, yo no tenía nada que hacer ahí. Lo mejor era volver por donde había llegado. Miré a mi alrededor, todo estaba en calma. Volví a llenarme de dudas, sin embargo, bajé

del auto para subir hasta la colina, iba guiada por un impulso solamente y por la curiosidad de saber si en el gran árbol sabio aún estaban las cintas con nuestros nombres. Era tonto, pues era una simple tradición y las tradiciones no eran de mi interés.

Habían pasado varios años, pero el gran árbol sabio seguía como la última vez que Thiago y yo estuvimos ahí; todo estaba solitario, sólo el viento me hacía compañía. Había muchas más cintas de las que recordaba, por lo que pronto intenté darme por vencida, aún sin antes comenzar, pero mi curiosidad fue mucho más grande. Busqué su nombre donde recordaba que lo había colgado, busqué y busqué, perdí la noción del tiempo y me concentré, olvidándome de todo a mi alrededor.

Sebastián, Diego, Joel, Damián, David, John... Eran muchos nombres, imposible encontrarlo.
—¿Has tenido suerte? —me quedé en silencio y miré hacia atrás—. Aquí hay muchos nombres: Lesly, Ena, Yelina, Daphne, Paula, Amelia... Camila, aquí está. Lo encontré —dijo.
Yo seguí en mi tarea por unos segundos, sin prestarle atención. De pronto, tomé la cinta más cercana, Thiago se leía medio borroso por el paso del tiempo. Aunque ya no importaba si encontraba o no su nombre, pues bajo aquel enorme árbol nos reencontramos él y yo.
—¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida.
—Supongo que lo mismo que tú —me contestó.
Con lo que dijo me puse tensa y avergonzada; por supuesto que se me hacía extraño que supiera que aún guardaba la esperanza de encontrar la cinta con su nombre. Después de todo, yo no creí en lo que un día nos dijo aquel anciano cuando estuvimos por primera vez en ese lugar. Se acercó hasta mí y me pidió que me sentara junto a él. La vista era hermosa, al otro lado de la colina había un prado repleto de flores amarillas y más allá se observaba una que otra casa. Respiré profundo el aire fresco del ambiente y dejé salir un suspiro. Ambos teníamos una cinta con el nombre del otro en nuestras manos.
—Yo creo que todo está claro, ¿no? —su cercanía me ponía nerviosa, él ya no era un adolescente, era un hombre guapo, mucho más guapo de lo que recordaba.
—¿A qué te refieres? —cuestioné haciéndome la tonta, en realidad sabía perfectamente de lo que hablaba.
—El destino quiere que estemos juntos —aseguró.
Sonreí, desviando mi mirada para intentar tranquilizar mis nervios, pero aquello era imposible. Thiago era el único hombre capaz de hacerme sentir inquieta.
—¿Y qué hay de nosotros? —interrogué dejándome envolver por una avalancha de sentimientos.
—¿Cómo? —preguntó sin entender lo que yo decía.
—¿Nosotros también queremos? —cuestioné sin medir mis palabras.
Thiago me miró como sólo él sabía hacerlo.
—No me mires así —le pedí.
—¿Por qué? —sonrió.
—Cuando me observas de ese modo me provoca besarte —le confesé.
—Bésame —dijo—. Te doy permiso —agregó.
Sonreí, hilarante. Su sentido del humor tan inoportuno siempre me metía en problemas. Por supuesto que no lo besé, aún no era el momento.
—No, ahora no —respondí.
—¿Entonces cuándo? —preguntó.
—¿Cuándo respondas mi pregunta? —lo miré a los ojos, dispuesta a no dejarme intimidar.
—Yo sí quiero estar a tu lado.

—Aquí estás —afirmé.
—Volvimos a coincidir porque el destino así lo quiso y, a partir de ahora, no pienso dejar que te alejes de mí —dijo tiernamente.
—¿Y cómo vas a impedirlo? —cuestioné dudosa.
—Llevo amándote desde el momento en que te vi por primera vez. Yo, que no creía en el amor y mucho menos en el amor a primera vista, pero tú llegaste para hacerme cambiar de opinión —confesó.
—Me pasó lo mismo cuando te conocí —respondí mirándolo a los ojos.
—¿Entiendes que el universo conspira a nuestro favor? —me preguntó a la espera de un sí.
—Lo entiendo muy bien —afirmé, sin ninguna duda.
—Hemos llegado hasta aquí para renovar nuestro noviazgo y para darle continuar a nuestra historia de amor, esa que se pausó el día que tus papás decidieron separarnos —me dijo.
Sus palabras eran tan reales que casi me provocaba llorar, pero no iba a dañar el momento.
Me acerqué hasta él para besarlo en los labios y para dejarle claro que no quería volver a estar lejos de su lado ni un segundo del resto de mi vida.